

LOS SECRETOS DE LA PAPELERÍA SHIHODO

KENJI UEDA



narrativa
salamandra

Kenji Ueda

LOS SECRETOS DE LA PAPELERÍA SHIHODO

Traducción del japonés de
Daniel Aguilar

 narrativa
salamandra

La pluma estilográfica

Por fin había terminado el curso de introducción para los nuevos empleados que comenzó el primero de abril. Para la mayoría de mis compañeros, esa última semana había sido muy estimulante, no sólo porque íbamos de un sitio para otro cada día, sino también porque lo hacíamos con distintas personas (los grupos de cinco se reorganizaban cada mañana). En esta fase el sistema incluía presentaciones delante del resto de los compañeros de aquello que habíamos aprendido. Sin embargo, para alguien como yo, eso era bastante duro: soy muy tímido y me cuesta mucho comunicarme con la gente que acabo de conocer, así que por las noches volvía exhausto a mi apartamento.

Por añadidura, se daba algo que podríamos llamar «lucha por el liderazgo» entre los miembros del equipo y el ambiente de competencia por el primer puesto me resultaba muy duro. El ambiente se había estropeado tanto que incluso se oía ese tipo de maledicencias en los ratos de descanso. Muchas veces sentí el impulso de protestar, de decir que éramos compañeros y que debíamos tratarnos bien y ser solidarios, pero nunca me atreví. Esa incapacidad de verbalizar las cosas realmente importantes es una constante en mi vida, y para colmo esas cosas que no digo me pesan para siempre.

Mi trabajo como agente de ventas empezaría después del largo puente de la semana de festivos nacionales consecutivos entre finales de abril y principios de mayo, y esa preocupación se sumaba a la sensación de soledad que me invadía cada vez que entraba en

mi apartamento y, en general, a la incomodidad de ser un recién llegado a Tokio.

Finalizado abril, me ingresaron mi primera paga. Recuerdo que uno de los compañeros veteranos nos sugirió que usáramos ese dinero para hacerle un regalo a una persona que nos hubiera apoyado de manera especial, y a mí me pareció una buena idea. «Perfecto. Le compraré un regalo a mi abuela Natsuko», pensé. «Pero ¿qué, y dónde?» Quería que fuera algo que le hiciese ilusión, así que se me ocurrió ir a Ginza, donde sabía que estaban las mejores tiendas.

La señora Kijima me acompañó hasta la puerta principal de los grandes almacenes Matsukiya.

—Tienes que seguir todo recto por aquí —me dijo señalando Chuo Dori, la calle principal de Ginza—. ¿Seguro que no te perderás? Si quieres le pido a alguno de los chicos que te acompañe. Lo haría yo misma, pero tengo que atender a un cliente, lo siento muchísimo. —Tenía cara de preocupación.

—No pasa nada —repuse—, tengo el mapa que me ha dado y el móvil; me apañaré bien.

—Eso espero. Dame un momento y llamo a la tienda. Estoy segura de que te tratarán muy bien —añadió mirándome con tanto afecto que me recordó a mi querida abuela Natsuko.

—Gracias. Entonces me voy ya.

—No hace falta que corras, ve con calma. Y si pasa alguna cosa, me llamas y buscamos una solución, ¿de acuerdo?

Me sentía como un niño al que su madre envía de compras por primera vez. Acababa de conocer a la señora Kijima, pero era como si fuésemos amigos de toda la vida.

Eché a andar guiándome por el mapa que me había dibujado en una hoja: primero, tenía que caminar en línea recta durante un buen trecho. Después de unos pasos, me di la vuelta y la vi aún de pie delante de la puerta principal de los almacenes. Le hice una pequeña reverencia y me despedí agitando la mano.

Era la primera vez que alguien me dibujaba un mapa, pero además la señora Kijima me había anotado el nombre y la dirección de la tienda y su propio teléfono móvil por si me perdía.

Al tercer semáforo, crucé Chuo Dori para adentrarme en una de las callecitas perpendiculares. A diferencia de la esplendorosa avenida que acababa de dejar atrás, esa calle estaba llena de edificios apretujados y parecía un pequeño laberinto. Tras caminar un rato más y doblar otra esquina, vislumbré el buzón cilíndrico que la señora Kijima me había indicado en su mapa.

Debían de repintarlo cada tanto porque era de un rojo bermellón tan vivo que casi dañaba la vista. Hasta entonces, sólo había visto buzones como ése en el cine y la televisión; sin duda, era un punto de referencia ideal. Justo enfrente estaba la tienda de la que la señora Kijima me había hablado.

—Así que es aquí... —susurré sin querer.

Entre unas cosas y otras debía de haber caminado unos diez minutos. El mapa era muy claro y el trayecto bastante fácil, pero para alguien como yo, que llevaba apenas unos días en Tokio, había supuesto toda una aventura.

La señora Kijima me había asegurado que se trataba de una papelería de gran solera, pero si bien aquel edificio de tres plantas parecía antiguo, se conservaba muy bien. La sensación que transmitía era bastante peculiar, aunque difícil de describir. Digamos que daba la impresión de tener categoría, pero sin ponerlo a uno nervioso. En las puertas de cristal podía leerse PAPELERÍA SHIHODO.

En cuanto puse un pie dentro, un suave aroma me dio la bienvenida. Quizá fuera algún tipo de incienso; en todo caso, no resultaba penetrante ni molesto. De hecho, sentí como si me envolviera, paliando la sensación de incomodidad y agobio que me acompañaba desde que había llegado a Tokio.

Un momento después, una voz masculina me saludó desde el fondo:

—*Irasshaimase!* Bienvenido a la Papelería Shihodo.

La voz era tan acogedora como el aroma del incienso. Parecía que aquel hombre se alegraba realmente de mi visita. Una de las primeras cosas que me llamó la atención de Tokio fue ese *irasshaimase!*, «bienvenido», que se decía en las tiendas. En el pueblo donde me crié, aunque uno sea un cliente, se saludaba igualmente con un «Buenas tardes». O «Buenos días» si era pronto por la mañana o «Buenas noches» si ya atardecía.

El hombre debió de haber notado que titubeaba, porque enseguida apareció frente a mí. Tendría entre treinta y cinco y cuarenta años. Vestía una camisa azul celeste, una corbata lisa azul marino, pantalones grises y unos sencillos zapatos negros de cordones. No tenía el pelo ni corto ni largo y lo llevaba con raya en medio.

—Perdone, ésta es la Papelería Shihodo, ¿verdad? —le pregunté de forma innecesaria, teniendo en cuenta que acababa de leer el letrero de la entrada.

—Así es. ¿Y usted es el joven Nitta?

—Sí, soy yo.

—Le estaba esperando. ¿Ha encontrado bien el camino?

—Sí, me las he arreglado muy bien gracias a esto... —repuse mostrándole el mapa que me había dibujado la señora Kijima.

El hombre miró el papel y asintió.

—Estupendo. La señora Kijima acaba de llamarme diciendo que le había recomendado este establecimiento a un cliente muy importante y que esperaba que lo atendiésemos como se merecía.

Sacó del bolsillo un estuche con sus tarjetas de presentación y me entregó una.

—Me llamo Ken Takarada y soy el propietario. Estaré encantado de atenderle como merece.

—Ah... mmm... mucho gusto.

Para alguien tan tímido como yo, el primer contacto con un desconocido siempre es un momento cargado de tensión; sin embargo, el señor Takarada siguió hablando tan sonriente como antes, sin dar señales de haber notado mi nerviosismo:

—En fin, no hay prisa, pero ¿qué deseaba? La señora Kijima sólo me ha dicho: «Ken, lo dejo en tus manos», y ha colgado. Bueno, iese es lo que hace siempre! —agregó con una gran sonrisa—. Así que no sé qué está buscando en concreto.

—Ah, pues... buscaba papel de carta y sobres —contesté serenándome por fin.

El señor Takarada asintió inclinando mucho la cabeza, como si pensara: «Ya sabía yo», y luego dijo: «Entendido» y señaló el fondo de la tienda.

—Adelante, por aquí, por favor. Tengo ese tipo de artículos en aquellas estanterías.

No sé por qué, pero por alguna razón el señor Takarada me hacía sentir cómodo. Puede que la costumbre tokiota de preguntarle al cliente qué desea sin más demora tenga que ver con que la gente de la gran ciudad va siempre con prisas, pero yo no había conseguido acostumbrarme y a menudo sentía como si me estuviera atendiendo una máquina expendedora automática.

Las estanterías que me enseñó estaban repletas de toda clase de papel de carta y de sobres. Algunos eran evidentemente lujosos (papel *washi*, hecho a mano o con flores prensadas, o papel rayado al estilo occidental, pero con las rayas de un marrón rojizo), por lo que sólo con verlas ya disfrutaba uno.

Al lado de cada tipo de papel había unos sobres a juego, tanto verticales (al estilo japonés) como horizontales (al estilo occidental). Bastaba una ojeada para calcular que debía de haber unas doscientas clases.

—Aparte de los que ve aquí, tengo otros con motivos que dependen de la estación del año, y además hay una sección especial dedicada a las tarjetas de felicitación, con sus sobres correspondientes.

—¡Cuánta variedad! —exclamé—. Estoy impresionado.

—Muchas gracias. Incluso nos gustaría tener más, pero el espacio es el que es. De todas formas, nos preciamos de ser uno de los establecimientos mejor surtidos de la ciudad. Y si aun así no

encuentra lo que busca, puedo darle la dirección de alguna otra papelería grande de Ginza, Nihonbashi o de los alrededores de la estación de Tokio donde lo tengan. Puedo pedirles que se lo reserven.

—Mmm, ¡no se moleste! Elegir entre todos éstos ya me costará muchísimo. No creo que me queden fuerzas para ir a ninguna otra parte.

—Este de aquí se llama precisamente Tayori, «misiva», aunque puede usarse para escribir cualquier cosa, no sólo cartas. —Sonrió—. Cada hoja tiene diez rayas verticales muy tenues sobre un fondo de suave tono vainilla. Es exclusivo de la Papelería Shihodo: no lo encontrará en ningún otro lugar.

—Oh, interesante...

El señor Takarada buscó dos estantes por encima y sacó otro papel diferente.

—Éste también es exclusivo. Se llama Hagoromo, como el vestido que permitía volar, y su creador lo pensó como un *washi*, el clásico papel japonés, pero que pudiera usarse en el día a día. Es de gran calidad, y por eso la producción es limitada. Las rayas no están trazadas a mano ni impresas, sino insertadas en la trama... Pero, disculpe, ¡no he parado de sugerirle artículos que responden a mi gusto! —A pesar de su edad, Takarada hablaba de un modo tan cortés que resultaba extraño—. Pero ambos son simples y elegantes. Quizá...

—Es usted quien tiene que disculparme —lo interrumpí—. Soy muy indeciso.

—A grandes rasgos, existen dos maneras de elegir el papel de carta y los sobres. La más común es basarse en el gusto del

remitente. La otra es escoger lo que creemos que le gustará más al destinatario. Las dos variedades que le he recomendado son papeles clásicos, y sin duda le harán quedar bien, pero hay que reconocer que podría encontrar algunas mejores. ¿Por qué no prueba a elegir imaginando la clase de papel que le gustaría al destinatario?

Sabía que era un buen consejo, pero yo no había escrito una carta de verdad en mi vida. Como mucho, tarjetas de felicitación de Año Nuevo.

—¿O más bien busca algo que pueda servir como regalo?

Era evidente que el señor Takarada había notado que yo estaba del todo perdido e intentaba echarme una mano.

—Estooo... pues sí. Mire: acabo de cobrar mi primera paga y se me ha ocurrido que podría regalarle algo a mi abuela, que vive en el campo. He venido a Ginza con esa intención, pero primero me he dedicado a vagar sin demasiado sentido y luego, por probar, he entrado a unos grandes almacenes y no sé cómo he ido a parar a la sección de alimentación. Estaba totalmente perdido, se me ha acercado una señora y...

El señor Takarada estalló en una carcajada.

—«Oye, chico, ¿te encuentras bien? ¡Mira cómo estás sudando!», le ha dicho algo así, ¿no es cierto?

—¿Eh? Pues sí, me ha dicho algo parecido, y luego me ha servido té verde *gyokuro* fresco en un vaso de papel. Yo estaba muy avergonzado, pero la cosa no ha acabado ahí: ha ido al fondo a buscar una silla y ha hecho que me sentara a descansar en un lateral del mostrador.

El señor Takarada asintió sonriente.

—La señora Kijima es incapaz de ver a alguien cansado o en dificultades y no intentar ayudarlo.

—Pues ya le digo. Y el té que me ofreció estaba muy bueno. Quizá suene exagerado, pero creo que es de los mejores que he tomado en la vida. Cuando he vaciado el vasito se me ha escapado un suspiro y ella ha vuelto a servirme mientras me preguntaba qué me había pasado.

Resultaba extraño: sólo conocía al señor Takarada desde hacía unos minutos, pero se me hacía facilísimo conversar con él. Y, pensándolo bien, acababa de sucederme lo mismo con Kijima. Por lo visto, mi destino ese día era encontrarme con gente amable.

—¿Cuántos años tiene la señora Kijima?

—Pues cualquiera sabe. Siempre da reparo preguntarle la edad a una mujer, ¿no? Pero trabaja en los grandes almacenes Matsukiya desde que tengo memoria. Si no me equivoco, hace tiempo que pasó de la edad de jubilación y ahora trabaja como externa formando nuevos empleados o como consejera cuando se trata de clientes de especial importancia. Ah, y es una de las pocas personas que se permite hablarle de tú al director de los grandes almacenes Matsukiya.

—Vaya... así que alguien importante se ha preocupado por mí...

El señor Takarada negó suavemente con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Si dijera delante de ella eso de «alguien importante», se ofendería alegando que suena como si fuese una vieja gruñona. Lo cierto es que es estricta con el trabajo y consigo misma, pero es muy amable con los demás, sin distinción. Ya quisiera ser como ella, y no sólo como comerciante, sino como persona. —Mientras

hablaba, Takarada asentía con la cabeza como si estuviera haciéndose reproches a sí mismo. Pero de pronto se detuvo y se rascó la cabeza—. Disculpe —dijo—, me he dejado llevar y me he perdido.

—¡Nada de eso! Yo he tenido la culpa. Estoy tan contento por lo amable que ha sido conmigo la señora Kijima que he querido compartir esa alegría con usted. Gracias por atenderme.

Acababa de caer en la cuenta de que, desde que había llegado a Tokio a finales de marzo, quizá era la primera vez que alguien me prestaba tanta atención. Entre otras cosas, por eso echaba tanto de menos a mi abuela Natsuko, que siempre me escuchaba atentamente, incluso cuando divagaba sin sentido.

El señor Takarada asintió con una leve sonrisa, como animándome a continuar.

—Después de tomarme el té y relajarme un poco, le conté a la señora Kijima que acababa de recibir mi primera paga y quería regalarle algo a mi abuela, pero no se me ocurría nada. Me dio algunas ideas, y después me propuso que le comprara té.

Cuando mencioné la compra, Takarada murmuró como para sí: «Té reciente, de la nueva temporada, gran idea. Luego iré a comprar yo también.»

—Pues la verdad es que jamás se me habría pasado por la cabeza comprarle té a mi abuela, así que le estoy muy agradecido a la señora Kijima. Pero la cosa no ha quedado ahí: después me ha insistido en que incluyera una carta, aunque fuera muy breve, en el paquete. Yo le he explicado que bastaba con enviarle un mensaje de móvil avisándola de que pronto le llegaría algo de mi parte, pero ella

no estaba de acuerdo. «Hazlo por mí», me ha dicho, y no he podido negarme.

—Pues claro —dijo Takarada asintiendo—. Y por eso le ha hablado de la Papelería Shihodo...

—Sí. Me explicó que en los grandes almacenes Matsukiya también hay una papelería, pero que no tiene ni punto de comparación, en cuanto a la variedad y la calidad, con lo que podría encontrar aquí. Luego, me ha dibujado el mapa que le he enseñado hace un momento.

—Tan amable como siempre.

—Así que estoy buscando papel de carta y sobres.

—¡A sus órdenes! Bueno, ¿qué le parece éste? Me disculparé que sólo le recomiende productos exclusivos de la tienda, pero este papel está muy solicitado y creo que se ajusta perfectamente a sus necesidades.

El papel estaba dividido en ocho franjas verticales por unas rayas de color verde claro, y ese mismo color se utilizaba, en los sobres a juego, para delimitar los espacios destinados al sello y a las direcciones del remitente y el destinatario.

—Este diseño se llama Tsukizuki, «mes a mes», y viene en doce colores distintos. El tono de verde que ve aquí —dijo señalando una raya en lo alto de una página— se llama *wakaba*, o sea: «hojas tiernas», pero, como notará, la peculiaridad del diseño radica en que, a medida que uno se acerca al pie de la página, el color va atenuándose hasta casi desaparecer. Lo vendemos desde hace mucho tiempo; de hecho, desde antes de que yo trabajara aquí. Me han contado que se creó por sugerencia de un cliente, cuyo nombre no recuerdo, que se dedicaba a la pintura tradicional de estilo

Nihonga y quería tener un espacio para hacer pequeños dibujos en la parte baja de la página. Él mismo diseñó la pauta, hizo los dibujos destinados al lugar donde va el sello y eligió los colores, y todo ello de forma gratuita; «por haber abierto la boca», según decía él mismo. No sé si lo sabrá, pero tenemos cuatrocientos sesenta y cinco colores en nuestra tradición, así que no debió de ser nada fácil seleccionar sólo doce que, además, tenían que combinar con el tono del fondo.

Me enseñó los otros colores del diseño Tsukizuki: rosa *nadeshiko* (el rosa claro del clavel japonés); magenta *koushi*; naranja *akebono* (el naranja del amanecer); naranja oscuro *kakicha* (el de los caquis maduros); rojo intenso *kurenai* (escarlata); rojo *azuki* (el granate de las judías *azuki*, a las que algunos llaman también «soja roja»); marrón grisáceo *susutake* («color de bambú ahumado»); marrón *ebicha* (chocolate); azul *aofuji* (el color de las glicinias); gris *ginnezu* (gris ratón) y, finalmente, dorado *konjiki*.

—Todos valen lo mismo —me explicó Takarada—, excepto el dorado, que se hace con hoja de oro. Yo preferiría que costara igual que los otros, pero ya ve: el oro no para de subir de precio y, además, cada vez hay menos artesanos que lo trabajen. Puede que llegue el día en que la técnica del laminado de oro termine perdiéndose para siempre...

Mientras él hablaba, yo no dejaba de pensar en lo agradables que me parecían todos aquellos colores. Era como si me refrescaran la vista. Los sobres venían en paquetes de cinco, atados con una cinta de papel, y junto al espacio destinado al sello cada modelo tenía un dibujo a cuál más bonito (el de los sobres rojo *azuki*, por ejemplo, consistía en tres judías minúsculas; el de los de color naranja

akebono, en un sol naciente, y el de los dorados *konjiki*, el monte Fuji).

El señor Takarada se dio cuenta de que yo estaba mirando con atención los dibujos y me comentó:

—Algunos clientes creen que es una lástima que el dibujo termine oculto, y pegan a propósito el sello en otro sitio. Hasta el punto de que el cartero que reparte en esta zona se nos ha quejado alguna vez pidiendo que le digamos a los clientes que peguen el sello en el lugar correcto.

—Pues entiendo que no quieran taparlo. Por suerte, mi carta irá junto con el paquete de té, de modo que no necesitará sello. Me llevaré el papel y los sobres del color de las hojas tiernas.

El señor Takarada contestó con un «Magnífica elección», cogió los artículos y me pidió que lo siguiera a la caja, pero cuando íbamos hacia allí, dijo:

—No quiero ser impertinente, pero ¿tiene con qué escribir?

—Se me olvidaba decírselo —le respondí—. Necesito tinta para esta pluma.

Metí la mano en la mochila y saqué una funda de tela negra. Allí guardaba el estuche alargado de una pluma estilográfica.

El señor Takarada se puso detrás del mostrador y, tras dejar a un lado los paquetes de hojas y de sobres, me pidió que esperara un segundo y sacó de un cajón unos guantes blancos. Luego cogió una especie de bandeja de madera con el fondo forrado de fieltro, sin duda pensada para colocar objetos valiosos encima, y se puso los guantes.

—¿Me deja ver su estilográfica? —me pidió mientras se enfundaba los guantes. Cogió con ambas manos el estuche y, después de

colocarlo sobre el fieltro, acercó una silla y se sentó—. Disculpe, pero es que, si manipulo la pluma estando de pie y se me escapa de las manos, podría acabar rompiéndose. Por eso prefiero sentarme, aunque sea una descortesía. Si quiere, siéntese también. —Me señaló otra silla, situada junto al mostrador.

—Veo que es una Montblanc, pero no es de las modernas, ¿verdad?

—No, no es moderna.

Sacó el estuche de la funda. En la tapa podía verse el logotipo de Montblanc, con la clásica estrella blanca. Dentro, bajo el folleto con las instrucciones y la tarjeta de la garantía, estaba la pluma, sobre un fondo acolchado. El capuchón y el clip eran de un dorado reluciente.

—Yo no entiendo de estilográficas —confesé—, pero ésta es muy lujosa, ¿no? Me han dicho que muchos escritores famosos utilizaban este modelo...

Takarada asintió.

—Sin duda es una pluma muy buena. Se trata de una Meisterstück Classique de Montblanc. Como el cuerpo es delgado, puede llevarse en el bolsillo interior de la chaqueta sin que abulte; además, es algo más pequeña de lo normal, lo que resulta ideal para las manos japonesas, más pequeñas que las de los occidentales.

—Vaya...

Me sentía un poco extrañado escuchando una explicación sobre un objeto que era mío.

—Sin embargo, creo que los escritores prefieren una estilográfica de cuerpo más grueso. Por ejemplo la Le Grand 146, también de la serie Meisterstück.

Fue hasta una vitrina situada a un lado del mostrador y cogió una estilográfica con una silueta parecida a la de la mía, pero un poco más grande, sobre todo en cuanto al grosor del cuerpo.

—El diámetro de su pluma es de 12 mm, mientras que el de ésta es de 13,3 mm. Por lo visto, este grosor es más cómodo para quienes escriben durante mucho tiempo.

Cogí aquella Le Grand 146 que me mostraba el señor Takarada.

—¡Sí, es más gruesa! La mía ya me lo parecía, comparada con los lápices y bolígrafos que suelo usar, pero ésta lo es todavía más.

—Efectivamente —replicó Takarada mientras sacaba otra pluma.

—La más gruesa que hay es esta de 15,2 mm: la Meisterstück 149, que también es muy popular entre los literatos, además de utilizarse en la firma de contratos importantes. Puede que sea demasiado ostentosa para usarla a diario, pero hay veces en que uno piensa: «Ahora es el momento», y en esos casos ofrece el aspecto imponente que la ocasión requiere.

La 149 era tan gruesa como un rotulador permanente. Mientras yo la examinaba, el señor Takarada le quitó el capuchón a la mía, desenroscó el cuerpo y extrajo el cartucho.

—La punta y el convertidor están limpios. No la ha usado nunca, ¿verdad?

—Ni una sola vez.

Takarada asintió, cogió el cartucho de tinta que estaba guardado en el estuche de la pluma, lo alzó para mirarlo al trasluz y lo sacudió un poco.

—No estoy seguro de que esta tinta esté en condiciones de usarse. Veamos, la fecha de la garantía es... ¡vaya! ¡Expiró hace doce años!

—Mi abuela me regaló esa pluma cuando cumplí los diez.

Takarada puso cara de sorpresa.

—¿A los diez años? No quiero parecer impertinente, pero creo que esta pluma es demasiado lujosa para un niño de esa edad.

—¿Verdad que sí? Por eso, aunque me alegró que me la regalara, jamás la llevé a la escuela: la guardé en un cajón y sólo hace poco me acordé de ella.

—Ya veo. Pues es nueva y no tiene ni un rasguño, así que debería de bastar que la cargáramos con tinta para que pueda escribir. Si va a usar este convertidor, necesitará un frasco de tinta, pero puede que le convenga más utilizar cartuchos, sobre todo si planea llevar la pluma encima. ¿Qué opina?

—¿Cuál de los dos sistemas es más sencillo?

—Los dos son fáciles una vez que uno se acostumbra, pero si tuviera que elegir, creo que el cartucho es más práctico.

—Pues entonces póngame unos cartuchos, por favor.

—Enseguida —contestó Takarada saliendo de detrás del mostrador. Fue hasta otra estantería y regresó con varias cajitas.

—Últimamente, Montblanc ha empezado a sacar tintas de colores vivos y llamativos, pero tratándose de una carta yo creo que es preferible optar por lo clásico. De derecha a izquierda, aquí tiene Mystery Black, Midnight Blue y Royal Blue, cada uno de un azul más claro que el anterior. También he traído un verde oscuro y un morado, pero son de uso mucho más limitado.

—¿Y con cuál cree que acertaré?

—No se puede generalizar, pero el cartucho que venía en su estuche era el Midnight Blue, que antes se llamaba Blue Black.

El cartucho viejo que el señor Takarada me había desaconsejado utilizar tenía escrito BLUE BLACK.

—Me llevo ése.

—¡A sus órdenes!

La cuenta no pasaba de los dos mil yenes, una cantidad muy pequeña, y el té y el envío me habían costado apenas unos cuantos miles. Cuando decidí ir a Ginza a comprar el regalo me había imaginado que gastaría bastante, pero no había sido así, gracias sin duda a aquella gente tan servicial.

Le di el dinero a Takarada, que me preguntó mientras me daba el cambio:

—¿Verdad que me ha dicho que pondrá la carta en el paquete del té? Supongo que querrá sentarse en algún sitio a escribirla para luego volver a los grandes almacenes Matsukiya.

—Pues sí, ésa es mi intención. La señora Kijima me ha dicho que, si llego antes de las seis, ella puede meter la carta en la misma caja del té y aún daría tiempo para que saliera con los envíos de hoy.

—¿Y no le gustaría escribirla aquí mismo, en la planta de arriba? Normalmente tenemos esa planta alquilada para talleres de manufactura de papel, de caligrafía normal o de estilo *tensho*, esos que se usan para hacer sellos personalizados y firmar con ellos. Pero hoy no hay nadie, y tenemos unos escritorios y unas sillas perfectos para escribir una carta.

La propuesta me cogió por sorpresa: era muy cordial.

—¿De verdad? Estaba pensando en pedirle que me recomendara alguna cafetería tranquila por aquí cerca.

El señor Takarada respondió negando con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Por supuesto, hay magníficas cafeterías en esta zona. Yo suelo ir a una que se llama Hohozue, donde hay buen café, té y platillos ligeros. Si además de escribir quiere comer o beber algo, con mucho gusto le diré dónde queda, pero no creo que sea el lugar ideal para que le escriba una carta a su abuela.

—¿No será mucha molestia? —insistí, aunque lo más apropiado hubiera sido decir sólo «sí, muchas gracias».

Él contestó mientras negaba con la mano:

—No, por favor. Me hace sentir culpable viéndolo así. Bueno, antes que nada, aquí tiene el cambio y el recibo —añadió tendiéndome una bandejita de cuero.

Las monedas y billetes eran tan nuevos y estaban tan brillantes que se me escapó una exclamación de sorpresa.

—Jamás me había fijado en lo bonitas que pueden ser las monedas —comenté.

—Yo pienso lo mismo, sobre todo cuando se trata de monedas de cinco yenes: casi dan ganas de unirlos por el agujero con un cordel y llevarlos como colgante. Por cierto, están hechas de una aleación de sesenta por ciento de cobre y cuarenta por ciento de zinc.

—¿Y siempre da el cambio con monedas y billetes nuevos? —pregunté en tono de broma, pero Takarada contestó poniendo una cara que sólo podía querer decir: «Por supuesto.»

—Así es. Es más complicado, y además hay que pagar una pequeña comisión al banco, pero me encanta sorprender a los clientes y verlos sonreír. Por eso, en mi opinión, ese pequeño esfuerzo vale la pena. Claro que en estos días ya hay muchos clientes que no desean pagar en efectivo, con lo que se pierde la ocasión de darles la sorpresa —dijo con tono triste.

—Lo malo —comenté intentando bromear para levantarle el ánimo — es que luego da pena mezclar estas monedas con las demás y doblar por la mitad estos billetes perfectamente planchados. Mi cartera es de esas en las que hay que doblar los billetes para meterlos dentro y que tienen un compartimento especial para la calderilla.

—Bueno —respondió Takarada sonriendo nuevamente—, en ese caso... —Sacó una bolsita de plástico con cremallera y puso allí las monedas; después, introdujo los billetes en un sobre.

—¡Qué amable! Me deja usted sin palabras.

No se me ocurrió otra cosa que decir. Abrí mi mochila y guardé la bolsita con las monedas. Luego saqué una novela de misterio que tenía a medias y metí el sobre con los billetes nuevos entre las páginas.

—Es *La educación de Polly McClusky* de Jordan Harper, ¿verdad? Buena novela... —comentó Takarada.

Me sorprendió que reconociera el título sólo con un vistazo.

—¿La ha leído?

—Sí, y a juzgar por dónde tiene el marcapáginas, verá que poco después se pone de lo más emocionante.

No solía encontrarme con gente de gustos literarios parecidos a los míos. Por entonces visitaba páginas de internet donde se reunían los aficionados al *hardboiled* o a las novelas de misterio, pero me limitaba a leer los comentarios sin participar... Me cuesta mucho opinar cuando no tengo a la otra persona delante, y más si ni siquiera la conozco.

Ya sé que muchos piensan lo contrario: que es más sencillo ser sincero con desconocidos, pero cada vez que alguien me lo dice no

puedo evitar pensar: «Entonces, ¿ahora que me tienes delante me estás mintiendo o qué?»

La voz del señor Takarada me arrancó de mis pensamientos:

—Acompáñeme, le llevaré a la planta de arriba. —Puso sobre el mostrador una campanilla y un tarjetón que decía: «Estoy en la planta de arriba. Si desea algo, simplemente toque la campanilla», y a continuación echó a andar hacia el fondo de la tienda—. Adelante, es por aquí —dijo volviéndose un instante.

Pasamos delante de la sección de papel de cartas y sobres, seguimos de frente hasta llegar a unas escaleras (un cartel de madera decía EL TALLER DE HOY HA FINALIZADO) y subimos a un amplio rellano, de unos tres metros cuadrados, donde había una mesita de café y una silla colocada de forma estratégica para que desde ahí se abarcara con la vista toda la planta de abajo.

—A algunos clientes antiguos les gusta sentarse aquí a tomar un café o un té.

—Parece un lugar donde se está muy a gusto.

El señor Takarada sonrió y me alentó a seguir subiendo:

—Ánimo, que ya casi estamos en la cima de la montaña.

El comentario me hizo gracia, así que también sonreí.

Las ventanas de la planta de arriba eran más amplias y sólo con la luz del sol de primavera era suficiente para casi deslumbrarse. El espacio debía ser estrictamente el mismo que el de abajo, pero parecía mucho más amplio debido a la falta de estanterías y vitrinas abarrotadas. Mirando de frente hacia el ventanal del fondo, que era el más grande, a la derecha podía verse un espacio elevado a medio camino entre un cuarto y una tarima de cuatro *tatamis* y medio, que ocupaban unos diez metros cuadrados. Por otra parte, en la pared a

la izquierda había un gran armario estantería con cajones y estantes de distintos tamaños. Finalmente, en el centro de la sala había seis mesas con ruedecillas dispuestas de manera que formaban un rectángulo hueco, frente a cada una de las cuales había dos sillas.

Y al mismo pie del ventanal había un recio escritorio de madera con su correspondiente silla.

—Es aquel escritorio —dijo Takarada señalando hacia allí.

El mueble parecía estar esperándome. No había nada encima y los rayos de sol que penetraban por las ranuras de las persianas bañaban su superficie.

Siguiendo al señor Takarada, me acerqué al mueble. De cerca se veía muy usado, lleno de marcas y arañazos. Había una enorme mancha negra quizá debida a un frasco de tinta derramado. Takarada movió hacia atrás la silla y me dijo:

—Adelante.

Obedecí y me senté. El asiento estaba forrado de cuero y el relleno era más bien duro, pero no incómodo. Coloqué los antebrazos sobre el tablero y paseé la vista por su reluciente superficie.

El señor Takarada abrió uno de los cajones de la izquierda.

—Aquí tiene un par de diccionarios y algún libro de estilo.

Eso me tranquilizó: a lo mejor en aquel libro de estilo encontraba distintos ejemplos de cartas, y el diccionario serviría también como medio de consulta.

—Muchas gracias —le dije, y enseguida, mientras abría la mochila para sacar el papel, los sobres, el estuche con la pluma estilográfica y el cartucho de tinta, añadí—: Me daré prisa.

—¡Nada de eso! —exclamó—. Las prisas son malas consejeras. Ha quedado en encontrarse con la señora Kijima antes de las seis, ¿no es así? Pues todavía hay tiempo de sobra. Escriba con calma. Después de todo, cuando se escribe a mano, y sobre todo si uno lo hace con una pluma estilográfica, las letras adquieren un rostro propio: unas sonríen, otras lloran, otras se enfadan o miran con ternura, y esos rostros reflejan lo que sentimos al trazarlas.

—¿«Rostros», ha dicho?

Jamás se me habría ocurrido algo así. Sin embargo, es cierto que la letra de cada uno es única. Nos hemos acostumbrado tanto a los mensajes de móvil o los correos electrónicos que ya no tenemos ocasión de ver letra manuscrita.

—Un momento —añadió Takarada.

Fue a sacar algo de uno de los cajones del enorme armario estantería y volvió en un santiamén. Por lo visto, en aquellos cajones se guardaban, entre otras cosas, repuestos del material a la venta.

—Use esto, por favor —dijo tendiéndome algo—. Es un cuaderno. Quiero regalárselo como agradecimiento por haber venido a la papelería... y también porque a ambos nos gustan las novelas *hardboiled*.

—Pe... pero ¿está seguro? No sé si debo aceptarlo...

—Acéptelo, por favor —insistió asintiendo con la cabeza.

El cuaderno debía de ser el doble de grueso que los normales. Tenía las cubiertas de un color gris claro y en la portada se distinguía en letras pequeñas la palabra NOTE y un par de renglones para escribir sobre ellos la materia y el nombre del propietario. El lomo era de color negro, con una cenefa de color crema para escribir alguna cosa que permitiera identificar ese cuaderno en la estantería.

—¡Da pena usar un objeto tan bonito! —comenté mientras lo hojeaba.

El papel no era ni demasiado grueso ni demasiado fino, y resultaba muy agradable al tacto.

—Le recomiendo empezar escribiendo las primeras palabras y frases que le pasen por la cabeza para que termine de acostumbrarse a la pluma. Luego, piense cómo combinarlas. En este cuaderno, como es sólo de uso propio, no es preciso escribir con buena letra. Eso sí, le recomiendo que, si escribe algo que no le convenza, lo tache con una única línea. De ese modo, si luego cambia de idea y decide utilizarlo, seguirá siendo legible.

—Escribir sin más... Pero no sé cómo ponerle el cartucho a la pluma —confesé.

—Saque la pluma de su estuche y el cartucho de su caja, por favor.

Hice lo que me pedía.

—En primer lugar, retire el capuchón, el de las plumas Montblanc suele ser de rosca. Luego desenrosque el cuerpo de la pluma y sepárelo de la boquilla. Eso es. Ahora, encaje el extremo más estrecho del cartucho en la boquilla. Notará una ligera resistencia, pero empuje hasta el fondo, de manera que encaje.

Moví las manos siguiendo sus instrucciones. Necesité hacer algo de fuerza para encajar el cartucho, pero al final lo conseguí.

—A propósito —me dijo—, en esta pluma se puede guardar un cartucho de repuesto en el espacio libre del cuerpo.

Metí otro cartucho en el cuerpo, tal como me sugería, y volví a enroscar el cuerpo y la boquilla. Después, encajé el capuchón en la parte superior del cuerpo y me dispuse a escribir.

El señor Takarada abrió un cajón de la mesa, sacó un taco de hojas para notas y, arrancando una, la puso frente a mí.

—Trace aquí un círculo o cualquier otra cosa, para que baje la tinta.

Probé a deslizar la pluma sobre el papel según me decía. La punta recubierta de brillante color dorado corría ligera sobre el papel. En unos instantes, la tinta, como si persiguiera la punta de la estilográfica, completó un círculo.

Era una sensación totalmente nueva, muy diferente de la que se experimenta con un lápiz o un bolígrafo. Me parecía tan agradable que dejé de lado los círculos y tracé los signos fonéticos para «a», «e», «i», «o», «u», y finalmente, sin pensar, la palabra «Tokio».

—¿Qué le parece? —me preguntó Takarada.

—No sé qué decirle —respondí yo—. Es la primera vez que escribo con una pluma estilográfica, así que no sé, pero me gusta. Me sorprende, por ejemplo, cómo, sin mayor esfuerzo, se pueden hacer trazos más marcados y más débiles, más gruesos y más finos. Parece como si mi letra hubiera mejorado en un instante.

El señor Takarada asintió varias veces seguidas con una gran sonrisa. Era como si lo estuviese elogiando a él.

—A diferencia de un lápiz o un bolígrafo, que necesitan ser presionados contra el papel, una pluma estilográfica funciona por difusión capilar, así que basta con que la punta de la pluma roce la superficie. Y si esa superficie de contacto aumenta, el trazo se vuelve más grueso y marcado, mientras que si es menor, el trazo resultante es más fino y suave, por lo que permite dar a los caracteres sutiles variaciones de intensidad. O sea, que se acerca bastante a la escritura de un pincel impregnado de tinta.

—Ya veo... no tenía ni idea.

—Perdone, debo de estar mareándole con tanta explicación. Bueno, creo que la punta ya estará bien impregnada de tinta. Puede ponerse a practicar en el cuaderno.

Después de animarme a escribir, el señor Takarada me señaló una puerta junto a las escaleras.

—Allí tiene los lavabos. Yo estaré abajo. Después vendré a traerle un té. Ah, le adelanto que esto no es una cafetería ni nada similar, así que en cuanto al sabor no le garantizo nada. Corre por cuenta de la casa, no se moleste en pagar.

Hizo una reverencia y se marchó.

En cuanto se perdió de vista, me enderecé en la silla y examiné el cuaderno. Sobre el impoluto papel blanco se distinguía el rayado de un tenue color gris. El interlineado debía de ser como de un centímetro.

Miré la contraportada y vi que tenía escrito: «A4. Interlineado UL.» Yo había oído hablar del interlineado A y B, pero era la primera vez que veía eso de UL. Sin duda, era más ancho que los otros, y probablemente más apropiado para escribir lo que a uno se le pasaba por la cabeza.

Anoté la fecha en el ángulo superior izquierdo del papel. Daba gusto escribir con una pluma así.

A continuación, añadí: «Borrador de carta a la abuela», pero enseguida taché «abuela» y escribí «Natsuko».

Cuando yo nací, Natsuko tenía cincuenta años, y probablemente no se sentía preparada aún para que le llamaran «abuela». Quién sabe. Aunque no le gustaba su nombre, siempre había insistido en que la llamara Natsuko, que quiere decir «niña de verano». Al parecer, sus padres le pusieron así porque su hermana mayor se llamaba Haruko, es decir, «niña de primavera». Pero Haruko al menos había nacido en marzo, mientras que ella nació en diciembre! Para colmo, ya puestos, sus padres les pusieron a las siguientes hermanas Akiko, «niña de otoño», aunque nació en abril, y Fuyuko, «niña de invierno», aunque nació en julio. Por supuesto, las tres se quejaban, pero ya no había nada que hacer. Nadie puede escoger su propio nombre.

El mío, de hecho, lo escogió mi abuela, algo de lo que le gustaba presumir: «Yo creo que lo más importante es que la gente conserve su dignidad», solía decirme, «así que insistí en que te pusiéramos Rin, que quiere decir precisamente “digno”.»

Si no me equivoco, la primera vez que me lo contó fue en las vacaciones de verano de mi cuarto año de primaria.

Como en Japón la mayoría de edad se alcanza a los veinte años, mi colegio acostumbraba a realizar en otoño, junto con un festival cultural, una ceremonia para los niños que cumplían la mitad de esa edad. La llamaban «ceremonia de la media mayoría de edad». Como parte de los preparativos de la ceremonia del curso en que yo cumplí los diez años, nos pidieron que le preguntásemos a nuestros padres el porqué de nuestros nombres. Por entonces yo ya me daba cuenta, aunque fuera de un modo algo vago, de que mi situación era peculiar respecto de la de los otros niños: yo no vivía con mis padres, sino con mi abuela, así que era a ella a quien tenía que

preguntarle. Recuerdo que me sentía muy incómodo y que temía que ella se incomodara también, pero me contestó con toda naturalidad. Y no sólo eso, sino que, después de contarme el porqué de mi nombre, aprovechó para explicarme un montón de cosas más que yo, hasta entonces, desconocía del todo.

Al parecer mi madre, que era hija única, se había ido del hogar familiar, pero un día regresó luciendo una ostentosa barriga y a punto de dar a luz. Esa criatura por nacer era yo, desde luego, y mi padre era un hombre casado y con hijos que no había cumplido su promesa de divorciarse y casarse con ella. Después de un parto difícil, las cosas habían regresado a la normalidad hasta el punto de que mi madre había vuelto a trabajar en un pueblo cercano, pero, cuando yo tenía más o menos un año, conoció a otro hombre con el que poco después se casó. Según me dijo Natsuko, al nuevo marido de mi madre no le gustaba la idea de que yo viviera con ellos; sin embargo, ella venía a verme una vez al mes. Por desgracia, cuando cumplí tres años se mudó con su esposo a una ciudad lejana y dejó de acudir.

—¿Te gustaría ver a tu madre? —me preguntó, y yo me las arreglé para darle una respuesta bastante imprecisa—: No especialmente.

—En fin —dijo ella—. Diez años, ¡cómo pasa el tiempo! Hasta hace nada eras de este tamaño. Así, no tiene nada de extraño que yo sea una abuelilla que ya está en los sesenta. En cuanto a la «ceremonia de la media mayoría de edad», ¡qué ideas más pintorescas tienen en tu escuela!

—¿Verdad? —le contesté—. No entiendo bien de qué va: al contrario que con la mayoría de edad, no hay ni una sola cosa nueva

que podamos hacer después de esa ceremonia. No pasa nada bueno, sólo un montón de tareas desagradables.

—Bueno, al menos es una excusa para que tú y yo lo celebremos. Cuando cumplas veinte años, yo ya tendré setenta. ¡Imagínate! Ni siquiera sé si seguiré viva.

—No digas eso. Seguro que estarás como una rosa.

—Pues esperemos que así sea —dijo, y se quedó callada un momento, como si reflexionara. Luego, agregó—: ¿Sabes lo que vamos a hacer...? Mañana cierro el negocio, nos subimos al tren y nos vamos por ahí. Tenemos que celebrar que tú ya seas medio adulto y yo haya cumplido los sesenta.

El negocio al que se refería era una farmacia en los bajos del mismo edificio en que vivíamos. Era la única farmacia del pueblo y, por tanto, sólo estaba cerrada un par de días al año: el día de Año Nuevo y el de *Obon*, la fiesta de difuntos, que se celebra a mediados de agosto. Y aun así, si un cliente aparecía en esos días y se ponía a aporrear la puerta, mi abuela terminaba abriéndole. Mi vida, por entonces, transcurría en esa farmacia: sentado en un taburete con la cabeza en las nubes mientras esperaba a que viniese algún cliente, viendo pasar a la gente a pie o en bicicleta, u observando el trajín de los vehículos de reparto.

Por eso, cuando Natsuko dijo lo de «nos vamos por ahí», no supe a qué se refería. Hasta ese punto su propuesta era toda una sorpresa.

A la mañana siguiente, cuando terminamos de desayunar, me regaló un polo nuevo con el logotipo de mi equipo favorito de fútbol (algo totalmente inesperado: no tenía ni idea de cuándo podía haberlo comprado) e hizo que me tomara una pastilla para el mareo.

—Como casi nunca has subido a un tren o a un autobús, mejor prevenir... —me dijo.

Tardamos unos treinta minutos en autobús en llegar hasta la estación. Después, el trayecto en tren fue de una hora hasta llegar a una ciudad cercana donde había unos grandes almacenes. Faltaba poco para el mediodía, y Natsuko propuso que, antes que nada, fuésemos a comer algo.

El restaurante estaba en la última planta del edificio y tenía unas vistas magníficas, así que nos entretuvimos mirando el paisaje los veinte minutos que tardaron en traernos los platos. Recuerdo que ella, que estaba de un humor excelente, iba señalando edificios y diciéndome: «Ése es el edificio del gobierno», «ése es tal», «ése es cual»...

Por fin apareció el camarero y nos pidió disculpas por la espera.

Volvimos la vista a la mesa y descubrimos dos platos al estilo occidental que combinaban una generosa hamburguesa con langostinos empanados.

—Si yo me pusiera podríamos comer estos mismos platos en casa —dijo Natsuko—, pero la verdad es que jamás me saldrían como en un restaurante occidental. Por eso me gusta pedir esta clase de comida cuando salgo.

Enseguida, cogió un langostino, lo mojó en salsa tártara y se lo llevó con alegría a la boca.

Cuando acabamos, bajamos por la escalera mecánica y fuimos recorriendo planta tras planta.

No recuerdo muchos detalles concretos, pero sí que aquellos grandes almacenes, aunque estaban en una ciudad de provincias, hacían honor a su nombre. Había casi de todo: ropa de cama,

muebles, artículos de viaje, utensilios de cocina, vajillas, electrodomésticos, juguetes, ropa, maquillaje... Sólo pasear por ahí, aunque no compraras nada, ya resultaba de lo más entretenido.

En un momento dado, llegamos a la sección de papelería y nos topamos con una vitrina llena de bolígrafos elegantes y plumas estilográficas. Incluso para mí, que apenas era un niño, resultaba evidente que se trataba de artículos de lujo. No sé cómo explicarlo, pero imponían respeto. Antes habíamos pasado delante de otras vitrinas llenas de relojes de pulsera y hasta de joyería, y no nos había sucedido nada parecido. Natsuko se quedó clavada, mirando fijamente, y, tras unos segundos, murmuró:

—Tal como pensaba: las mejores son las Montblanc.

—¿Montblanc? Parece el nombre de un pastel —solté yo.

—Olvidalo, vámonos de aquí —repuso ella de un modo algo brusco, me llevó a la sección de juguetería y me pidió que la esperara allí mientras iba a ver unos artículos de maquillaje.

No recuerdo mucho más. Seguramente volvió más o menos pronto y después nos fuimos enseguida a casa, pero no puedo dar mayores detalles. En todo caso, aquélla fue la única vez que salí a alguna parte con ella, así que no la he olvidado nunca.

La «ceremonia de media mayoría de edad» se celebró a primeros de octubre, Natsuko volvió a cerrar la farmacia para asistir y, como suele hacer en las fechas especiales, preparó judías rojas para cenar. Cuando nos sentamos a la mesa, sirvió dos vasos de zumo y brindamos.

—Cuando cumplas los veinte brindaremos con licor, como es debido —se disculpó. Le contesté riendo que no tenía prisa—. Toma, esto es para ti —añadió tendiéndome un pequeño objeto envuelto en papel de los grandes almacenes a los que habíamos ido durante las vacaciones de verano.

—¿Qué es? —pregunté.

—Ábrelo y lo verás —me dijo.

Desaté el lazo y retiré cuidadosamente el papel de regalo. Era un estuche de aspecto lujoso ceñido por una bonita cinta. Levanté con cuidado la tapa, que mostraba una estrella blanca, y, bajo un folleto y una tarjeta, estaba la pluma, sobre un precioso fondo acolchado.

Le pregunté si no era una de esas plumas que habíamos visto en los grandes almacenes, y me dijo que sí, una Montblanc. Cuando probé a sostenerla entre los dedos vi que tenía las iniciales R. N. en letras doradas.

—Pedí que le grabasen tus iniciales. O mejor dicho, me lo ofrecieron y acepté. Era un servicio extra que ofrecía la tienda. El dependiente me propuso que pusiera también mi nombre: «De N. para R.», o algo así, pero me dio vergüenza —confesó sonriendo tímidamente.

Le dije que había debido de costarle mucho dinero y ella afirmó que no era barata, pero que si la cuidaba bien, podía durarme toda la vida. Y añadió que, como decía Shotaro Ikenami... o quizá fuera otro escritor de novelas históricas, «la pluma estilográfica es como la *katana* de nuestro tiempo», y que lo que quería era hacerme un buen regalo.

—Muchas gracias. La cuidaré muchísimo. Aunque no puedo llevarla a la escuela, ¿verdad? —le dije.

—Mejor que no. Ya la usarás para escribirle cartas de amor a alguien a quien quieras mucho... —Entonces, los ojos se le llenaron de lágrimas; yo estaba a punto de hacerle una broma, pero algo me dijo que no era el momento. Y agregó—: Mientras tanto, basta con que la guardes bien. Por suerte, no se trata de algo que se pudra ni nada parecido. Y ahora, venga, vamos a comernos nuestro arroz con judías rojas.

Miré el cuaderno que tenía delante. Había escrito las frases: «grandes almacenes», «hamburguesa con langostinos empanados», «ceremonia de media mayoría de edad», «pluma estilográfica Montblanc» y después las había englobado en un gran círculo.

Un alegre vocerío atrajo mi atención y dirigí la vista hacia la calle que quedaba bajo la ventana. Pasaba un grupo de estudiantes de uniforme pateando un balón de fútbol. De entrada, no piensas que en Ginza puedas encontrarte con chicos de uniforme, pero con una rápida búsqueda en el móvil vi que junto a la cercana estación de Shinbashi había una escuela secundaria, por lo que deduje que vendrían de allí.

Al contrario de muchos adolescentes, durante la escuela secundaria no fui especialmente conflictivo. Creo que quizá latía en mí cierto sentimiento de culpabilidad por el hecho de que Natsuko, que era mi abuela, se viera obligada a sacarme adelante.

Una vez, durante una discusión, le solté un rotundo: «¡No sé por qué tengo que aguantarte, si ni siquiera eres mi madre!» Todavía

hoy recuerdo el dolor que reflejó su rostro en aquel instante. No pretendo decir que haya que mantener siempre una actitud cortés entre personas muy cercanas, pero sí que precisamente por esa proximidad hay cosas que nunca deben decirse. A pesar de ello, Natsuko no me regañó y se calló como si no hubiera oído el comentario. Y esa actitud tan adulta me hizo sentir todavía peor.

Cuando llegó el momento de ingresar en bachillerato y, más tarde, en la universidad, se planteó la posibilidad de que me marchara de casa. Yo tenía una beca, por lo que los gastos se habrían reducido al alojamiento, pero no quería pedirle dinero a Natsuko. Preferí ir y venir, aunque cada trayecto me llevaba dos horas y no era fácil organizarme para asistir a las actividades extraescolares en el bachillerato o a las prácticas de laboratorio, por ejemplo, en la universidad. En cuanto a mi abuela, lejos de sugerir siquiera que debería buscarme otro sitio donde vivir, hacía esfuerzos evidentes para animarme a que me quedara. Se levantaba temprano para que desayunásemos juntos y cada día me preparaba un almuerzo para llevar. Además, para que ninguno de mis compañeros pudiese decir que yo llevaba «comida de viejos», consultaba libros, revistas y hasta páginas de internet.

Unos días me ponía pollo frito; otros, una minihamburguesa al estilo japonés (al plato y acompañada de zanahoria y maíz con mantequilla) o un milhojas de cerdo empanado, pero lo que más recuerdo era que siempre añadía dos grandes bolas de arroz envueltas en alga que llamamos *onigiri*. Uno iba relleno con encurtido de ciruela, y el otro, relleno de alga *kombu* en salazón, y ambos envueltos en alga *nori* tostada. Esos *onigiri* eran casi el doble

del tamaño normal, por lo que no volvía a tener hambre hasta la hora de la cena.

Cuando llegué a Tokio, tuve que resignarme a comprar los *onigiri* en tiendas de veinticuatro horas. Al principio, me sorprendía lo pequeños y livianos que eran; aunque era lógico, icon la cantidad de tokiotas que quieren cuidar la línea! En mi caso, aunque me coma cinco todavía me sabe a poco; sin embargo, eran caros, así que normalmente tenía que conformarme con tres. Quizá por eso, de tanto en tanto soñaba que le estaba hincando el diente a uno de esos *onigiri* que me preparaba Natsuko.

En todo caso, vivir solo en Tokio me hizo ver lo complicado que es hacerse cargo de una casa y lo ajeno que había estado a todo eso durante toda mi vida. Cuando conseguí el trabajo y supe que tendría que mudarme a Tokio, Natsuko, que antes me había malcriado, se dedicó a entrenarme para las tareas domésticas; gracias a ella me apañaba mínimamente con la limpieza y la colada, pero no le dio tiempo de enseñarme a cocinar, y en eso era un completo inútil.

Al menos me enseñó a manejar la arrocera eléctrica, lo que en gran parte impidió que me muriera de hambre. El resto de mi dieta consistía en sopa de *miso* instantánea, verduras que compraba ya cocidas en el supermercado... y los escuetos *onigiri* de las tiendas de veinticuatro horas. Por suerte, en los alrededores de mi apartamento había varias tiendas y supermercados, lo que me permitía probar todo tipo de alimentos.

Sin duda, aunque me llenaba la barriga, nada de eso me dejaba satisfecho, así que un día me aventuré a un viejo y famoso restaurante de comida occidental. Decidido a tirar la casa por la ventana, pedí arroz con pollo y langostinos empanados. El plato iba

acompañado de un consomé y una pequeña ensalada, y me lo comí con gusto, no lo niego, pero sin dejar de pensar ni un momento en aquel almuerzo a base de hamburguesa y langostinos empanados que comí con Natsuko en unos grandes almacenes. La cuenta, bastante abultada, sólo aumentó mi nostalgia.

De repente, alcé la vista del cuaderno y descubrí que, en una esquina de la mesa, había una taza de té, una cestita de bambú con una toalla de mano, un plato de madera con un bollo *dorayaki* y una nota que decía: «Por si quiere tomarse un descanso.»

¿Cuándo me lo habría traído? No me había dado cuenta. En mis tiempos de estudiante, mis amigos y compañeros se burlaban de mí: «Rin, cuando te concentras en algo, no te das cuenta de nada de lo que pasa a tu alrededor.» Me dio vergüenza. No había duda de que me había entregado por completo a la atmósfera de aquel lugar y a la amabilidad de su dueño.

En el cuaderno habían aparecido nuevas palabras: «entrevista escolar», «discusión», «pollo frito», «zanahoria y maíz»... La tinta se había corrido porque se me habían escapado algunas lágrimas.

La toallita de mano tenía un frescor muy agradable y un ligero vapor ascendía aún de la taza de té. Por lo visto, no hacía mucho que Takarada me las había traído. Desenrollé la toallita, la sostuve con ambas manos, me la puse en la cara y disfruté del frescor que calmó mis párpados, enrojecidos por las lágrimas.

Un día antes de que me fuera a vivir a Tokio, Natsuko preparó varios de los platos que me gustaban.

—Es que va a pasar mucho tiempo antes de que pueda volver a cocinar para ti —dijo.

También hizo arroz con judías rojas. No habíamos celebrado su setenta cumpleaños ni el día en que, por fin, alcancé la mayoría de edad (para ser sinceros, yo le daba prioridad a mi trabajo temporal y a mis prácticas de laboratorio, así que «nunca tenía tiempo»), pero la víspera de mi mudanza disfrutamos juntos de una comida especial.

Natsuko me miraba sonriente mientras yo me servía una y otra vez de los distintos platos.

En un momento dado, le dije que ella también comiera.

—Luego, luego —repuso ella, y tomó un sorbito de la cerveza con la que habíamos brindado.

—¿Qué te pasa? Pareces desanimada...

—¿Eh? Ah... sí. Es que he cocinado tanto que he terminado un poco cansada; debe de ser eso —mintió sin dejar de sonreír, pero enseguida añadió—: Oye, Rin...

—¿Sí? —pregunté.

—No, nada... seguro que te lo pasarás bien en Tokio. ¡Ya me gustaría ir a mí también!

—Pues puedes visitarme de vez en cuando.

Ella negó con la cabeza.

—Ya he ido alguna vez, no te creas; aunque fue hace décadas...

—Ah, no lo sabía...

La conversación se interrumpió durante un momento hasta que dejé los palillos sobre la mesa y miré a mi abuela a la cara.

—Verás, quería decirte algo... —murmuré—, es algo que me atormenta desde hace mucho tiempo. ¿Recuerdas aquella vez, cuando estaba en secundaria y discutimos, y yo te dije: «¡ni siquiera eres mi madre!»?

Ella puso cara de sorpresa.

—¿Que te atormenta, dices?

—Sí, te dije algo horrible.

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—Para serte sincera, cuando me dijiste aquello me puse muy triste, aunque, no te creas, itu madre decía cosas peores! Pero después casi me alegró.

—¿Cómo?!

—La verdad es que siempre has sido tan bueno que me alegré de que mostraras algo de rebeldía y defendieras tu punto de vista, aunque fuera de un modo torpe.

—Pero ¿qué dices?

Hubiera querido añadir algo más, pero de nuevo dejé pasar la ocasión.

—Escucha —dijo ella—. A mí también hay algo que me atormenta, y por lo que me gustaría pedirte perdón. —Dejó el vaso sobre la mesa y se enderezó en la silla—. Un día, más o menos por tu «media mayoría de edad», tu madre me llamó y me dijo que había pensado en que te fueras a vivir con ella.

—¿Cómo? —dije perplejo.

—Sí. Habían destinado a su marido al extranjero y la estancia podía durar diez años, con lo que, si no te ibas con ella, perdería la oportunidad de verte crecer.

Me quedé de piedra. No tenía ni idea de que se hubiera producido aquella llamada.

Natsuko continuó:

—Me sentía muy desconcertada, y enfadada también, porque aquello me parecía una muestra más de egoísmo, pero al fin y al

cabo era tu madre, así que no sabía qué responderle. Propuso hablar contigo y que escogieras qué hacer, pero yo me opuse: me pareció que a tus diez años no podías hacerte cargo de una decisión como ésta. Lo único que se me ocurrió fue una especie de apuesta.

—¿Una apuesta?

Natsuko asintió con la cabeza y continuó hablando:

—¿Recuerdas que aquel verano fuimos juntos a unos grandes almacenes?

Lo recordaba, por supuesto. Como ya he comentado, fue la primera vez que veía a Natsuko tomarse un día libre de la farmacia.

—¿Y te acuerdas que te quedaste solo durante un rato en la juguetería?

—Sí: me dijiste que ibas a ver no sé qué y que te esperase allí.

—Pues en ese momento tu madre estaba en la juguetería. —Me sentí incapaz de decir una palabra—. El trato era que, si ella te hablaba y tú la reconocías y te acercabas a ella, yo dejaría que te llevase consigo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. La verdad es que yo misma tenía miedo de no poderte cuidar mucho tiempo más, al fin y al cabo aquel año cumplía los sesenta! Pero también deseaba con todo mi corazón que siguiéramos viviendo juntos, así que, de algún modo, me encomendé a la suerte. Aquel mismo día encargué la pluma estilográfica Montblanc que te regalé poco después. Era un regalo más propio de un adulto, sin duda, pero es que no sabía cómo iba a terminar el asunto. —Se secó las lágrimas con una servilleta de papel y prosiguió su relato—: Cuando, unos veinte minutos después, volví a la sección de juguetería y vi que estabas absorto mirando los estantes de las maquetas, sentí un gran alivio. No, no, me estoy quedando corta: tuve ganas de dejarme

caer al suelo de rodillas y dar gracias al cielo. Más tarde tu madre me llamó y me dijo que no había tenido valor para dirigirte la palabra. Que, por más que le doliera no verte crecer, lo que proponía no era justo para ti ni para mí.

Asentí.

—Perdóname, quizá debería haber aceptado que hablásemos los tres. Y a lo mejor tu vida podría haber sido diferente. Lo siento de veras —continuó Natsuko.

—No, no me pidas disculpas: no me importa —conseguí contestar a duras penas—. Gracias por esta cena deliciosa.

Luego me fui a mi habitación, que ya estaba casi vacía, porque ya había enviado casi todas mis cosas a Tokio. Pero no me había llevado la pluma estilográfica. Cogí el estuche y lo guardé en la mochila que me llevaría al día siguiente. Luego me quedé dormido oyendo el ruido que hacía Natsuko en la cocina.

Cuando terminé la versión a limpio de la carta, ya eran más de las cuatro y media.

El encabezamiento era un sencillo:

Hola, Natsuko, ¿qué tal estás? Yo, muy bien.

A continuación, le contaba que aquel viernes había recibido mi primera paga, y que un compañero veterano nos había sugerido utilizarla para comprarle un regalo a alguien a quien le debiésemos mucho. También que había decidido ir a Ginza porque allí estaban las mejores tiendas, y que había buscado su regalo sin encontrarlo

hasta que la casualidad me había llevado a unos grandes almacenes donde me había topado con una veterana dependienta llamada Kijima, que había notado mi cansancio y me había ofrecido un té delicioso. Que, como habría visto ya, ese mismo té era su regalo. Que la amable señora Kijima me había sugerido que pusiera una carta en el paquete del regalo y me había enviado a una papelería de gran solera: la Papelería Shihodo, donde el dueño, el señor Takarada, me había tratado con una enorme cortesía y, después de ayudarme a escoger el papel y los sobres, me había prestado un precioso escritorio para escribir esa carta... con mi pluma estilográfica.

Es decir, le resumía todo lo que había pasado ese día.

—Cualquiera diría que estoy escribiendo un diario... —murmuré para mis adentros con una sonrisa forzada. Entonces añadí:

En Tokio hay mucha gente amable. No te preocupes por mí.

Con la tranquilidad que me daba haber conseguido acabar la carta, me desperecé y solté un bostezo enorme, pero, al bajar los brazos, golpeé sin querer el estuche de la pluma y se cayó al suelo.

Nervioso, me agaché para recogerlo. La pieza forrada de tela que cubría el fondo del estuche se había salido, y junto a ella, en el suelo, había un papelito doblado en dos. Lo recogí todo, me volví a sentar, desdoblé el papel y enseguida reconocí la peculiar caligrafía de Natsuko.

Rin:

Estoy en casa, contigo, pero no soy capaz de decirte cómo me siento.

Por eso, lo dejaré anotado aquí, secretamente.

Desde que naciste te he querido mucho y he sido muy feliz a tu lado, pero el tiempo vuela, y sé que, cuando menos lo espere, ya serás un adulto. Además, tengo cincuenta años más que tú, así que...

De todas formas, te confieso que tengo ganas de disfrutar estos años que nos quedan juntos, y de averiguar en qué clase de persona te conviertes, a qué te dedicas, de quién te enamoras (¡afina el ojo con esto último, porque tú eres muy buen chico!).

Me gustaría darte muchos consejos, pero me quedo con dos. El primero, que hagas siempre lo que creas mejor para ti, y el segundo, y más importante, que recuerdes siempre lo que significa tu nombre y nunca pierdas la dignidad.

Natsuko

Me eché a llorar y estuve así durante un rato mientras leía la nota una y otra vez. Luego, me enjuagué las lágrimas con la toallita: tampoco podía quedarme ahí llorando y leyendo para siempre. Volví a doblar cuidadosamente la carta de Natsuko y la metí de nuevo bajo el fondo del estuche. Entonces, rasgué la carta que acababa de terminar.

Me levanté de la silla, me asomé a la ventana y paseé la vista por el cielo de Ginza, que empezaba a teñirse de rojo con el atardecer. Respiré hondo y volví al escritorio a enfrentarme, empuñando mi pluma, a la página en blanco.

Ignoré todos los borradores que había hecho y escribí simplemente lo que me dictaba la emoción. No sólo quería darle las gracias a Natsuko por sus desvelos, sino decirle claramente el enorme cariño que sentía por ella. Nunca había podido expresar ese tipo de cosas, pero la pluma pareció obrar el milagro.

Cuando me di cuenta, ya tenía siete hojas repletas de texto. La última decía:

Ahora que ya soy un adulto me da un poco de vergüenza decirlo, pero nada me gustaría más que regresar a casa, contigo. Y entonces, llorar hasta hartarme para después comer esos deliciosos platos tuyos que me dejarían saciado. Pero no me consentirías que abandonase mi empleo, ¿verdad? Por eso, seguiré esforzándome para adaptarme a Tokio y cumplir con mi trabajo.

Imagino que te sentirás sola. Yo también. Por favor, ten paciencia: me propongo hacerte una visita durante las fiestas de difuntos.

Te enviaré más cartas escritas con la Montblanc que me compraste.

Hasta entonces,

Rin

Exhalé un prolongado suspiro y oí una voz a mis espaldas:

—¿Ha podido terminar su carta?

—Sí, por fin he terminado. Muchas gracias por el té y el *dorayaki*.

—No hay de qué.

Se hizo un silencio incómodo que sólo acerté a romper preguntando una tontería:

—Perdone, dado que la carta irá en el mismo paquete que el té, no he puesto ni la dirección de mi abuela ni la mía, sino sólo nuestros nombres. Es lo correcto, ¿verdad?

—Sí, es lo correcto —contestó Takarada.

Doblé las hojas de papel, las metí en el sobre, lo cerré y dibujé en el cierre el *kanji* que hacía las veces de sello.

Solté otro suspiro:

—Pufff...

Takarada, siempre sonriente, me entregó una bolsa de papel de su establecimiento.

—Meta la carta aquí para que no se manche de camino a los grandes almacenes.

Hasta ese día, lo más seguro es que hubiera respondido: «Disculpe la molestia» con la cabeza gacha y hubiera procurado escabullirme. Sin embargo, antes de darme cuenta ya me había puesto en pie y estaba diciendo: «Muchísimas gracias» mientras hacía una reverencia. Me sorprendí de mí mismo.

—No exagere —dijo Takarada tan sonriente como antes—. Me alegro de haberle sido útil. Vamos, lleve la carta a los grandes almacenes Matsukiya. Y hágame un favor, si no es mucha molestia —añadió tendiéndome un papel doblado y ceñido con un lazo.

—Claro que sí. ¿Qué es?

—Es una pequeña nota de agradecimiento.

Asomando por debajo del nudo podía leerse: «A la señora Kijima», escrito con unos ideogramas poco frecuentes.

—Descuide, le daré la nota.

Metí mis cosas en la mochila y puse cuidadosamente aquel papel en la misma bolsa que mi carta: sentía como si me hubieran encargado una tarea de gran importancia.

El camino de vuelta me resultó más fácil: llegué a los almacenes Matsukiya en menos de la mitad del tiempo que me había llevado ir de allí a la papelería. Me dirigí a la planta baja por las escaleras mecánicas y allí me topé con la señora Kijima, casi como si estuviera esperándome.

—¡Por fin estás aquí!

—Es que me he retrasado un poco...

Sentí como si estuviese hablando con Natsuko. Me hizo gracia y se me escapó una risita.

—Siento haberla hecho esperar. —Metí la mano en la bolsa de papel y saqué la carta—. Aquí está la carta a mi abuela. ¿Todavía es posible que la ponga en el mismo paquete del té?

Para mi sorpresa, la señora Kijima la cogió con ambas manos y la alzó a la altura de su cabeza como si fuera una ofrenda.

—Recibida. Lo haré sin falta.

Estaba muy seria y me pareció que debía de haber sido una mujer muy guapa. Me quedé mirándola, absorto, pero entonces recordé la nota de Takarada.

—¡Por poco lo olvido! —exclamé—. El dueño de la papelería me ha dado esto para usted.

—Vaya, veo que el joven Ken ha aprendido a hacer cosas tan elegantes como ésta —comentó con sorna mientras se apresuraba a desatar el cordel.

—¿Qué pone?

—¡Pero qué pregunta es ésta, jovencito! ¡Y si fuese una carta de amor! —agregó muerta de risa—. No, no, simplemente dice «Muchas gracias por enviarme a un nuevo cliente», y luego me cuenta que han llegado unas tarjetas postales que seguro que me gustarán. Ese Ken ya podría haberme escrito algo un poco más romántico, pero bueno, tratándose de él no está nada mal.

Me puse recto y le hice una profunda reverencia.

—Le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí.

Ella se quedó un poco sorprendida, pero enderezó la espalda a su vez y me devolvió la reverencia.

—No hay de qué. Gracias también —repuso con exquisita cortesía.

Había sido capaz de decir «gracias» cuando era el momento de decirlo. Aquello era un enorme avance para mí, quizá la mayor cosecha de ese día.

Bajo la lluvia, el barrio de Ginza parecía sacado de uno de esos grabados en madera Shin-hanga en boga a principios del siglo xx, pero, como no hay galerías techadas ni subterráneas, los viandantes eran pocos.

Ken Takarada acababa de abrir la Papelería Shihodo y estaba poniendo un paraguero junto a la puerta. El verde de las hojitas nuevas de los sauces empapadas por la lluvia producía un efecto relajante y el rojo bermellón del viejo buzón frente a la papelería brillaba de un modo especial. Tras echar una breve ojeada a esa calle en la que apenas había transeúntes, Ken regresó al interior de su tienda. Entonces oyó que las puertas de cristal se abrían y, como

automáticamente, pronunció su característico: «*Irasshaimase!* Bienvenido a la Papelería Shihodo.»

—¿Se acuerda de mí? —preguntó el chico mientras plegaba el paraguas y lo ponía en el paragüero.

—Por supuesto que sí, joven Nitta, adelante.

—¡Se acuerda hasta de mi nombre!

—Claro, cómo iba a olvidarme, después de ver cómo escribía la carta con tanta solemnidad —añadió indicando con un gesto que pasara.

El muchacho se rascó la cabeza, un tanto avergonzado.

—Vengo a darle nuevamente las gracias por su ayuda del otro día. Mi abuela me contestó enseguida, y en un tono que hizo pensar que algo que obstruía nuestros corazones se había desatascado por fin.

—Vaya, vaya. Me alegro mucho.

—A partir de aquel día he seguido utilizando la estilográfica, incluso en el trabajo, y cuando tengo dudas sobre cómo decir algo, siento como si me diera un empujoncito para continuar. Hasta antes de escribir aquella carta yo había sido siempre muy tímido, incapaz de expresar lo que pensaba y sentía, pero ahora, poco a poco, voy ganando confianza en mí mismo.

—Oh... ¿de veras? —respondió el señor Takarada con tono de sorpresa.

—Por eso estoy aquí. Quiero pedirle un favor. Me gustaría escribirle otra carta a mi abuela. Todavía tengo papel y sobres, pero... ¿sería posible que me prestara de nuevo el escritorio de la planta de arriba?

—¡Por supuesto! —repuso Takarada, tan sonriente como acostumbraba.

Fuera seguía lloviendo, pero en un rincón del barrio tokiota de Ginza, más precisamente en la Papelería Shihodo, flotaba en el ambiente una suave calidez que hacía presagiar que aquel sería un bonito día.

El planificador

Había bebido bastante, pero aun así me dejé convencer para ir a otro sitio. Cuando mi acompañante se subió al taxi eran más de las tres de la madrugada.

Volví a casa, me di una ducha y luego, en vez de irme directa a la mesa y ponerme a trabajar en el proyecto, cometí el error de sentarme «sólo un momentito» en el sofá y, cuando me di cuenta, el sol hacía sentir su presencia entre las cortinas de encaje. «¿Cuánto tiempo habré dormido?», me pregunté.

Me dirigí a toda prisa hacia el comedor y abrí el portátil que había dejado sobre la mesa. Tal como pensaba, tenía muchos correos nuevos. La mayoría eran consultas o peticiones de confirmación con títulos como «Sobre el diseño del local», «Cómo avanzar en el diseño del logotipo» o «Sobre la contratación de personal masculino», pero mi mirada fue a clavarse en uno en particular, cuyo título era «Para mañana sin falta, por favor».

No necesitaba leerlo: sólo con ver el título y el nombre del remitente era suficiente para saber de qué se trataba.

También sabía de sobra que aquello era urgente y había intentado buscar ideas en internet, pero debía resolver además otra cuestión que había estado dilatando hasta entonces. La carta.

Había oído decir que antes nadie habría considerado a una chica de compañía buena en su trabajo si no tenía talento para escribir cartas. Sin duda, eso había quedado definitivamente atrás con los móviles y hoy día recibir una carta de ese estilo podía resultar un verdadero problema.

«Tengo que ir a por el material ya mismo», murmuré sin querer.

Mamá Fumi me había enseñado que, cuando uno debe hacer algo, siempre es mejor tener el material necesario.

Sólo con esa sencilla decisión de salir de compras me sentía mucho más animada. Metí los granos de café en la cafetera y una rebanada de pan de sándwich en la tostadora. Después, puse unas lonchas de beicon en la sartén, sobre ellas un huevo y corté un poco de lechuga. Sólo me faltaba servirme un zumo de naranja para que fuese un desayuno estupendo.

Cumpliendo estrictamente lo que había aprendido de Mamá Fumi, desde hacía años estaba suscrita a cinco periódicos de difusión nacional, que leí en diagonal mientras desayunaba. Al terminar, me vestí con un traje corriente de chaqueta y pantalón. Me apliqué a toda prisa un maquillaje discreto y, pensando en las compras que haría, cogí un bolso *shopper* y puse dentro el monedero, el móvil y mi planificador.

Me contemplé en el espejo de cuerpo entero que tenía en el recibidor y escogí unos zapatos de tacón bajo. De un tiempo a esta parte, intentaba utilizar siempre el transporte público cuando no tenía que ir al trabajo. Para mí, que estoy demasiado ocupada para ir con regularidad al gimnasio, caminar es un ejercicio importante, aunque sean trayectos cortos.

Desde mi casa hasta Ginza no había ni treinta minutos en taxi, pero para ir en tren primero había que andar hasta la estación y después hacer transbordo dos veces, así que suponía unos cincuenta.

Además, ese día no iba al sector siete ni al ocho, sino a una zona de Ginza que apenas conozco.

Bajé del tren y me abrí paso por las calles guiándome por el mapa del móvil y, un poco más adelante, descubrí el buzón cilíndrico que servía de referencia. Feliz, me encaminé hacia la puerta, pero me topé con un cartel que decía:

CERRAMOS LOS MIÉRCOLES

Extrañada, volví a abrir la página web en el móvil y descubrí un letrero que decía bien claro: ABIERTO DE JUEVES A MARTES DE 10 A 19. MIÉRCOLES, CERRADO. Era miércoles ¡y para colmo faltaba casi una hora para las diez! Dentro no parecía haber nadie y ni siquiera se veía una luz encendida.

—¡Qué metedura de pata! —exclamé.

Uno de mis defectos es sacar conclusiones apresuradas.

—Hola, ¿necesita algo?

Al oír aquella voz, di un respingo de sorpresa. Me volví y me encontré frente a frente con un hombre de unos treinta y tantos años. Iba vestido con un polo gris y unos pantalones chinos color beige. Debió de haberse llevado un buen susto también, porque tenía la boca entreabierta.

—Ay, perdone —dije—. Es que he venido hasta aquí ex profeso porque necesitaba algo de esta papelería y me la he encontrado cerrada.

—Ah, pues entonces soy yo quien tiene que disculparse —repuso él haciendo una reverencia—: soy el propietario y hoy es mi día de descanso.

Parecía sinceramente apenado.

—¿Eh? Pero... ¿entonces esta tienda es suya?

Era una impertinencia, pero no había podido evitar abrir la boca: ése es otro de mis defectos.

—Soy el dueño, sí.

—Mire, siento muchísimo molestarlo en su día de descanso, pero tengo que escribir hoy mi carta de dimisión y quería comprar papel y unos sobres adecuados, ¿no podría usted...?

El hombreladeó un poco la cabeza en actitud pensativa y, tras unos instantes, asintió.

—Sí, sí, por supuesto. Venga conmigo —repuso, y echó a andar.

Me fui tras él y lo vi torcer la esquina hacia un lado del edificio. Ahí, había un portón de madera tan vetusto que no casaba para nada con la fachada. Encima, sobre el travesaño, había un cartelito que decía: PAPELERÍA SHIHODO, PUERTA DE SERVICIO, y al lado del timbre, en un rincón, una placa donde se leía TAKARADA, que debía de ser el apellido del hombre que estaba a mi lado.

Entré detrás de él y cerré el portón.

—Adelante, pase —me dijo mientrasabría una puerta corredera. Detrás, apareció una especie de recibidor a cuyos extremos había otras dos puertas. Abrió la de la derecha.

—Es aquí —afirmó, y me indicó que pasara con una seña.

Estábamos dentro de la papelería.

—Con permiso —dije.

Resulta obvio, tratándose de un local que estaba cerrado al público, pero en ese lugar reinaba una calma absoluta. La luz de la calle apenas se filtraba y parecía como si los artículos en venta estuviesen durmiendo. Era lo contrario del lugar donde yo trabajaba,

donde las luces se suavizaban mientras estaba abierto y se encendían a tope cuando cerrábamos, lo cual nos permitía recuperar objetos perdidos, tanto nuestros como de los clientes.

—Pase, pase, por favor —insistió con amabilidad. Más allá de una serie de estantes podía verse una escalera. Nos dirigimos hacia allí—. Espero que no le moleste que le atienda en la planta de arriba, pero si nos quedamos aquí alguien puede vernos desde fuera y pensar que la papelería está abierta.

En contraste con la tienda, la planta de arriba tenía tanta luz que casi deslumbraba.

A la derecha había una especie de cuartito con el suelo algo elevado por una tarima y cubierto con esteras de *tatami*, y, al lado contrario, un enorme armario estantería con infinidad de repisas, cajones y puertas ocupaba toda la pared de lado a lado y del suelo al techo. Me recordaba a una tienda de productos de medicina china que había visto en Taiwán.

En el centro del espacio había seis mesas alargadas que formaban un rectángulo hueco con sus correspondientes sillas. Se parecía a las que pueden verse en cualquier sala de reuniones, pero sin duda eran más grandes tanto de ancho como de largo. Las mesas y las sillas tenían ruedecillas de caucho como las de los carritos de reparto y unos ostentosos frenos metálicos para mantenerlas fijas. Supongo que de tanto en tanto las movían y reacomodaban como si formasen parte de una escenografía.

Al fondo, junto al ventanal inmenso, se veía un macizo escritorio de madera. Se notaba que era un mueble muy antiguo, pero con un aire de distinción tal que daba un toque de color en medio de aquel ambiente de blanquecina luminosidad que flotaba en la estancia.

—Siéntese aquí, por favor —me dijo Takarada retirando una de las sillas con ruedas.

—Muchas gracias —respondí sentándome despacio.

—Tiene usted una voz muy bonita. Y además, esa entonación que imprime al «muchas gracias» produce un efecto muy agradable. Es fruto de la práctica, ¿verdad? —Luego, sin esperar respuesta, añadió —: Aguarde un segundo.

Puse mi bolso en el suelo y saqué mi planificador y mi elegante bolígrafo Cross. No es que pensara que tendría necesidad de tomar notas, pero, ya fuera por defecto o mera costumbre, cada vez que me sentaba a una mesa de trabajo hacía lo mismo.

Entretanto, el señor Takarada había ido hasta el armario estantería, sacando de uno de los cajones varios paquetes con papel de cartas y sobres a juego que después alineó en la mesa delante de mí.

—Este tipo de papel es muy sencillo —afirmó señalando uno de los paquetes—, pero quizá para una carta de dimisión sea lo mejor. —Titubeó un instante y continuó—: Disculpe la intromisión, pero ¿se trata de una petición de dimisión o de una notificación de dimisión?

—¿Cómo? Pues la verdad no lo sé. ¿Cuál sería la diferencia?

—Una petición sirve para anunciar la intención de dejar el trabajo. Digamos que le ofrece de forma cortés al empleador la posibilidad de dar o no dar su visto bueno. En cambio, la notificación de dimisión es definitiva y se hace una vez que las dos partes han llegado a un acuerdo.

—Vaya... no lo sabía.

—Veamos, ¿le ha comentado ya a su jefe la intención de dejar el trabajo? En general, la mayoría de la gente comunica tal deseo

primero de palabra y no es frecuente enviar de pronto una carta.

Me quedé unos segundos atascada y sólo acerté a decir:

—Es que... quería decírselo, pero no me he visto capaz. Justo por eso he pensado que lo mejor era entregarle la petición por escrito...

Takarada profirió una especie de mugido indescifrable y guardó silencio durante unos momentos.

—Perdone que me inmiscuya, pero parece ser que existe alguna circunstancia especial, ¿no? ¿Le importaría hablarme un poco de ello? Creo que el destino ha debido de intervenir en este encuentro. Y me gustaría pensar alguna fórmula para ayudarla.

—Pues sí, pero... ¿no será una nueva molestia?

El hombre negó con la cabeza.

—No se preocupe. Vivo en este mismo edificio y no tenía planes para esta mañana. Como mucho, reorganizar algunos artículos. Pero si no le importa, antes de escuchar su historia, voy a traer un poco de té.

Asentí y él bajó la escalera.

No pude evitar que se me escapara un suspiro y me recliné sobre el respaldo de la silla como si me hubiera deshinchado. Estaba claro que no había dormido lo suficiente y por eso no podía concentrarme mucho rato.

Cogí mi planificador y lo abrí por la marca que decía PENDIENTES. Allí, a continuación de «registro de sello», «empadronamiento» y «borrador de anuncio de apertura», estaba escrito «carta de dimisión», subrayado con rojo. En cuanto posé la mirada, se me escapó de nuevo un suspiro.

Tenía la cabeza en las nubes cuando unos pasos me devolvieron a la realidad. Me apresuré a enderezar la espalda. Si Mamá Fumi me

hubiera visto, me habría regañado. «No se trata de que alguien te esté mirando o no. Tienes que estar atenta para observarte objetivamente en todo momento, porque a ti misma nunca vas a poder engañarte», me habría dicho, o algo parecido. Sin duda no estaba lo suficientemente entrenada y, por eso mismo, a lo mejor lo que planeaba no era más que una temeridad.

—Perdón por la espera —se disculpó Takarada, que regresaba con una bandeja en las manos. La puso sobre la mesa y, a continuación, se llevó una mano al bolsillo y sacó un tarjetero—. Por cierto —dijo tendiéndome una tarjeta de visita—, me llamo Ken Takarada. Disculpe que no me haya presentado. Como le he dicho, soy el dueño de esta papelería y estaré encantado de tratar con usted en adelante.

Aquel gesto tan cortés me pilló por sorpresa. Abrí el bolso y busqué una tarjeta, pero como salí con prisas, no llevaba el tarjetero. Por suerte, me acordé de que tenía una suelta en el bolsillito lateral del planificador y la saqué con naturalidad.

—Yo soy Yuri, del Club Fumi.

—¿Un club? O sea, un club, club...

—Efectivamente.

—No una disco, ¿verdad?

Se me escapó un poco la risa por el retintín con que imitaba la manera de hablar de los jóvenes. No me imaginaba que alguien como él entendiera de esas cosas.

—El Club Fumi, donde trabajo, es uno de los más selectos y renombrados de Ginza. La propietaria, Mamá Fumi, lo abrió en 1964, cuando se celebraron los Juegos Olímpicos de Tokio, así que tiene más de medio siglo de historia.

El señor Takarada me escuchaba mientras echaba las hojas té en la tetera.

—Vaya, me da vergüenza decirlo, pero con todo el tiempo que llevo viviendo en Ginza, jamás he ido a un club. Aunque recuerdo haber leído sobre ése en más de una ocasión en alguna revista, y haber visto algo en la tele.

—Mamá Fumi siempre está dispuesta a colaborar cuando se trata de reportajes que ayudan a mejorar nuestra reputación. Sin embargo, creo recordar que ni una sola vez ha permitido que introduzcan las cámaras en el local. Siempre recibe a los reporteros en la oficina del establecimiento.

Ken repartió el contenido de la tetera en sendos vasos altos de cerámica. Iba alternando de tanto en tanto cada vaso, de manera que ambos tuvieran una concentración lo más similar posible. A pesar de hallarme sentada a cierta distancia, pude percibir el aroma de un buen té.

—Aquí tiene —dijo alargándome el vaso en un platito de madera.

—Se lo agradezco —contesté con una espontánea reverencia.

Me sentí como si estuviera participando en la ceremonia del té. No era algo muy cortés, pero retiré enseguida la tapadera del vaso y lo tomé entre mis manos. Cuando lo alcé hasta la altura de la garganta, su aroma cosquilleó el interior de mi nariz. No, mejor dicho, más que un cosquilleo, era un impacto directo.

—Aaah, ¡qué bueno! —exclamé.

—Me alegro de que le guste —dijo él con una sonrisa—. Bueno, entonces, ¿podría contarme de qué se trata?

Asentí levemente y empecé a contarle mi historia.

La primera vez que me encontré con Mamá Fumi fue al poco de mudarme a Tokio. Por entonces, había conseguido trabajo en una floristería llevando flores frescas a restaurantes elegantes y otros negocios parecidos. Sin embargo, era una recién llegada, y Ginza está llena de recovecos, así que no siempre me resultaba fácil llegar a los sitios, sobre todo porque mi móvil de entonces no tenía aplicaciones de mapas. Ese día estaba en medio de la acera con un mapa de papel intentando saber dónde me encontraba cuando faltaba muy poco para la hora de entrega. Me acuerdo de que era abril, así que no debía de hacer mucho calor, pero a mí, que iba cargada con un gran ramo de flores, me caían unas grandes gotas de sudor por la frente.

Entonces, una mujer que llevaba un vestido evidentemente caro y elegante se detuvo a mi lado y me preguntó si podía ayudarme.

—¡Disculpe! —le respondí—. Es que no consigo dar con esta dirección. Creo que es un restaurante de *tempura*...

Le tendí el albarán de un modo un tanto abrupto y entonces noté por el aroma de su perfume que era de los buenos. Me sentí incómoda por mi olor a sudor.

—Anda, qué casualidad —dijo ella—. Precisamente me dirijo hacia allí. Si quieres, vamos juntas. Es justo aquí al lado. —Me hizo un gesto con la mano y echó a andar. Unos pasos más adelante se volvió para preguntarme—: Trabajas en la floristería, ¿verdad?

—Pues sí. Empecé la semana pasada.

—¡Ah! Bueno, supongo que pasarás algunos apuros hasta que conozcas bien la zona, pero así haces un poco de ejercicio... —Sonrió—. Además, estando todo el tiempo rodeada de flores,

mejorará tu sentido estético. Creo que es un buen trabajo. Mira, ya estamos. ¿A que estaba muy cerca?

La verdad es que habíamos tardado apenas tres minutos.

—Vamos, pasa y entrega tus flores.

—No, no, usted primero. Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta que me ha traído hasta la puerta. Y darle las gracias, claro.

Hice una reverencia y ella soltó una risita.

—¡Cómo exageras! Pero estoy contenta de haber podido ayudarte. Además, eres una chica muy bien educada y te preocupas por los demás. Diría que eres un caso raro en nuestros días. Espero que volvamos a vernos.

Me sorprendió que, en vez de entrar en el restaurante de *tempura*, hiciera ademán de marcharse.

—Pero... ¿no va a entrar?

—¿Qué? Ah... es que acabo de recordar que tengo algo urgente que hacer. Ya me pasaré después. ¡Hasta otra!

Y, tras decir esto, enfiló por donde habíamos venido. En ese momento, apareció en la puerta el dueño del restaurante de *tempura*.

—Ah, vienes de la floristería. Gracias.

—Disculpe —le dije señalando a la mujer—, ¿conoce a esa señora? Ha sido muy amable y me ha traído hasta aquí.

El dueño alzó la voz y dijo:

—¡Mamá Fumi! —La señora se volvió sorprendida y él la saludó con la mano; luego se volvió otra vez hacia mí—. ¿Te ha traído hasta aquí y no sabes quién es? Bueno, sí, es lógico, tratándose de alguien

tan joven como tú. Es Mamá Fumi, la propietaria del mejor club de Ginza.

Aquel día, al terminar la jornada le pedí a las compañeras una rosa roja. Lo normal era que los empleados nos lleváramos gratis las que estaban menos frescas, pero insistí en que fuera una de las que estaban a la venta. Era sólo una, pero me costó mil yenes.

Con aquella rosa en la mano, fui a llamar a la puerta del Club Fumi. Eran las cinco de la tarde y todavía no había ni un solo cliente, pero me di cuenta de que no era un local para que entrase una chica de dieciocho años sin sombra de maquillaje y vestida con vaqueros y zapatillas, como iba yo. Aún hoy me avergüenza ese acto tan impulsivo, pero tenía muchas ganas de mostrarle mi agradecimiento a aquella señora.

Me abrió un hombre de mediana edad y traje oscuro que, según supe después, era el gerente. Pareció sorprenderse cuando le dije que quería ver a Mamá Fumi, pero me hizo entrar y me pidió que esperara junto a un mostrador.

Cuando Mamá Fumi apareció, su aspecto era bastante distinto al del mediodía. Llevaba kimono y el pelo recogido en un precioso peinado.

—¡Anda, pero si eres la chica de las flores! ¿Qué haces aquí?

—Yo... —respondí nerviosa—, yo sólo venía a traerle un detalle como muestra de agradecimiento.

En ese momento, divisé al otro lado un inmenso ramo de flores dispuesto en un lujoso jarrón y volví a avergonzarme.

—Vaya, a ver, enséñame eso que traes —me dijo Mamá Fumi.

Temerosa, extendí la rosa hacia ella.

—¡Qué bonita! —dijo ella.

—Perdóneme. El dueño del restaurante de *tempura* me dijo su nombre y también dónde estaba usted. De nuevo, muchas gracias por lo del mediodía.

Ella hizo una reverencia.

—No tienes por qué disculparte. Además, me has traído este detalle precioso. Anda, siéntate un rato.

Al oír aquello, el gerente me acercó una banqueta.

—No, no; no quisiera molestar. Mejor me marchó.

—Pero ¡qué dices! Aquí no podemos dejar que la gente que cruza por esa puerta se marche sin beber nada. Ah, pero antes, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho...

—Vaya, qué pena. Hemos perdido la excusa para abrir una botella de champán —contestó riendo.

Después se dirigió al camarero:

—Oye, trae un zumo fresco, de los especiales. ¿Y te importaría poner esta rosa en un florero pequeño de cristal?

El camarero recogió la rosa ceremoniosamente y en silencio nos quedamos mirando cómo la introducía con gran delicadeza en un florero estrecho de cristal. Mientras lo hacía, otro compañero colocó un vaso con un zumo delante de mí y una copa de champán delante de Mamá Fumi. Entonces el gerente, mientras le servía el champán, dijo:

—Parece que éste va a convertirse en un encuentro conmemorativo, así que éste es mi regalo a Mamá Fumi.

—¡Hala, qué rumboso! Pues lo acepto con mucho gusto.

Como respondiendo a esas palabras, el camarero colocó con sigilo el florero con la rosa entre nosotras dos.

—Escucha, querida. ¿Sabes lo que significa una única rosa, de ese rojo tan intenso, en el lenguaje de las flores?

Me hubiera gustado saberlo, pero no era el caso. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Pues «amor a primera vista».

Creo que me ruboricé de la cabeza a los pies, pero no cabía duda de que me había quedado prendada de Mamá Fumi a primera vista.

—Venga, brindemos. Aunque todavía no nos hemos presentado como es debido...

Cogió la tarjeta de visita que le pasó con discreción el gerente y me la entregó.

—Yo soy Fumi, la «mamá» de este local.

Sostuve la tarjeta con ambas manos y me presenté también:

—Yo soy Yuri Kawai.

—Ah, Yuri: un lirio, ¡y me has regalado una rosa! Podría salir un bonito poema de ahí. Menos mal que no me has regalado un único lirio.

—Me da vergüenza decirlo —repuse—, porque trabajo en una floristería, pero no conozco el lenguaje de las flores. ¿Qué significa un único lirio?

El gerente, que había estado todo el tiempo en silencio detrás de nosotras, se encargó de contestar:

—Una ofrenda a los difuntos.

—¿Eh? ¿De verdad? —respondí azorada.

Mamá Fumi, que nos miraba con aire de estar divirtiéndose, añadió:

—No te creas, algún que otro grosero me ha dicho que parezco un fantasma, pero aún no tengo intención de abandonar este mundo.

No pude evitar reírme al oírla usar aquella expresión.

—Mira, tengo una propuesta para ti: ¿qué tal si, cuando cumplas los veinte, te vienes a trabajar aquí? Falta mucho tiempo, así que no tienes que apresurarte a contestar. Piénsalo bien y, si te decides, preséntate en la oficina; ahí tienes la dirección, impresa en la tarjeta. Me gusta que seas tan sincera y encantadora, creo que te irá de maravilla con nosotros. —Se volvió hacia el gerente—. ¿Verdad que sí?

—Como usted diga —afirmó él con una inclinación de cabeza.

Al final, comencé a trabajar en el Club Fumi dos años después, en tercero de carrera. ¡Ya han pasado diez! Las chicas pueden trabajar a partir de los dieciocho, pero el Fumi tiene otra política: sólo contrata a mayores de edad, es decir, que tengan veinte años o más. Mamá Fumi siempre decía: «Éste es un lugar donde se toma alcohol, ¿no? Pues entonces es absurdo que una chica que anima a los clientes a beber no pueda hacerlo. Por supuesto, no se trata de forzarla a beber pero, si un cliente consigue que se tome una copa, eso sería ilegal, y no podemos hacer que el cliente tenga esa responsabilidad.» Por cierto, Mamá Fumi tampoco contrata a gente que fume, y eso vale tanto para las chicas de compañía como para el personal masculino. «No pasa nada porque una chica atienda a un cliente que es fumador», nos decía, «pero no se puede poner a una fumadora junto a un cliente que odia el tabaco, ¿verdad?».

Todo aquello tenía su lógica, pero también le dificultaba encontrar personal. Y no faltó quien se aficionó al tabaco después de empezar a trabajar, pero Mamá Fumi era muy sensible a los olores y enseguida se daba cuenta. En esos casos actuaba de manera muy estricta: «O dejas el tabaco o dejas el trabajo, tú eliges.» De hecho, varias chicas y camareros dejaron el trabajo por ese motivo. Incluso antes de que se impusiera la normativa sobre el tabaco en los espacios cerrados, el Fumi tenía una zona reservada para los clientes que querían fumarse un cigarrillo. Entonces, si algún cliente insistía en que quería fumar, se le pedía que fuera allí. El hecho de que, a pesar de tal incomodidad, el Club Fumi no perdiera clientela, revela que se trataba de un establecimiento muy especial.

Pero estoy apartándome del tema. En resumen, había muchas reglas. A las universitarias, como yo, Mamá Fumi sólo nos contrataba a tiempo parcial. Casi puedo oírla diciendo: «Lo principal para vosotras debe ser el estudio: es suficiente con que trabajéis aquí algunas horas y os saquéis algún dinero. Si no gastáis en lujos ni se lo entregáis a nadie, debería de bastaros.» Eso suponía una diferencia muy marcada entre quienes estudiábamos y las trabajadoras a tiempo completo, puesto que sólo ellas podían fichar acompañadas o hacer privados tras el cierre.

—Disculpe —me interrumpió el señor Takarada—, pero ¿qué significa «fichar acompañadas» o «privados tras el cierre»?

—¿Eh? Ah, cierto: me había dicho que no conoce ese mundo. Lo primero consiste en cenar por ahí con el cliente antes y luego entrar a trabajar. No se trata de que una chica decida por su cuenta ir a

cenar con alguien, sino que es parte del negocio. Horas extra. Lo mismo sucede con lo segundo, que solemos abreviar como *after* y que implica irse de copas con el cliente después de que el local cierre.

—Ya veo... Así que también hay que atender fuera del horario habitual y en otros lugares. Debe de ser agotador.

Los trabajos previos suponen llegar a un restaurante a las seis de la tarde y, por tanto, salir mucho antes de casa. Si las universitarias pudieran hacerlo, casi seguro perderían al menos la última hora de clase.

En el caso de los *after*, éstos terminan, como muy pronto, a las dos de la madrugada, y luego hay que volver a casa e ir al día siguiente temprano a la universidad para la primera clase. No es que sea imposible, pero sí muy difícil.

Y si la situación se va repitiendo, te alejas cada vez más del mundo universitario y terminas por dejar los estudios, y eso era precisamente lo que a Mamá Fumi no le gustaba.

«Ya que habéis tenido la oportunidad de ir a la universidad», repetía, «debéis terminar los estudios. Aun cuando ahora no le encontréis el sentido, llegará un día en que os alegréis de haber recibido el título de licenciatura».

Por ello, organizaba los turnos de las que aún estudiaban poniendo atención en esas circunstancias y, en los periodos de exámenes, seminarios o prácticas que exigieran alojarse en provincias, concedía muchos días libres.

Incluso nos daba algo extra si sacábamos buenas notas. Por cada sobresaliente nos daba tres mil yenes; por cada notable, mil. Eso sí, un deficiente nos restaba quinientos yenes; y un muy deficiente, mil. Aun así, de media recibíamos entre diez y veinte mil yenes, lo que suponía un pequeño dispendio para Mamá Fumi, pero un incentivo bastante atrayente para nosotras. Ahora bien, aunque Mamá Fumi hiciese una clara distinción entre estudiantes y chicas a tiempo completo, todas estábamos obligadas a asistir a las clases de formación.

—¿Clases de formación? ¿Quieres decir que hacía ir a un profesor al club para que impartiese una charla?

—Pues sí. Lo hacía más o menos una vez al mes, y los profesores eran siempre de primera, por lo que no nos aburríamos. En mi caso, incluso esperaba con ilusión aquellas charlas sobre temas de política, economía, historia; sobre cuestiones científicas o asuntos de actualidad. Según entiendo, Mamá Fumi y el gerente preparaban cada año un programa detallado.

El señor Takarada no salía de su sorpresa.

—El objetivo era, desde luego, que pudiéramos dar conversación a los clientes. Aunque Mamá Fumi se encargaba de recordarnos al final de cada clase que no fuésemos a actuar como unas sabihondas y a hablar sin parar. «No olvidéis que esto es para estar a la altura y ayudar a que fluya la conversación que inicie el cliente. Y si, por casualidad, éste opina algo distinto de lo que habéis aprendido, aseguraos de no llevarle la contraria, ¿entendido?»

—Escuchando todo lo que me cuenta, me da más miedo todavía ir a un club —comentó el señor Takarada exhalando un enorme suspiro.

—No, no; no diga eso. Las chicas de primera clase son todas excelentes conversadoras, aunque creo que la mayoría de los clientes ni se dan cuenta de su preparación. El caso es que ninguna haría nada que pudiera avergonzarlo; al contrario.

Mamá Fumi ofrecía todo su apoyo a aquellas jóvenes y camareros que deseaban aprender, y sabía distinguir quién se esforzaba.

Recuerdo que asistí por primera vez a una de las clases de formación a las dos semanas de empezar a trabajar allí. El tema eran los superordenadores y, para mí, que soy de letras, aquello resultaba incomprensible. Aun así, me dediqué a apuntar en mi cuaderno todo lo que me llamaba la atención, sobre todo las palabras que no entendía, para buscar más tarde su significado. Cuando el profesor terminó, se me acercó Mamá Fumi.

—Tiene mucho mérito que hayas tomado esa cantidad de notas... No pierdas esa costumbre. Creo que, si los profesores te ven con el cuaderno abierto y esa expresión tan formal de «estoy intentando comprenderlo todo», se irán mucho más satisfechos. En cuanto a ese cuaderno y ese bolígrafo —añadió al darse cuenta de que provenían de una tienda de cien yenes—, mejor cambiarlos. Una chica de primera clase sólo lleva consigo artículos de primera clase. Pero no te confundas: cuando digo «de primera clase» no me refiero a que tengan que ser muy caros; por muy elevado que sea su

precio, un producto tosco no puede ser considerado de primera clase. En fin, mucho ánimo —remató antes de irse.

Me quedé muy contenta por sus elogios, pero también intrigada por lo que había querido decir respecto de los «artículos de primera clase». Así que, mientras caminaba de vuelta a casa, di un pequeño rodeo para ver los escaparates de unos grandes almacenes. Pensaba que, quizá si contemplaba con atención los aparadores llenos de artículos de lujo, al menos me daría una idea de a qué se refería Mamá Fumi. Pero no encontré ninguna pista.

Al día siguiente, cuando llegué al trabajo y abrí mi taquilla para cambiarme, encontré un paquete atado con un lacito y, cuando retiré el envoltorio, aparecieron una libreta y un bolígrafo en su estuche, junto con una notita que decía:

Yuri:

Ésta es una recompensa por tus esfuerzos de ayer. Sigue por ese camino.

Mamá Fumi

La libreta, con tapas de cuero, era impresionante. Al abrirla, vi que se trataba de una FILOFAX NOTEBOOK CLASSIC. En cuanto al bolígrafo, era precioso, de color dorado, y el papelito de la garantía decía algo como BOLÍGRAFO CROSS CLASSIC CENTURY, CHAPADO EN ORO DE 14K. Además, tenía mi nombre grabado.

Hasta entonces, jamás había recibido una «recompensa» como ésta. No cabía en mí de la alegría.

Aquella noche, tras despedirme de un cliente en la puerta del local, encontré el momento para hablar a solas con Mamá Fumi y

darle las gracias. Ella se limitó a sonreír y me dijo «de nada» mientras me daba una palmadita en el hombro.

Por la noche, al volver a casa, copié todas mis notas del viejo cuaderno en la libreta nueva. El bolígrafo Cross pesaba un poco más que los habituales, pero eso mismo lo hacía más agradable de usar, y la punta se deslizaba con suavidad sobre el papel. Desde entonces empecé a tomar notas de las clases en esas libretas, y uso siempre el bolígrafo Cross que me regaló Mamá Fumi.

—Ya entiendo, por eso el planificador también es de la marca Filofax.

El señor Takarada había reconocido la marca a pesar de la distancia. No en vano era el dueño de una papelería de prestigio.

—Bueno, es que ésta también me la regaló Mamá Fumi, en otra ocasión —aclaré.

—Me están entrando cada vez más ganas de conocer a esa Mamá Fumi. Regalar artículos de escritura no es nada fácil porque los gustos en cuanto al diseño, el tamaño o el color varían mucho de una persona a otra. Hay que conocer muy bien al otro para acertar.

—Pues a Mamá Fumi le encanta hacer regalos de ese tipo a todo el mundo, y no sólo en las fechas especiales. A veces, te quedas pensando: «¿Y ahora, por qué?»

—Ya veo. Es como si fuera una madre, ¿no? —murmuró el señor Takarada.

Así es. Mamá Fumi es algo así como la madre de todos los que trabajamos allí.

Pero estoy dando la impresión de que Mamá Fumi sólo ayudaba a las chicas que iban a la universidad o bien se limitaba a formar a sus empleadas para que desempeñaran su trabajo cada vez mejor. Es cierto que insistía en que nos formáramos en ese sentido, y no sólo las chicas, sino el resto del personal (pagaba cursos de cocina, de vinos, etcétera), pero además se mostraba dispuesta a «becar» a quien mostrase un auténtico interés por el estudio. Así, hubo quien se sacó el título de contable, el de administrador, el de sumiller o el de nutricionista.

«Ya me gustaría que siguierais trabajando para mí siempre», nos decía, «pero el trabajo nocturno es muy exigente y, si uno tiene familia, termina descuidándola. Por eso, es mejor que os preparéis, aprendáis todo lo posible y, además, estéis en condiciones de acreditarlo». Y luego añadía intentando reír para que no sonara a moralina: «Además, si tenéis mucho tiempo libre puede que adquiráis malos hábitos, así que...»

Pero, la verdad, siempre le preocupaba que alguno de sus empleados pudiera irse «por el mal camino». Ya le he dicho que era como una madre.

En mi caso, puedo afirmar que le he pedido consejo sobre casi todo. Cuando entré a trabajar para ella era una chiquilla provinciana que no sabía nada del mundo. Si no hubiera conocido a Mamá Fumi, no hay duda de que ahora no sería la misma.

—Dicen que no hay nada que cambie tanto nuestras vidas como el encuentro con determinadas personas —dijo el señor Takarada mientras asentía con la cabeza.

—Cierto... —convine yo antes de proseguir con mi historia.

Con el apoyo de Mamá Fumi pude licenciarme. Mi intención, sin embargo, era seguir en el club, ahora a tiempo completo. Pero me encontré con una reacción más bien fría por su parte.

—Mejor que tengas la experiencia de un trabajo común y corriente, y que sea en una empresa lo más seria posible. Que cotice en bolsa, por ejemplo, porque así dedicarán tiempo y dinero a tu formación. Haz lo posible para entrar y pasa allí al menos tres años. Si entonces quieres volver aquí, te contrataré.

Me sentía desilusionada, pero ella continuó:

—Y si encuentras a un buen hombre, no dudes en casarte con él; preferiría que encontraras una forma de vivir que no pase por trabajar aquí.

Me dijo esto último con cierta expresión de tristeza.

Así, encontré trabajo como comercial en una empresa que fabricaba maquinaria para el procesamiento de metales. Después de comunicárselo, Mamá Fumi se puso a investigar y, unos días más tarde, me dijo:

—No está mal. No es que sea un trabajo muy vistoso, pero al parecer es estable y los nombres de los directivos no me suenan, así que no deben de andar malgastando el dinero por los locales de Ginza.

Aquello, desde luego, no era garantía de que no acostumbraran a ir a clubs de alterne por otras zonas de Tokio, pero entendí que Mamá Fumi tenía las mejores intenciones.

Días después me citó en su oficina, localizada en un viejo edificio de Ginza. Mamá Fumi vestía el elegante traje de la primera vez y llevaba gafas. Parecía una persona diferente a la que trabajaba en el club por las noches. Nada más verme, me dio un sobre. Al abrirlo me llevé una tremenda sorpresa: dentro había doscientos mil yenes y una nueva libreta.

—Sé que no te doy mucho, pero acéptalo. Cómprate tres pares de buenos zapatos. Cuídalos bien y asegúrate de que no tengas que avergonzarte nunca de que alguien te mire los pies. Te lo digo yo, que me he pasado la vida observando los pies de los clientes, así que sé de lo que hablo. Alguien que lleva unos buenos zapatos bien cepillados nunca será visto como de tercera categoría. Lo más probable es que te destinen a personal de ventas. El trabajo del personal de ventas depende en gran medida de si le gustas o no a los clientes, pero tú, que eres tan formal, seguro que estarás a la altura, así que por ese lado me quedo tranquila.

La libreta era de tamaño A5, tenía tapas de cuero negro y mi nombre impreso en letras doradas. Mamá Fumi continuó:

—En el club tratamos con muchos agentes comerciales, todos completamente distintos entre sí. Sin embargo, uno, como cliente, suele tomar la decisión de hacer o no tratos con ellos basándose en tres cosas: la primera impresión, las primeras frases que uno intercambia con ellos... y la clase de cosas que anotan y dónde lo hacen. Ya sé que puede parecerte una exageración, pero dice muchísimo de ellos. Y te adelanto que los peores son los que toman notas en los márgenes blancos de los documentos o de los catálogos. Ésos nunca mantienen sus promesas.

Me conmovió que se preocupara por cómo me iría en mi nuevo trabajo, que se hubiera molestado en darme dinero y hasta en comprarme una libreta. Se me escaparon unas lagrimitas y fueron a caer sobre las bellas tapas de cuero negro.

—¡Eh! Que se va a quedar una marca... El cuero y el agua no son buenos amigos.

Tal como decía Mamá Fumi, cuando entré en la empresa me encuadraron en la sección de ventas. Mi único conocimiento sobre los artículos que fabricábamos se reducía al que había adquirido durante mi periodo de formación, y como no sabía nada acerca de los clientes a quienes visitaba, cuando llegaba allí sacaba el planificador Filofax que me regaló Mamá Fumi y tomaba notas de todo. Me hice un índice por clientes y anotaba el contenido tratado en las reuniones, incluyendo sin falta lo que me hubiese comprometido a hacer en el transcurso de la discusión comercial.

A pesar de no trabajar ya con ella, lo cierto es que Mamá Fumi me enviaba mensajes o me llamaba por teléfono cada dos por tres. Eran conversaciones muy cortas, pero me hacían sentir que no se olvidaba de mí, lo que me hacía muy feliz. También me enviaba de vez en cuando frutas de temporada, zumos o gelatinas variadas junto con una nota que solía decir: «Un cliente me ha regalado una gran cantidad, así que repartimos.»

Entre unas cosas y otras, los tres años que estuve empleada en aquella empresa se me pasaron en un abrir y cerrar de ojos. No me fue mal (en parte por los consejos de Mamá Fumi), pero seguía empeñada en regresar con ella. En enero del tercer año le pedí cita y fui a verla a su oficina. Para entonces, estaba tan acostumbrada a

llevar mi planificador siempre conmigo que ese día no fue la excepción. Cuando se dio cuenta, me dijo:

—¿Te importaría que lo viera un momento? No te preocupes, no voy a leer lo que hayas escrito.

Le tendí la libreta y la tomó con ambas manos, como si fuera un objeto muy valioso. Incluso acarició las cubiertas. Yo había procurado tratarla con cuidado, pero aun así tenía arañazos y marcas de uso. Al cabo de un momento, me la devolvió.

—Toma, muchas gracias. Me doy cuenta de lo mucho que has trabajado durante estos tres años. ¿De verdad quieres volver aquí? A mí me encantaría, desde luego, y seguro que ayudarías mucho al negocio, pero ya han pasado tres años. Me cuesta pensar que no te guste más tu trabajo... y que no hayas conocido a algún hombre interesante.

—¿A quién iba a encontrar que fuese más interesante que Mamá Fumi? —le respondí.

Ella lanzó un suspiro.

—Bueno, pues entonces adelante.

Todavía hoy puedo recrear la impresión que sentí al estrechar su mano.

—Cuanto más avanza su relato, más ganas me entran de conocer a esa Mamá Fumi. Pero ahora quiere entregarle una carta de renuncia...

Me limité a asentir y continué con mi relato.

Cuando volví a trabajar con ella, fui desarrollando cada vez más habilidades y contribuyendo a la buena marcha del negocio. Pero, además, lo pasaba muy bien y estaba decidida a continuar en ese trabajo. Claro que también cometía errores cada dos por tres y Mamá Fumi me regañaba. Sin embargo, por más que lo hiciera, no me dolía. Y es que en cada una de las palabras de aquellas reprimendas notaba el profundo cariño que me guardaba.

Claro que Mamá Fumi no era estricta solamente con sus propios empleados. Si había algún cliente que se propasara demasiado, sabía ser dura con él.

Una noche, al poco de haber empezado a trabajar a tiempo completo, llegó un cliente que, según supe luego, se había convertido en asiduo durante el tiempo que yo había estado ausente.

Por lo visto, tenía una empresa que creaba aplicaciones para móviles, gastaba bastante dinero y, cuando pasaba por el Fumi, se dejaba siempre una buena cantidad. Por desgracia, era de mal beber.

Al parecer la noche a la que me refiero había cenado con otro hombre con el que después se fue a tomar unas copas. Cuando llegó al Fumi, ya solo, estaba bastante bebido. Ignorando los reproches de Mamá Fumi, comenzó a ponerse pesado conmigo, que era la primera vez que lo atendía. Le dio por preguntarme toda clase de cosas personales como dónde había estudiado y si había tenido otros trabajos.

Mamá Fumi debió de notar que yo estaba incómoda, porque mandó a otra de las chicas para que me sustituyera, pero el tipo se negó e insistió en estar conmigo.

Entonces, me dijo:

—Y tú, con esa cara tan normalita, ¿no sientes vergüenza de trabajar en Ginza en un local así?

Mamá Fumi salió en mi defensa, pero el hombre pareció ofenderse y se puso a beber todavía más. En un descuido de Mamá Fumi volvió a atacar:

—Oye, ¿y tus padres saben que su hija está trabajando en un local como éste o creen que aún estás en la empresa de antes?

Mis padres se habían divorciado cuando era niña, pero yo nunca había perdido el contacto con ninguno de los dos, y les tenía la confianza suficiente para que supieran perfectamente lo que hacía o dejaba de hacer, así que le contesté sin mayor problema.

—Pues claro que lo saben.

Pero el tipo volvió a la carga:

—¡Ah! ¡Y lo que deben de disfrutar gastándose el dinero que tú te ganas!

Puede que ahora reaccionara de otro modo (por ejemplo diciéndole: «¡Pues claro que sí, están encantados!»), pero en ese momento debí de haber puesto una mueca de profundo disgusto porque me espetó:

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara?

Y acto seguido me arrojó el contenido del vaso que tenía en la mano. La chica que estaba sentada a mi lado dio un grito. Enseguida el gerente corrió hacia donde estábamos y preguntó al hombre si es que yo había cometido alguna impertinencia.

—Ésta, que me ha puesto mala cara... —respondió aquel tipejo.

El gerente no supo qué hacer, pero entonces llegó Mamá Fumi.

—Le pido disculpas si no le ha gustado la manera en que atienden nuestras empleadas.

Y, tras decir eso, hizo una profunda reverencia. El cliente pareció deshincharse y se sentó en una postura un poco más correcta.

—Sin embargo —continuó Mamá Fumi—, lanzarle una bebida a la cara a una chica es una agresión, es un delito. ¿Es consciente de que podemos denunciarlo?

—Eh... no... yo... ¡es que se me resbaló de la mano...!

—¡Ya no tiene edad para poner excusas estúpidas! —le soltó Mamá Fumi alzando apenas la voz, pero revistiéndose de una gran autoridad—. Por lo menos podría reconocer lo que ha hecho, ¿no le parece?

Ante semejante escándalo, la embriaguez del cliente pareció disiparse por completo. Se quedó como congelado. Mamá Fumi resopló con fuerza y luego volvió a su tranquila voz de costumbre:

—Y además, sepa que, para mí, mis empleados son como mi familia, y alguien que trata de esa manera tan desconsiderada a uno de mis parientes no tiene cabida aquí. Haga el favor de marcharse y no vuelva nunca más. No hace falta que pague nada por su consumición de hoy.

A continuación, le pidió a dos camareros que lo acompañaran hasta la puerta.

Luego, ordenó que llevaran platos de fruta y bebidas de cortesía a todas las mesas, y ella y yo las recorrimos una a una pidiendo disculpas por la escena que les había tocado presenciar. Uno, sin embargo, se atrevió a afirmar que había estado «a punto de intervenir», y Mamá Fumi no se cortó a la hora de afearle que no lo hubiera hecho si lo había visto y oído todo.

Mamá Fumi solía hacer un *after* casi cada noche con algún cliente veterano, pero esa noche, en vez de eso, me invitó a su apartamento.

Era un lugar impresionante, situado en una de las plantas más altas de un edificio del antiguo barrio de Tsukudashima. Una vez allí me pidió que la esperara un segundo, fue a prepararme la bañera y me dijo que me tomara todo el tiempo que quisiera.

Entretanto, preparó la cena: una sopa *ochazuke* de arroz y té verde tostado con tropezones de encurtidos, alga *kombu* salada y ciruela fermentada. Sentí como si la sopa se filtrase a mi través. Tanto de mi cuerpo como de mi corazón.

Recuerdo lo hermosa que se veía la ciudad desde los ventanales de su apartamento mientras cenábamos, y también lo deliciosa y tranquilizadora que resultó aquella sopa.

Sin embargo, en un momento dado Mamá Fumi se echó a llorar y me dijo:

—Perdona que no haya llegado a tiempo para defenderte. No sé ni cómo dejé pasar a aquel tipo. Ha sido culpa mía. Lo siento mucho...

Me levanté de la mesa y me acerqué para abrazarla.

Después de aquello me sentía tan agradecida que me esforcé por apoyar a Mamá Fumi en todo lo que pudiera y en colaborar a que el negocio prosperara cada vez más. Desde entonces (y ya han pasado cinco años), me he acostumbrado a aceptar citas con clientes antes y después del horario laboral.

Desde luego, he contribuido mucho al negocio, pero no sólo eso, sino que, modestia aparte, me he convertido en una chica de

compañía bastante popular en Ginza. En ese mundo, es frecuente recibir ofertas para cambiar de local pero, en mi caso, éstas suponían, muchas veces, la posibilidad de convertirme en «mamá» de algún otro club. Sin embargo, hasta hace muy poco no había surgido ninguna oferta que superara lo que el propio Club Fumi podía ofrecerme, y eso sin contar con el enorme agradecimiento y el cariño que me une a Mamá Fumi. Muchas veces pensé que trabajaría para ella el resto de mi vida.

Sin embargo, hace cosa de medio año, recibí una oferta del todo distinta. Se trataba de abrir un lugar completamente nuevo, de manera que tendría voz y voto en el concepto, el diseño y la organización misma del local. Las condiciones eran tan buenas que al principio incluso desconfié. No obstante, pregunté a varios conocidos y averigüé que el empresario que me lo ofrecía, pese a no ser en absoluto un hombre mayor, gozaba de reconocimiento en el sector y poseía varios bares y restaurantes en los barrios de Ginza y Shinbashi.

Yo seguía teniendo mis dudas, pero hace un par de meses me decidí a ir a verlo a su oficina, y me contó más detalles de su proyecto. Me dijo que, coincidiendo con ese momento, quería abrir una serie de negocios en un pequeño edificio que había comprado en Ginza, de manera que en cada planta hubiera un establecimiento con un concepto diferente. La idea era que todos se inaugurasen a la vez. El club estaría en el piso superior. Finalmente, me llevó a ver el local que pensaba acondicionar. Era una obra muy bien pensada, por todo lo alto, que incluía refuerzos frente a movimientos sísmicos y donde pude ver, todavía sin recubrir, los armazones y vigas de

acero que se estaban añadiendo. Me quedé muy impresionada, tanto, que no pude evitar preguntarle por qué se había fijado en mí.

—Varios clientes habituales del Fumi me han dicho que Mamá Fumi te tiene una confianza absoluta, que casi eres su mano derecha. No la conozco gran cosa, pero sé muy bien la clase de persona que es y cuánto sabe de esto. No creo que se haya equivocado contigo, por eso te he hecho la oferta de llevar el nuevo club. ¿Estás dispuesta a aceptarla?

Sin pensarlo más, estreché la mano que me tendía.

—Ya veo cuál es su problema... —comentó un pensativo señor Takarada llevándose la mano al mentón.

—Pues sí, no sé cómo decírselo a Mamá Fumi. He estado a punto de hacerlo muchísimas veces, pero cuando la miro a la cara me aflijo hasta el punto de quedarme muda. Por eso he pensado en escribirle una carta.

—Lo entiendo, pero no sé si es lo más adecuado, tratándose de una persona tan cercana... ¿Por qué no lo piensa un poco más? Intente imaginar cómo se sentirá Mamá Fumi cuando reciba esa carta tan de repente. Precisamente cuando hay que dar una noticia dura, es importante decirlo mirando a la cara del otro. El motivo por el que le digo que no me parece bien es porque probablemente ella no se lo espera. Pero si ha notado algo extraño, a lo mejor se está torturando pensando que son imaginaciones. Entonces, enviarle de pronto una carta sería demasiado cruel.

Lo que decía era del todo irrefutable. Hasta ese momento, el señor Takarada me había parecido el hombre más cordial del mundo,

pero ahora lo veía como alguien frío e inclemente.

Exhalé un profundo suspiro mirando al techo, me enderecé en la silla y, tras una reverencia, le insistí:

—Señor Takarada, sé que ya he abusado muchísimo de su tiempo, pero necesito su ayuda. ¡Ayúdeme a escribir esa carta, aunque sea para tener claro lo que tengo que decirle a Mamá Fumi! Le prometo que después iré a verla en persona y, si me veo capaz, me olvidaré de la carta y le daré la noticia yo misma.

El señor Takarada pareció dudar durante unos momentos y luego dijo:

—De todas maneras, ya ha decidido que dejará el Fumi y se lanzará a esa nueva aventura, ¿no es cierto?

—Así es...

—Entonces hable con ella, aunque sea por teléfono.

«¡Pero qué testarudo es este hombre!», pensé, y no pude evitar contestarle en un tono más seco:

—Le pido que me comprenda. No es lo mismo que dejar otro tipo de trabajo.

Él entornó los ojos, cruzó los brazos y se quedó un rato pensativo.

—No queda otro remedio —dijo al fin. Se puso en pie y añadió—: No estoy nada convencido pero, ya que me he subido a este barco, la ayudaré. Sólo deme un minuto.

Puso en la bandeja el vaso de té y bajó la escalera. Yo suspiré y eché un vistazo al reloj: llevaba más de una hora en la Papelería Shihodo.

El señor Takarada tardó poco en regresar. Llevaba en la mano un papel de cartas y unos sobres.

—Venga aquí, por favor —dijo señalando el gran escritorio que estaba junto a la ventana.

Cogí mi planificador, el bolígrafo Cross y mi bolso y me acerqué. Él dejó sobre el tablero el papel de cartas y retiró la silla para que pudiera sentarme.

—Creo que en este caso lo mejor será usar el papel más sencillo posible. Ése es mi consejo. Por lo demás, no creo que nadie pueda ayudarle a escribir su carta. Debe ser usted misma quien reflexione y vaya escogiendo las palabras y enlazando un sentimiento con otro. No importa si comete errores siempre que escriba con el corazón, y aún más cuando quien va a recibir la carta es una persona tan querida.

—Pero... —objeté yo—, pero si pudiera hacer algo así hace tiempo que habría comprado papel y sobres en cualquier tienda.

—Pues entonces —dijo—, me parece que no queda otra opción que entregarle una carta de renuncia genérica y pedirle cita para hablar con ella más adelante. —Fue hacia el gran armario estantería y cogió un volumen de uno de los estantes—. Aquí hay varios ejemplos de cartas de renuncia —añadió entregándomelo—. Me da reparo venderle sólo esto, así que le regalo el papel y el sobre. Para escribir, está bien con ese bolígrafo que tiene.

Con lo reticente que parecía antes, tanta presteza resultaba desconcertante. De todas formas, me sentía como una alumna que hubiera cometido muchas faltas y tuviera que quedarse después de las clases para repasar.

—Le dejo sola para que escriba con calma. Me iré a hacer unas compras y volveré dentro de una hora. Ah, y los lavabos están ahí —añadió señalando hacia un rincón—. Hasta ahora.

Y, tras decir esto, se marchó.

De pronto me había quedado a solas. Sobre el escritorio estaban el papel, los sobres, el bolígrafo Cross y la agenda Filofax.

Eché un vistazo por la ventana y casi pude sentir el viento del verano soplando entre los edificios. Unas nubes dispersas tapaban aquí y allá el cielo azul.

—Cumulonimbos... —murmuré.

Recordaba que la última vez que había visto unas nubes como ésas había sido en las fiestas de difuntos del año anterior. Como muchos asistentes se iban de vacaciones, el Fumi cerraba también durante esos días y Mamá Fumi aprovechaba para invitarnos a nosotras y a los jóvenes solteros del personal que quisieran apuntarse a una excursión haciendo noche en alguna parte. Solía escoger un lugar próximo, ya fuera de montaña o de playa, en la región de Kanto, de modo que habíamos ido a un pueblo costero de la prefectura de Chiba.

Las chicas de compañía odian broncearse, pero Mamá Fumi ignoró las protestas y propuso hacer una competición de partir sandías. Antes le había pedido a uno de los chicos que comprara dos o tres en un supermercado cercano. Colocamos una lona de plástico junto a la piscina del hotel, nos hicimos con unos cuchillos de madera y nos preparamos para competir. Sin embargo, cuando estábamos a punto de empezar Mamá Fumi nos pidió que esperáramos un momento, se fue y reapareció unos instantes después con mangas largas, pantalón, un gran sombrero de paja, gafas de sol y hasta guantes. «La verdad es que no quiero tostarme», dijo. Todos

soltamos una gran carcajada y, mientras competíamos, no dejábamos de señalarla y de hacer comentarios del tipo: «Mira, se ha colado alguien sospechoso.» Pasamos una tarde deliciosa.

Abrí mi planificador y busqué algunas fotos que tenía guardadas allí. En una de ellas se la podía ver tapada hasta las cejas el día de la competición de partir sandías; en otra, estábamos en un acuario, años antes, y ella acariciaba la nariz de un delfín. En la más antigua de todas, una Yuri de veinte años y una Mamá Fumi también mucho más joven posaban con un gran ramo de flores en el Fumi. No pude evitar que mis lágrimas cayeran sobre el bolsillito de plástico donde iban las fotos.

Estuve un buen rato así, con la mirada perdida en el cielo, sin poder escribir ni una palabra. Entonces, de pronto, oí la voz del señor Takarada diciendo:

—¡Ya estoy de vuelta!

Me apresuré a aferrar el bolígrafo Cross y a simular que escribía e, instantes después, oí unos pasos en la escalera. Sorprendentemente, me pareció que se trataba de dos personas, así que me puse de pie y me acerqué.

Era el señor Takarada, algo ruborizado, acompañado de Mamá Fumi en persona!

—Mamá Fumi —dije yo completamente desconcertada y con lágrimas en los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—El señor Takarada se ha puesto a llamar a sus clientes hasta dar con alguien que me conocía y después ha ido a buscarme. Lo hemos hecho trabajar mucho. Antes que nada, quiero decirte una cosa: yo ya sabía que el señor Ichiki, el presidente de Yamato Enterprises, te había ofrecido trabajar para él.

Me quedé de piedra.

El señor Takarada fue a buscar una de las sillas con ruedas y se la ofreció a Mamá Fumi, que tomó asiento justo enfrente de mí.

—De hecho, fue a verme antes de hacerte la oferta y, en cuanto lo tuve delante, supe que era un hombre en quien se podía confiar. Había oído hablar de él, pero ya sabes cuánto me importan las primeras impresiones. También me gustó que fuera al grano. Según recuerdo, me dijo sin más que quería que te fueras a trabajar con él en su nuevo proyecto. Y te describió como «mi mano derecha». Lo cual por supuesto es cierto.

Ahugué un grito: no tenía la menor idea de que esa entrevista hubiera tenido lugar. Ni Mamá Fumi ni el señor Ichiki me lo habían dicho.

—Sabes que yo también soy una empresaria, así que era plenamente consciente de que ese hombre podía ser un poderoso competidor. Sin embargo, no podía aceptar sin más que se llevase a una de mis empleadas más queridas. Así que le dije que tanto las chicas como el resto del personal trabajan conmigo por propia voluntad y que si alguien quería marcharse, yo no podría impedirlo. Entendía que el señor Ichiki pretendía ser respetuoso conmigo, pero, de algún modo, te estaba faltando al respeto a ti, y así se lo dije: «Señor Ichiki, la señorita Yuri no es un objeto que yo pueda retener, ni tampoco una esclava; si quiere averiguar si le interesa trabajar para usted, sólo tiene que preguntárselo.»

»Me di cuenta enseguida de que se sentía avergonzado. “Tiene usted toda la razón”, me dijo. “Disculpe la impertinencia.” Y me hizo una profunda reverencia. Reconocer que uno se ha equivocado y pedir perdón es un acto mucho más infrecuente de lo que parece,

por lo que aquel hombre me causó una impresión todavía mejor. Entiendo que Ichiki te localizó después de eso para hacerte su oferta. —Para ese momento, el señor Takarada había desaparecido y Mamá Fumi y yo estábamos a solas; ella continuó—: No sé por qué te ha costado tanto decírmelo. ¿Creías que te diría que no? ¿Que iba a ofenderme? Pues al contrario: me alegra muchísimo que te hayan hecho una buena oferta e incluso estoy dispuesta a hacer lo necesario para que todo salga bien.

No pude decir nada. Me limité a sacar un pañuelo del bolso, taparme la cara y continuar llorando.

—Ay, ay, ay. ¿No ves que si sigues llorando así vas a terminar con los ojos hinchados? ¿Acaso no piensas venir a trabajar esta noche? —me dijo burlona.

A duras penas conseguí asentir.

Entre unas cosas y otras debimos de quedarnos hablando alrededor de una hora y, cuando por fin volvimos a bajar a la tienda, nos encontramos al señor Takarada acomodando unas postales que acababan de llegarle.

—¿Está todo arreglado? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —contestó Mamá Fumi—. Hemos estado tratando cuestiones complejas y hemos acordado que Yuri dejará de trabajar conmigo. Le estoy muy agradecida de que haya ido a buscarme y, en general, que haya decidido involucrarse en esta situación que no tenía nada que ver con usted. Es un hombre muy generoso. Espero que algún día se pase por mi local y me permita mostrarle mi agradecimiento.

Tras estas palabras, Mamá Fumi le dedicó una profunda reverencia.

El señor Takarada le devolvió la reverencia en silencio y yo aproveché para decirle:

—Señor Takarada. No se crea que no tengo ganas de reprocharle que haya actuado a mis espaldas pero, además de darle las gracias de todo corazón, siento que le debo una disculpa por haberlo hecho perder su día de descanso escuchando mis preocupaciones. Y, para colmo, ni siquiera le he comprado nada. Discúlpeme, por favor. Cuando se decidan los detalles acerca de la inauguración de mi club, vendré otra vez para hablar con usted. Le pido que vuelva a dedicarme su tiempo, por favor.

—Y yo les pido disculpas a ambas por actuar unilateralmente —dijo el señor Takarada.

Nos hizo una reverencia. Sus movimientos resultaban elegantes como correspondía a un barrio de la categoría de Ginza.

De nuevo era miércoles. La Papelería Shihodo estaba cerrada y su dueño, el señor Ken Takarada, iba saliendo por la puerta de servicio vestido de manera informal: pantalones chinos, una sudadera con capucha y, encima, una parka sin abrochar. Eran las nueve y media de la mañana, bastante tarde para alguien como él, que solía acostarse y levantarse muy temprano.

Sí, sus movimientos solían ser muy elegantes, incluso gráciles, pero ese día recordaba a un soldadito de latón al que se le estuviera acabando la cuerda. Fue un triunfo que consiguiera llegar a la cafetería Hohozue, que no estaba a más de cinco minutos de su

establecimiento. Una vez allí, empujó la puerta, que le pareció tan pesada como la de un castillo, y casi se arrastró hasta su asiento habitual.

Ryoko, hija del dueño de la cafetería y amiga desde la infancia, se acercó enseguida a su mesa llevándole una toallita húmeda y un vaso de agua fría. Él se bebió toda el agua de un solo trago y se puso la húmeda toalla sobre el rostro, sujetándola con ambas manos.

—Tu cara me recuerda a la de un ahogado —dijo Ryoko.

—Porque has visto muchos ahogados, ¿no es cierto? —contestó él.

—¡Pues claro que no! Pero estoy segura de que tienen más o menos tu aspecto, pálido y desencajado.

Ken Takarada se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Quieres el desayuno de siempre?

—Pues... hoy tráeme sólo una tostada bien crujiente para que me la tome con mi té con leche. Ah, y una jarra de agua, ¿sí?

Ryoko se limitó a contestar con un desabrido «a la orden» y se fue hacia el mostrador.

Instantes después se acercó el padre de Ryoko con una jarra de agua en la mano.

—¿Qué tal tu primera experiencia «deportiva» en los clubs? —preguntó. También conocía a Ken de muchísimos años atrás.

—Menuda noche. No sé ni cuántas copas me tomé en el primero, el Yamato. Brindamos con champán, luego con vino tinto y finalmente con coñac, y todo por cuenta de la casa. Después, alguien vino a buscarme para llevarme al Fumi. De esa parte de la noche sólo puedo decirte que, cuando me di cuenta, estaba en mi cama. No me acuerdo en absoluto de cómo regresé. Me siento como

si hubiese comprobado de primera mano que, en los seres humanos, igual que en los animales, existe un instinto que los lleva de vuelta al nido.

—Qué envidia... Me podías haber invitado a ir contigo...

Ken bebió de un largo trago la mitad del nuevo vaso de agua fría que le acababan de servir y exhaló un profundo suspiro.

—No me dejaron pagar en ninguno de los dos sitios. No tengo ni idea de a cuánto podría haber ascendido la cuenta.

El otro negó con la cabeza.

—Esas elucubraciones no son de buen gusto. Si quieres saber los precios, lo mejor es que vayas otra vez y te asegures de pagar la cuenta. Eso sí, más vale que Ryoko no se entere. Esta mañana alguien le ha comentado que te vio anoche por la zona de los clubs con un par de bellezas. Y que parece que ibas muy ufano, pero gracias a ese comentario, Ryoko está de un humor de perros desde primera hora, y no hay quien la aguante.

—¿Eh? ¿Y por qué ese comentario ha hecho enfadar a Ryoko?

El hombre hizo un sonido nasal de burla, meneó la cabeza y se volvió al mostrador.

Ken Takarada lanzó un suspiro y desplegó automáticamente el periódico que había encontrado sobre la mesa, pero no consiguió entender nada, de modo que se volvió hacia la ventana y miró la calle. La gente iba y venía.

Era un día soleado, a medio camino entre el otoño y el invierno y, a esa misma hora, en la puerta de la Papelería Shihodo, en un rincón del barrio de Ginza, había un letrero que decía:

CERRAMOS LOS MIÉRCOLES

Dentro, reinaba una calma absoluta.

Los cuadernos del club deportivo

Esa tetera daba para dos buenas tazas, pero ya estaba vacía.

Era un martes a media tarde. Quizá por eso la cafetería Hohozue del barrio de Ginza se hallaba sumida en una apacible calma. Estaba sentada sola a una mesa para dos, y de tanto en tanto me asomaba por la ventana. La gente iba y venía con cara de preocupación; daba la impresión de que la única persona que podía estar distraída y en mis cosas era yo.

Mis padres habían empezado a frecuentar aquella cafetería cuando eran novios. Iban tan a menudo que acabaron trabando amistad con el dueño y su esposa. Ya de casados, solían reunirse los dos matrimonios juntos. Más tarde, íbamos en familia casi cada vez que pasábamos por Ginza, pero la última vez yo todavía estaba en primaria, y desde entonces ya habían pasado seis años. Pero Ryoko se acordaba bien de mí.

Nada más verme se acercó a mi mesa:

—Eres Nanami, ¿verdad? ¡Menuda sorpresa! Eres idéntica a Rumi en sus tiempos del bachillerato... ¡y ese uniforme de marinero! No será el de tu madre, ¿verdad?

Yo estudiaba en el mismo centro en que habían estudiado mis padres... y también Ryoko. Habían pasado muchos años, pero el uniforme seguía siendo el mismo, por eso ella lo contemplaba llena de emoción.

—¡Qué nostalgia me da verte vestida así! La verdad, ese uniforme no tiene nada de especial, no me explico cómo no lo han cambiado todavía. Cuando yo estudiaba ya era una rareza y ahora debe de

parecer toda una reliquia, ¿no? ¿Y el de los chicos aún es el mismo, con el cuello almidonado? Vaya, así que tampoco lo han cambiado. No sé, pero casi me alegro...

Había pasado una hora desde esa breve conversación. Ryoko había seguido atendiendo las mesas y yo me había quedado ahí, tomando más té con leche. Estaba mirando por orden los diez cuadernos de notas que había sacado de la cartera y no paraba de suspirar, mientras el resto de los clientes entraban y salían. Llegaban y se pedían unos espaguetis a la napolitana, un arroz con curry, un sándwich o un perrito caliente, «algo rápido», y después enfilaban la puerta. Ryoko, por su parte, iba de aquí para allá entre las mesas.

Sólo pasada otra hora, el goteo de clientes empezó a disminuir. Entonces, Ryoko se acercó a mi mesa con una taza grande que me dejó enfrente.

—Ten, esto es por cuenta de la casa. Es un café con leche y azúcar. A tus padres les gustaba mucho. Puedes tomártelo con calma porque a partir de ahora, y hasta la cena, vendrán pocos clientes.

Iba vestida con una blusa blanca combinada con un chaleco y una pajarita negros. Llevaba el pelo corto y, aunque iba poco maquillada, cualquiera podía darse cuenta a primera vista de que era una mujer guapa. Mi madre solía decir que Ryoko «era la chica más bonita del colegio» y que «un montón de chicos revoloteaban alrededor de ella y no la dejaban en paz».

Me puse en pie y le hice una reverencia mientras murmuraba:

—Oh, muchas gracias.

Ella se echó a reír.

—Pero ¡qué haces! No tienes por qué levantarte, ¡que eres una clienta!

Puso en una bandeja mi taza de té vacía y la tetera, y se sentó en la silla frente a mí.

—Oye, ¿qué es eso que miras tanto y te hace suspirar? —me preguntó posando la mirada sobre los cuadernos que tenía abiertos en la mesa.

—Ah, son los cuadernos del club deportivo, pero aquello se acabó, así que en realidad ya no son necesarios...

—¿Cuadernos de papel? ¿En un club de deportes? Pensaba que los alumnos de bachillerato de hoy en día utilizaban aplicaciones informáticas para esas cosas. ¿A qué club pertenecías?

—Al de *kyudo*: tiro con arco.

—*Kyudo*... entiendo... bueno, en realidad no. ¿Qué anotabas en esos cuadernos? Además, has dicho que aquello se acabó, pero apenas estamos a mediados de junio. ¿No es un poco pronto para que ya se haya terminado?

—Sí, pero el otro día perdimos en una competición oficial y no conseguimos clasificarnos para el certamen nacional, así que...

—Ah, ya... Qué lástima —se compadeció—. Si no recuerdo mal, en mis tiempos los del *kyudo* practicaban todos los días después de las clases. ¿Ahora también es así? Ah, ya veo. O sea, que eso tampoco ha cambiado. Y el caso es que, como ya no estás ahí y tienes tiempo, te has pasado por aquí después de la escuela, ¿es así?

—Pues sí, más o menos.

La frecuencia de los entrenamientos depende del club al que se pertenece y, aunque para la mayoría son suficientes tres veces por semana, el *kyudo* es uno de los pocos en los que es preciso entrenar

diariamente. Hasta que no lo dejé, sentía mucha envidia de las amigas que estaban en otros equipos, que tenían días libres y podían pasarse por barrios como Harajuku o Shinjuku en el camino a casa tras las clases. Sin embargo, ahora que tenía tiempo, no me apetecía hacer lo mismo que ellas. De hecho, aquél era el primer día en que no me iba directo a casa. Aprovechando que tenía que hacer transbordo en una estación cercana, había decidido dar una vuelta por Ginza y, mientras deambulaba sin rumbo fijo, de pronto me acordé de la cafetería Hohozue y conseguí encontrarla.

—¿Cuántos cuadernos tienes? —me preguntó Ryoko.

—Diez. Habíamos ido gastando uno por mes en promedio desde que decidimos usarlos.

—Ya... Pues debe de haber sido bastante pesado tener que escribir todo eso a mano. ¿Lo has hecho tú sola?

—No, a medias con el capitán del equipo.

Ryoko parecía tener un gran interés en aquella historia. No paraba de encadenar preguntas. Pero a mí no me molestaba; de hecho, me sentía como si estuviera hablando con alguna prima bastante mayor.

—Yo era la subcapitana. Antes, por lo visto, la costumbre era que el capitán fuera un chico y la subcapitana una chica, pero desde hace unos años se decide en función de las capacidades que demuestres con el arco. En mi caso, dio la casualidad de que el capitán era un chico; sin embargo, hace un año los dos puestos los ocupaban chicas, y hace dos, la chica era la capitana, y el chico, subcapitán.

—Así que ahora el sexo no tiene nada que ver. Claro, es más acorde con nuestro tiempo.

En ese momento entró un nuevo cliente.

—¡Bienvenido! —exclamó Ryoko volviéndose hacia él, luego me miró y me dijo—: Bueno, lo dicho, no tengas prisa.

Ryoko se puso en pie y se marchó llevándose la bandeja. Un cálido vapor de los agradables olores del café, la leche y el azúcar ascendía desde mi taza.

Lo soplé un poco y probé un sorbito. Era más dulce de lo que esperaba y, en vez del sabor del café, predominaba el de la leche. Me hizo recordar los cafés en lata que Takumi y yo bebíamos sentados en el banco de la panadería, frente a la puerta principal del colegio, al finalizar los entrenamientos. Cada día nos jugábamos quién invitaba a piedra, papel o tijera, aunque él perdía casi siempre.

Se me escurrió una lagrimita que fue a parar a la tapa de un cuaderno. Me apresuré a sacar un pañuelo para secarla y, ya puestos, me sequé también los ojos, pero no debí hacerlo, porque entonces me eché a llorar como una Magdalena.

Unos minutos después, Ryoko volvió a mi mesa con una jarra de agua y un vaso.

—¿Ya estás mejor?

—Lo siento, no quería causar molestias...

Negó con la cabeza y se sentó frente a mí.

—No te preocupes. A esta hora sólo vienen clientes habituales, la mayoría gente mayor y muy amable. Nadie se va a enfadar. Cuéntame, ¿qué te pasa?

Me quedé callada.

—Ah, ¡ya sé! Déjame que te diga que esto es como un *déjà vu* porque, hace mucho tiempo, tu madre también vino aquí un día a la salida del colegio y se echó a llorar. Pero ¿es que hay algún gen en tu familia que os haga lagrimear cuando lleváis uniforme?

El tono de asombro de Ryoko hizo que se me escapara la risa.

—Vamos, cuéntame qué te ha pasado. Seguro que tiene algo que ver con esos cuadernos, ¿verdad? Cuando se trata de mí no doy una, pero cuando se trata de amores ajenos puedo llegar a ser muy perspicaz. Venga, dime...

Asentí con timidez.

—Es por el capitán del equipo, Takumi Morikawa.

—Vaya, así que «Taku-mi» y «Nana-mi»; por lo menos vuestros nombres hacen buena pareja...

Negué enérgicamente con la cabeza.

—¡Nada que ver! Takumi es un chico muy popular; muy diferente de mí, que soy del montón.

—Mmm... esto está empezando a interesarme en serio. ¿Tienes una foto?

Saqué el móvil y le enseñé varias fotos que había hecho durante el campamento de verano.

—Bueno, es bastante guapo, y vestido con el traje de *kyudo* se ve de lo más viril... No me extraña que sea tan popular. En fin, al menos me quedo tranquila porque no tiene pinta de frívolo, aunque tampoco sé deducir con seguridad el carácter de alguien sólo por una foto. Dejémoslo en que, en cuanto al aspecto, tiene un aprobado por mi parte.

Le había tomado una foto en un torneo de *kyudo* donde lucía aún más atractivo, pero me dio vergüenza enseñársela.

—Y entonces, entre los dos escribíais estos cuadernos. Buf, ¡me suena a una historia de otras épocas!

—Pues así es. Por lo visto, era la costumbre hasta que se empezaron a usar ordenadores y demás. Pero Takumi encontró varios cuadernos antiguos en el *dojo* donde practicábamos y nos pareció mucho más útil e interesante registrar nuestros ejercicios en ese soporte.

Ryoko puso cara de incredulidad y yo intenté explicarme:

—Desde luego, también manteníamos actualizada la base de datos con las estadísticas y nos grabábamos con el móvil para estudiar y corregir nuestra postura al tirar con el arco.

Ryoko se limitó a intercalar un breve «mmm» y me animó con la mirada a que prosiguiese.

—En junio del año pasado dejaron el club los alumnos de tercero y a partir de julio nosotros tomamos el relevo. Al principio imitábamos la manera de llevar el club de los estudiantes del curso superior, pero a muchos de los miembros les costaba mejorar, así que Takumi y yo empezamos a pensar en qué deberíamos cambiar.

—En mi época, cada club tenía un profesor que actuaba como consejero, ¿ya no es así?

—Pues sí, pero cuando el antiguo consejero de *kyudo* se jubiló, quedó en su lugar un profesor de matemáticas que, en teoría, ejerce su función, pero apenas nos enseña nada. En la práctica, los alumnos tienen que ingeniárselas por su cuenta.

—Qué gran responsabilidad, ¿no?

Efectivamente, suponía un trabajo tremendo, pero Takumi y yo nos implicamos tanto que parecía que estuviésemos hipnotizados. El caso es que, entrado el mes de agosto, nuestras puntuaciones

seguían siendo desastrosas y una tarde Takumi me pidió que nos reuniésemos después del entrenamiento.

—Que no se os pase la hora del cierre de la puerta... —nos dijo uno de los últimos compañeros que se marcharon.

Era verano y los días eran largos, así que teníamos tiempo de hablar antes de que hubiera que volver a casa.

Nos sentamos en el banco de la panadería que está frente a la puerta principal del colegio. Él había comprado, sin preguntarme, dos latas de café en la máquina expendedora. Me ofreció una:

—Hoy invito yo. A partir de la siguiente nos lo jugamos a piedra, papel o tijera, y paga quien pierda.

Tras este anuncio unilateral, se tomó el café de un solo trago, haciendo un gorgoteo en la garganta, y después lanzó un «iaaah!» de satisfacción. Yo también abrí mi lata y di un sorbito. Recuerdo que el café me pareció tan dulce que me estremecí.

—Escucha —dijo—, el otro día estuve haciendo limpieza en el almacén del *dojo* y encontré varios cuadernos de notas de hace más de treinta años. Mira, éste es uno.

Me tendió el cuaderno. En las cubiertas azules estaban escritos, con rotulador negro, el nombre del colegio y la leyenda: *Cuaderno de prácticas del club de kyudo*, y debajo el nombre del capitán y el subcapitán.

Era un cuaderno Campus Kokuyo tamaño B5; es decir, un típico cuaderno japonés. Lo único que hacía pensar en que era más antiguo era que tenía el logo de la marca en otro sitio respecto de los cuadernos modernos.

—Fíjate en esto —dijo Takumi mostrándome una página—: comenta con toda precisión los vicios posturales de cada uno de los miembros y registra los ejercicios específicos que empleaban para corregirlos. Es impresionante, ¿no crees? Cuando leí esto, me di cuenta de que no estábamos siguiendo un buen método. Me asombra comprobar hasta qué punto personalizaban el entrenamiento de cada uno de los miembros del equipo. —Se sentó muy cerca de mí y fue pasando las páginas mientras hacía comentarios—: Mira, incluso hay fotos pegadas con la manera correcta y la incorrecta de colocar las manos. Es increíble... Desde una semana antes de las competiciones practicaban con los blancos a la distancia oficial para reproducir lo mejor posible las condiciones del día decisivo. ¡Eso mismo deberíamos hacer nosotros! No entiendo que ese tipo de estrategias hayan caído en el olvido.

Entre unas cosas y otras se nos pasó una hora volando. Cuando me di cuenta, ya estaba oscuro y se nos había hecho tarde.

—En resumen, quieres que hagamos lo mismo que ellos, ¿no?

—Sí, eso es. Por lo pronto, ya he comprado el cuaderno.

Sacó de su cartera un cuaderno Campus nuevecito muy parecido al otro; incluso la portada era también azul. Ya había escrito el nombre del colegio, la leyenda *Cuaderno de prácticas del club de kyudo número 1*, y su nombre, *Takumi Morikawa*, seguido de su rango, *capitán*.

—Como yo compré el cuaderno, he puesto mi nombre primero —explicó—. Ahora, escribe el tuyo: «Sawamura, subcapitana.»

Acto seguido, me pasó un rotulador junto con el cuaderno.

—No creo que haga falta mi nombre —respondí—. Al fin y al cabo, tú serás quien escriba, ¿no?

—Pero ¿qué dices? ¡Tú eres la subcapitana! ¡Tendrás que ayudarme!

Vencida por la presión que ejercía su mirada clavada en mí, escribí con letra pequeña:

Nanami Sawamura

—¡Ya podías haberlo escrito en letra más grande! —se quejó él—. Bueno, da lo mismo. Total, no creo que este cuaderno nos dure más de un mes. En el próximo, haz el favor de escribir tu nombre un poco más grande, ¿eh?

Volvió a guardar el cuaderno en su cartera como si se tratara un objeto valioso y se puso en pie.

—Pues hala, vámonos.

Así comenzó todo.

—Vaya, veo que Takumi es de los que pasan pronto a la acción —dijo Ryoko—. Oye, me da no sé qué comprobarlo, pero nunca le dijiste que te gustaba, ¿verdad?

—¿Eh?

Acababa de empezar a contarle la historia y ella salía con esa pregunta. Me limité a quedarme boquiabierta.

—Hasta en eso te pareces a tu madre... —Soltó un suspiro de lo más exagerado y luego se explicó, con rostro desilusionado—. Mira, es todo un honor que dos generaciones, madre e hija, me hayan escogido para contarme sus secretos amorosos, pero esperaba que tú hubieras evolucionado. ¿Tanta fuerza tiene el ADN? Ah, he dicho

algo parecido antes, ¿no? Debe ser que estoy envejeciendo. Ay, qué mal...

Nos echamos a reír las dos.

—Vas a tener que explicarme por qué no le dijiste nada. Vivo bastante alejada del mundo amoroso de las chicas de bachillerato actuales, pero debes de haber tenido un montón de oportunidades de hacerlo, ¿no?

Entre unas cosas y otras, había pasado todo el bachillerato enamorada de él, pero nunca tuve la ocasión apropiada para declararme. O bueno... sí, pero me faltó valor.

A mediados del último curso de secundaria, fui con mi madre a la charla informativa del bachillerato donde habían estudiado mis padres. Ésa fue la primera vez que vi a Takumi.

Mi madre, que llevaba mucho sin ir a aquel colegio que tantos recuerdos le traía, estaba muy emocionada y, en cuanto terminó la charla, me dijo:

—Podrás ir tú sola a visitar los cursos de extraescolares, ¿verdad? Cuando creas que ya tienes suficiente, ponme un mensaje de móvil.

Acto seguido, y sin esperar respuesta, se fue a la sala de profesores porque deseaba hablar con uno al que estaba muy agradecida de sus tiempos de estudiante.

Como no me quedaba otro remedio, me di una vuelta por todo el recinto, visitando el pabellón de deportes, la sala de música, etcétera. Después, sin especial interés, me acerqué al *dojo* de *kyudo*, que quedaba en un rincón del patio. En la puerta había un miembro encargado de recomendar efusivamente a los visitantes

que pasaran al interior para ver las instalaciones. Entré, anoté mi nombre en el listado de visitantes y me dejé guiar al interior.

Bastante más allá de las puertas abiertas de par en par se distinguían las dianas, y en los puestos de disparo había cinco miembros veteranos del club con un arco en la mano. Uno de ellos lo tenía ya tensado al máximo y, finalmente, acompañada de una límpida vibración, salió disparada la flecha. Una de las primeras cosas que aprendí al ingresar en el club es que el sonido que hace el arco al liberarse de la flecha tiene un nombre: *tsurune*. Es un sonido tan fascinante que, no en vano, la palabra se ha convertido en el título de una popular serie de anime, y es que representa como ninguno la noble atmósfera de un *dojo* de *kyudo*.

Entonces...

—Uuuf...

Oí un suspiro a mi lado y, cuando me volví, vi a un chico con expresión de gran interés y la mirada clavada en el campo de tiro. Debía de haber estado conteniendo la respiración mientras el arquero disparaba. Tenía la piel bronceada y el pelo cortísimo, lo que le daba aspecto de encajar mejor en un equipo de béisbol o de fútbol, y no en el tiro con arco. Me da vergüenza, pero me enamoré de él a primera vista.

Mi intención inicial era echar un vistazo y marcharme, pero el chico no se movía de ahí, así que yo también me quedé. Éramos los únicos espectadores y continuamos durante un rato los dos a solas, como si fuera una sesión privada.

Llevábamos una media hora sentados muy cerca uno del otro cuando de pronto se volvió y me dijo:

—Decidido: voy a estudiar en este colegio y me apuntaré a *kyudo*.
¿Tú qué vas a hacer?

—¿Eh? Pues... no sé. De entrada, no sé si conseguiré aprobar el examen de ingreso.

—No es «si apruebo», hay que aprobar. Voy a entrar en este colegio, y también en el club de *kyudo*.

Contado así, parece la respuesta de un chico arrogante... incluso algo repelente, pero, en su caso, esa confianza en sí mismo resultaba cautivadora.

—...

—Bueno, me voy. Nos vemos en abril, cuando empiecen los cursos.

Se puso en pie y, sin esperar mi respuesta, hizo una reverencia a los miembros del equipo y se marchó del *dojo*.

Yo me quedé ahí como una tonta. Sólo unos quince minutos más tarde me decidí a irme.

Miré el listado de visitantes de la entrada y vi que, justo encima de mi nombre, ponía: «Takumi Morikawa.» Estaba escrito con una letra tan cuidada, tan bonita, que parecía mentira que lo hubiera escrito un chico de mi edad.

De esta manera, el flechazo de Takumi me atravesó el corazón.

Para mi sorpresa, conseguí entrar en el colegio. Aunque lo cierto era que había estudiado muchísimo pensando en Takumi. Más tarde, me di cuenta de que nada, más que su confianza en sí mismo, garantizaba que él también lograra el acceso, pero lo hizo.

En cuanto finalizó la ceremonia de ingreso, me dirigí al *dojo* segura de que me lo encontraría allí. Y cuando llegué, él estaba fuera, mirando por la ventana los ejercicios de los miembros

veteranos. Ese año la primavera tardó en llegar, y todavía quedaban flores en los cerezos.

Al verlo de espaldas mientras que algunos pétalos de cerezo descendían suavemente por detrás de él, mi corazón empezó a latir con más fuerza.

Me acerqué despacio a él y Takumi se dio media vuelta.

—Hola —saludé.

Él se limitó a asentir en silencio y luego, mirándome fijamente, me dijo:

—Han pasado muchos meses, ¿no? No nos vemos desde el día de aquella charla explicativa, ¿verdad?

—¿Te acuerdas de mí?

Él asintió con la cabeza.

—Claro, sólo estábamos tú y yo aquí ese día. Te llamas Nanami, ¿verdad? Vi tu nombre en la lista de visitantes y, como yo me llamo Takumi, pensé: «Vaya, un nombre parecido al mío.»

—Ah, ¿sí? Qué curioso, ¿no? —repuse esforzándome en fingir desinterés, pero bien podría haber gritado de alegría. ¡Quién iba a decir que Takumi se acordaría de mi nombre!

—Como te conté aquel día, voy a inscribirme en *kyudo*. ¿Tú qué vas a hacer?

—Lo estoy pensando todavía.

Pero ¡qué tonta! ¿Por qué no le decía: «Claro que sí, me he esforzado en que me aceptaran en este colegio sólo para estar cerca de ti»?

—Ah, ya veo —dijo—. Claro, hay un montón de clubs y actividades distintas.

—Es verdad...

Y así perdí la primera de mis oportunidades. En adelante, incluso cuando nuestra relación se convirtió en la de un capitán con su subcapitana, surgieron otras que dejé escapar una a una.

—Eh, Morikawa. Otra vez una compañera me ha pedido tu dirección para mensajes.

Faltaba poco para el campamento de verano. Mientras todos recogían para marcharse, uno de los chicos del club le dijo aquello a Takumi.

—¿Y qué has hecho? —preguntó Takumi con desinterés.

—Tranquilo, no se la he dado. Es más, le he asegurado que casi nunca contestabas... no como yo, que suelo contestar enseguida y soy mucho más divertido.

—Estupendo.

—Tú como siempre, ¿eh? ¿Ni siquiera tienes curiosidad por saber de quién se trataba?

Takumi negó con la cabeza.

—No me interesa. O mejor dicho, no sirve de nada interesarse. He decidido que, mientras yo sea capitán de *kyudo*, no voy a echarme ninguna novia. Si conseguimos clasificarnos para la competición nacional, sólo nos queda poco más de un año para entrenar, y pienso dedicarle al asunto todo el tiempo posible. Así que, aunque consiguiera novia, no tendría tiempo para salir con ella, ni siquiera para hablar por teléfono o estar intercambiando mensajes. Sería una falta de consideración.

Cuando oí aquellas palabras, tuve sentimientos encontrados. Por un lado, implicaban que no tenía que preocuparme de que alguien

me lo quitase, pero, al mismo tiempo, significaban que tampoco sería mi novio. A esas alturas ya estaba muy arrepentida de no haberle revelado mis sentimientos desde el principio, aunque también me justificaba frente a mí misma diciéndome que alguien como yo no tendría la menor posibilidad con un chico así. «Seguro que a él ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que yo pudiera ser algo más que su compañera de *kyudo*», pensaba. «Si me hubiese declarado, sólo habría conseguido que los dos nos sintiésemos incómodos, así que mejor así.» El caso es que mi corazón andaba en un continuo vaivén.

—Mmm... Así que Takumi es de los que no quieren amoríos —comentó Ryoko—. Pensaba que los estudiantes de hoy en día llevaban una vida más despreocupada. Me sorprende.

—Depende. En el mismo club de *kyudo* había quien sí tenía pareja.

Entonces me di cuenta de que el padre de Ryoko estaba de pie detrás de ella, malhumorado y negando con la cabeza.

—Nanami, ¿nos perdonas un momento? —me dijo—: Ryoko, te has olvidado de llevarle su pedido a Ken, ¿no es cierto? —Le entregó un termo y una cesta—. ¡Se va a morir de hambre!

—¡Qué despiste! No me acordaba. ¡Qué desastre!

Se puso en pie a toda prisa y me tiró del brazo.

—Anda, vente conmigo. Es aquí cerca, en una papelería que se llama Shihodo. Tengo que llevar el pedido y, si voy sola, el cliente lo tendrá más fácil para hacerme reproches. ¿Verdad que me harás el favor?

—No digas tonterías —dijo el padre entre suspiros—, sabes muy bien que Ken, de entre todos los clientes, jamás haría algo parecido. —Se volvió hacia mí—. Por cierto, Nanami, ¿sabías que Ken estudió en el mismo colegio que tú? Era de la misma promoción que Ryoko y tu madre. Id juntas y cuéntale a Ken de quién eres hija, verás qué sorpresa se lleva. A cambio, las consumiciones de hoy: son cortesía de la casa.

—¿De la casa? —pregunté desconcertada.

—Quiere decir que no te cobraremos —aclaró Ryoko con una gran sonrisa—. Venga, vámonos ya.

Se puso por encima una chaquetilla azul oscura que tenía en un estante, cogió la cesta y se dirigió hacia la puerta. Yo la seguí después de meter con rapidez los cuadernos y el móvil en mi mochila.

—¡Mirad bien cuando crucéis y saludad a Ken de mi parte! —oímos gritar al padre de Ryoko.

Apretamos el paso acompañadas del susurro de las ramas de los sauces.

Tras caminar unos cinco minutos, llegamos hasta un buzón cilíndrico rojo como los que aparecen en los cómics. La papelería estaba en la acera contraria.

Nada más abrir la puerta de cristal, Ryoko juntó las manos como si rezara y exclamó:

—¡Ken! ¡Perdóname!

Ken, que resultó ser el dueño de la Papelería Shihodo, estaba de pie cerca de la entrada.

—¡No hay perdón que valga! Como castigo, vas a tener que atender la papelería hasta que yo acabe de comer.

Se notaba que estaba haciendo teatro para reírse un poco de Ryoko. La familiaridad con que se trataban era evidente.

—¡Uy! —exclamó al notar mi presencia—. *Irasshaimase!* Bienvenida a la Papelería Shihodo. —Se acercó un poco más y se me quedó mirando fijamente—. ¿E... eres Rumi?

—Son idénticas, ¿verdad? —dijo Ryoko—. Ésta es Nanami, la hija de Rumi y Sawamura.

—Encantado de conocerlo —dije haciendo una reverencia. Perdona que venga a molestar.

—Ah... Di... disculpa. Hacía tiempo que no me turbaba tanto. Te ruego que me perdones. Me llamo Ken Takarada y soy el dueño de esta papelería. Mucho gusto. —Él también inclinó la cabeza, pero enseguida se volvió hacia Ryoko y le dijo: «Qué barbaridad, Ryoko, ¡si ibas a traerla a la papelería, me podrías haber enviado antes un mensaje!» —Se volvió de nuevo hacia mí—. Así que la hija de Rumi... Sí, ahora recuerdo que se casó con Sawamura...

Iba a contestar, pero Ryoko se me adelantó:

—Sí. Nada más terminar el bachillerato se fueron a vivir juntos y poco después nació Nanami. No es nada frecuente casarse con la pareja que se tuvo en bachillerato ni tener un hijo antes de los veinte años. Supongo que es una prueba de lo mucho que se querían... Casi me da envidia.

—¿Envidia?

—Déjalo, yo me entiendo.

Mientras hablaba, Ryoko había extendido un pequeño mantel sobre una mesita contigua al mostrador. Puso encima una taza para

el café, un frasco de azúcar y una jarrita de leche, una bandeja donde podía verse un sándwich con el pan tostado y una ración de patatas fritas. Por último, agarró el termo y sirvió el café.

—Perdón por la espera. Adelante, y que aproveche —le dijo a Ken.

—Me da un poco de reparo comer delante de vosotras —repuso Ken—, ya me disculparéis.

Acercó una silla plegable a la mesa, se limpió las manos con la toallita, murmuró *itadakimasu* para sí, dando gracias por los alimentos, y le hincó el diente a uno de los sándwiches.

—¡Eh! —exclamó Ryoko—. ¡Que si lo engulles de esa manera te vas a manchar la camisa!

—No es culpa mía —repuso el señor Takarada—. Has llegado con más de una hora de retraso, así que es lógico que tenga hambre. Aunque... la verdad, he estado tan ocupado que, si hubieras llegado a tiempo, la comida se me hubiese enfriado. —Tras esas palabras, sacó la lengua a modo de burla—. Y a todo esto, Nanami... ¿era Nanami, verdad?... ¿cómo es que has venido con Ryoko a traerme el almuerzo? No es que me moleste, ¿eh? Al contrario, me alegro muchísimo. Al fin y al cabo, las chicas de bachillerato suelen ser mis mejores clientes...

Otra vez fue Ryoko quien contestó, en esta ocasión con tono desabrido:

—Pase que te encante tu negocio, pero ¿te parece bien hacer publicidad hasta a las chicas de bachillerato?

—Entiéndelo, Nanami. El mundo de los adultos es duro. Cuéntame, ¿cómo están Rumi y Sawamura? —preguntó Takarada.

Le expliqué que a mi padre lo habían trasladado tres años atrás a la oficina de Osaka y que mi madre trabajaba como administrativa

en un hospital de Tokio, pero luego ya no pude contenerme y le pregunté:

—Perdone, señor Takarada, ¿le importa si me doy una vuelta por la papelería?

—¡Pues claro que no! Adelante, adelante, tómate todo el tiempo que quieras para mirar.

Lo dijo en un tono muy formal. Era como si en un segundo hubiese recuperado su condición de vendedor.

—Pero no te sientas obligada a comprar nada, ¿eh? —añadió Ryoko con una risita.

—¡Eh, tú! —fingió reprenderla el señor Takarada.

Era fantástico ver lo bien que se llevaban.

Takumi y yo tuvimos la primera pelea poco antes de un torneo oficial, y estuvo relacionada con el orden de los participantes masculinos de nuestro equipo.

Él había quedado en quinto lugar en la competición individual, celebrada el mes anterior, pero sólo los tres primeros recibían premios. Luego vino la prueba por tríos y todos los equipos de chicos y de chicas que seleccionamos quedaron eliminados. La competición restante era por equipos de cinco integrantes, donde participaríamos con uno masculino y uno femenino. Ya estaba decidido quiénes integrarían los dos equipos, pero era responsabilidad del capitán y la subcapitana determinar el orden en que participaría cada uno. De nuevo, nos reunimos después de un entrenamiento y jugamos a piedra, papel o tijera. Ese día perdí, así

que me tocó pagar las latas de café, que en esa estación ya vendían calientes.

Cuando se hacen equipos de cinco, las posiciones reciben el nombre de «cabeza», «segundo», «medio», «penúltimo» y «último» y, en la mayoría de los equipos, lo habitual es que el capitán se reserve la posición de «último» y que ejerza el liderazgo desde la retaguardia. En el equipo femenino habíamos decidido sin mayor problema que yo ocuparía la última posición. Takumi, sin embargo, estaba decidido a ser cabeza.

—Mira, Sawamura. Quien tire primero no debe fallar, y yo soy el mejor tirador, así que yo haré de cabeza en el equipo masculino —dijo sin más. Yo me lo quedé mirando sin decir nada y él continuó—: Y Kihara será el último.

Entonces sí me atreví a objetar:

—Pero es la primera vez que Kihara participa en una competición de cinco, y además es de segundo año. Es absurdo que tome una posición de tanta responsabilidad.

Takumi ya había luchado por incluir a Kihara entre los cinco miembros del equipo, y ahora quería darle el puesto que tradicionalmente le correspondía al capitán, nada menos.

—No sé si será absurdo o no —repuso él—. Pero no tiene sentido que un tirador tan bueno como Kihara ocupe una de las posiciones de en medio. De hecho, creo que acabará sustituyéndome como capitán cuando yo deje el puesto, por eso quiero que vaya ganando experiencia.

—Pero si por haber sido seleccionado para integrarse en el equipo de cinco se ha ganado la envidia y el rencor de los demás....

—Kihara no es la clase de persona que se vaya a derrumbar por eso. Y si se derrumba, pues qué se le va a hacer —repuso Takumi con frialdad.

—No pareces el Morikawa de siempre —protesté—. Creo que nadie va a estar de acuerdo con esa alineación. —Lo dije sin pensar, y me sorprendió el tono desdeñoso de mi propia voz. Noté que se quedaba callado y apartaba la cara. De perfil, se notaba todavía más lo hundido de su entrecejo o la longitud de sus pestañas. Pasado un rato, Takumi exhaló un pequeño suspiro.

—Quiero ganar de todas, todas —declaró al fin—. Sé que les estoy pidiendo un enorme esfuerzo a todos los miembros del equipo. He introducido un montón de cambios en los entrenamientos y casi todos vienen a practicar conmigo por las mañanas, cuando no tienen obligación alguna. Por eso, quiero ganar sin falta y darle una alegría a todos. Y por eso quiero buscar la manera de ganar seguro, aunque para ello tenga que forzar algunas cosas.

Yo podía comprender que se obsesionara tanto, pero la realidad era que varios de los miembros del equipo estaban enfadados con su actitud, y era yo quien después tenía que estar calmando los ánimos.

—Te entiendo —le dije—, pero no puedes dar por sentado que todos los miembros del club piensan igual que tú. Desde luego que a todos les gustaría ganar, pero no creo que quieran hacerlo a costa del ambiente y las relaciones entre ellos. Al final, hay mucha gente que ve el tiro con arco como un mero *hobby*, un pretexto para socializar. Trata de ver las cosas desde esa perspectiva.

Me clavó la mirada y luego, sin decir palabra, negó con la cabeza.

—Perdona, pero me voy ya. Mañana seguimos hablando.

Luego se fue y me dejó allí sola. Me sentía muy triste, y el sorbito de café, ya frío, que me quedaba no me reconfortó. Se me escaparon algunas lágrimas. Dejé la lata de café en el suelo y me coloqué un pañuelo sobre los ojos, pero entonces comencé a llorar a lágrima viva. Me sentía muy arrepentida de no haberme mostrado de acuerdo con él.

Pero eso habría sido abandonar mis funciones de subcapitana.

De pronto, sentí un toquecito en la cabeza y cuando me volví, toda azorada, vi que Takumi estaba de pie junto a mí.

—¿Estás bien?

Asentí con vigor mientras en mi interior gritaba: «¡Pues claro que no!»

—Es que se me han movido las lentillas... pero ya me las he vuelto a colocar. No pasa nada. ¿No te marchabas ya?

—¿Eh? Ah, es que pensé que quedaba un poco feo que me marchara así después de haberte pedido que te quedaras un rato para hablar. Venga, vámonos, que mañana también hay que entrenar.

Cogió mi cartera y echó a andar primero. Yo me apresuré a seguirlo y me devolvió la cartera.

—Hoy te toca a ti hacer las notas del cuaderno, ¿no? —me preguntó—. Escribe ahí la alineación masculina que creas adecuada. Te prometo que estudiaré muy en serio tu propuesta. Sé que has estado esforzándote mucho por mantener la armonía entre todos, y que gracias a ti no se producen discusiones ni desbandadas. Siento mucho darte estos quebraderos de cabeza con mis caprichos.

Faltó poco para que volviera a echarme a llorar. Procuré pasarme el pañuelo por los ojos sin que él lo notara.

—¿Qué? ¿De nuevo se te han descolocado las lentillas?

—No, no —repuse esforzándome por fingir normalidad—. No pasa nada.

Aquella noche me leí de principio a fin las notas que llenaban los cuatro cuadernos que teníamos por entonces. Ya había notado que los apuntes de Takumi y los míos mostraban personalidades e intereses muy distintos. Él observaba con sumo detallismo la curvatura del arco al disparar.

En el caso del tiro con arco japonés, salvando las diferencias que puede haber entre un estilo y otro, existen las llamadas «ocho normas básicas». La primera, *ashibumi*, marca el ángulo de apertura de las piernas en la posición de disparo; la segunda, *dozukuri*, la postura de los brazos al coger el arco; la tercera, *yugamae*, el modo en que la mano derecha agarra la cuerda del arco; la cuarta, *uchiokoshi*, se refiere al movimiento por el que ambas manos alcanzan la misma altura por encima de la cabeza al elevar el arco; la quinta, *hikiwake*, consiste en alcanzar el equilibrio entre derecha e izquierda del arco ya alzado; la sexta, *kai*, es el momento en que, con el arco tensado, te concentras para dar en el blanco; en la séptima, *hanare*, extiendes el pecho y liberas la flecha; y en la última, *zanshin*, se trata de mantener durante un tiempo la postura del momento del disparo.

Atendiendo a la ejecución de estas ocho normas, Takumi había estado anotando con cuidado los vicios posturales de cada uno de los miembros del equipo, e incluso hacía constar las diferencias que notaba entre lo que sucedía en los entrenamientos y en las competiciones, porque había quienes lo hacían muy bien en unos pero su puntuación bajaba en los otros.

En cuanto a mí, anotaba sobre todo conversaciones entre los miembros o bien hacía constar los diferentes estados de ánimo de cada uno. A veces, cuando no quería dejar constancia en el cuaderno, adjuntaba un pósit que siempre terminaba con las palabras: «¡Destruye este pósit después de leerlo!» Por eso ahora tenía que complementar las notas con mis recuerdos.

Al final, cuando terminé de escribir las sugerencias que me parecían adecuadas, ya casi estaba amaneciendo.

Acudí a los entrenamientos matutinos todavía adormilada y le entregué a Takumi los cuadernos. Echó un vistazo al último y murmuró:

—Así que te parece bien que yo ocupe la cabeza, pero crees que es mejor que Kihara dispare justo después que yo... —Levantó la vista y me miró—: Explícame por qué.

—Si lo que quieres es que Kihara aprenda lo antes posible, será mejor que ocupe una posición desde la que pueda ver más de cerca tus movimientos. Si estás el último, no puede aprender nada. En cuanto a ti, creo que tienes razón en que es importante que el primero no falle, y tú eres el tirador más certero.

Takumi asintió con una sonrisa y dijo:

—Entendido. Adoptaremos la alineación que propones.

El interior de la Papelería Shihodo era más amplio de lo que me había parecido en un principio. Mientras hacía el largo recorrido, oía a lo lejos las voces de Ryoko y Ken, charlando amigablemente cerca del mostrador. Había filas y filas de estanterías, que formaban un pequeño laberinto.

Secciones de juegos de papel de cartas y sobres, tarjetas postales, tarjetas de felicitación, de libretas y de agendas. También vi todo un muestrario de cuadernos, más de los que me podría haber imaginado que existían, entre ellos, la serie completa de cuadernos Campus Kokuyo, incluyendo, por supuesto, los de tamaño B5, que tan acostumbrada estaba a usar, pero con distintos interlineados (A, B, C, U y UL). También otros con rayas verticales o con papel cuadriculado o milimetrado, o con las hojas en blanco.

—Qué cantidad de clases hay... —murmuré sin darme cuenta.

Takumi decidió que utilizaríamos los cuadernos Campus tamaño B5 con interlineado B como una especie de tradición que había que respetar, y se negaba en redondo a plantearse siquiera otras posibilidades. Más de una vez fuimos a una papelería cerca de la escuela y él se fue derecho a la estantería donde estaban los cuadernos de siempre y luego a la caja, sin mirar nada. Un día, le dije:

—Oye, ¿por qué no probamos de vez en cuando a usar un cuaderno diferente? Hay muchos tipos, y algunos son claramente más bonitos o mejores. A mí me gustan los que están encuadernados a la japonesa, en el estilo *Fukuro-toji*, con las hojas cosidas.

Negó enérgicamente con la cabeza y me contestó con voz firme y expresión seria:

—Yo soy de los que deciden por la impresión visual. Si imito algo, lo imito hasta en los menores detalles. Si nuestros predecesores usaban Campus tamaño B5, por algo sería. Por desgracia, no

podemos preguntarles, pero estoy seguro de que existía una razón de peso.

Yo me quedé sin saber qué responderle, así que asentí en silencio.

Pero aunque dijera que se limitaba a imitar a sus predecesores, su manera de anotar era personalísima desde el punto de vista formal. Para empezar, utilizaba bolígrafos de varios colores, rotuladores fluorescentes y toda clase de símbolos de su invención.

Las cuestiones básicas las escribía con bolígrafo negro, pero los resultados los enmarcaba con un recuadro azul si eran positivos y rojo si eran negativos. Si algo le preocupaba, lo subrayaba con una línea ondulada, y si era algo que consideraba de mayor importancia todavía, usaba un lápiz tipo pincel o un rotulador para escribirlo en grandes caracteres, o subrayaba el texto con rotulador fluorescente. En suma, introducía todo tipo de novedades, a pesar de que sólo lo iba a leer yo.

En cuanto a mí, como no tenía sentido rivalizar con él, me basaba en lo suyo para hacer dibujos y esquemas. Takumi se reía al verlo, diciendo: «¿No le estás poniendo demasiada pasión a esto?» Pero luego escribía sin falta algún pequeño comentario sobre mi parte, tales como éstos: «Vaya... No me había dado cuenta. ¡Gracias por descubrírmelo!»; «Sí, eso es. Justo lo que intentaba describir»; «Creo que no es exactamente así, hablemos». Se trataba siempre de comentarios muy breves, pero me alegraban porque demostraban que miraba con atención mis páginas.

A mí también me habría gustado escribirle mi opinión sobre lo suyo, pero como en general estaba de acuerdo, me limitaba a poner «¡Bien!» o algo similar.

Frente a las estanterías llenas de cuadernos y libretas, se hallaban las de los bolígrafos y plumas y rotuladores de todo tipo, ordenados según las series y marcas, los colores y el grosor de la punta. Era imposible calcular cuántos podía haber, pero eran muchísimos.

Aun tratándose de bolígrafos de marcas que conocía, los había de colores que jamás había visto (marrón, morado, amarillo), tan finos o tan gruesos como jamás me hubiera imaginado que existieran. En cuanto a los lapiceros con punta de pincel que tanto usamos, los había comunes y corrientes; es decir, con una punta de tinta negra en un extremo y una de tinta gris en el otro, pero además había otros, sin duda pensados para dibujar y pintar, con tintas de los colores más insospechados.

Me sorprendió que nadie me hubiera hablado nunca de esta papelería. Quizá Takumi también se había pasado por alguna papelería de este tipo y, tras mucho mirar, había llegado a la conclusión de que los cuadernos Campus de Kokuyo eran los más adecuados. Y también pudiera ser que, sin ninguna intención frívola de divertirse usando diferentes colores, hubiera elegido en una librería como ésta los bolígrafos que le parecieron mejores..

Al final del pasillo que corría entre los estantes de los cuadernos y los de los bolígrafos y rotuladores, me topé con un llamativo cartel que decía

PREPÁRATE PARA DESPEDIRTE

DE TUS COMPAÑEROS DE

ACTIVIDADES EXTRAESCOLARES

y bajo el cual había una gran cantidad de tarjetas, con sus sobres a juego, cuyos diseños remitían a las actividades de los distintos clubs: unos con pelotas de baloncesto, voleibol o rugby dibujadas, otros en forma de casco de fútbol americano, raquetas de tenis o palas de ping-pong, o también con trompetas, guitarras o tambores (sin duda destinados a los miembros de la banda de música), o con las clásicas máscaras del teatro, además de cuadernos para autógrafos, etcétera.

Por más que busqué, no encontré nada dirigido a los miembros de los clubs de *kyudo*, aunque sí había para los que practicaban *kendo*, la esgrima japonesa, *kárate* o judo.

De todas formas, los veteranos habíamos dejado el club varios días atrás, sin una despedida oficial, después de que nos quedáramos fuera en las eliminatorias del torneo nacional. Así, en estos últimos días, el grueso del club lo formaban los alumnos de segundo curso. Por eso, no teníamos previsto intercambiar cartulinas de firmas y mensajes, sino que más adelante, más o menos coincidiendo con la ceremonia de licenciatura, lo que haríamos es que los alumnos de tercer curso regalarían artículos de entrenamiento, como las aljabas para flechas o los soportes de las balas de paja, a los miembros más jóvenes. Como única excepción estaba el trámite por parte del capitán y el subcapitán de pasar el testigo al siguiente, que lo tenemos previsto para el próximo sábado, donde les entregaríamos la libreta de ahorros del club, el sello identificador o las listas de contactos.

Aquello sería el último trabajo que Takumi y yo íbamos a hacer juntos.

—Anda, si estás en la sección perfecta para tu situación actual...

Me volví y descubrí que Ryoko estaba junto a mí. Llevaba la cesta y el termo en las manos.

—¿Se acabó el servicio de reparto a domicilio? —le pregunté.

—Sí. Es que come bastante deprisa. Ya me gustaría que lo saborease un poco más, pero por más que se lo digo, no se corrige.

El señor Takarada venía caminando en dirección a donde estábamos.

—Si no estuviera bueno, no me lo podría comer a esa velocidad. Lo que pasa es que, en vez de decir «¡Qué rico!», lo expreso con todo el cuerpo. Yo creo que más bien deberías alegrarte...

—Desde luego, cómo sabes retorcer las cosas... —dijo ella. El señor Takarada ignoró la desilusionada expresión de Ryoko y se dirigió a mí:

—Si has visto algo que te guste, dímelo y, si no hay una muestra, te lo saco de la envoltura.

—Es que no he encontrado nada relacionado con los clubs de *kyudo*.

—Ah. Dame un momento, voy a ver.

Se fue y reapareció enseguida con una tarjeta en forma de diana.

—Tenemos ésta. Es un diseño exclusivo, pero debo reconocer que se ha vendido menos de lo que esperaba. Me imagino que notarás que, al contrario que las auténticas dianas de *kyudo*, que tienen círculos concéntricos blancos y negros, ésta tiene círculos de un azul verdoso, pero es que no se puede escribir sobre negro. Supongo que eso decepcionó a los aficionados y ha tenido una aceptación muy escasa. También puede ser que una tarjeta circular no termine de convencer a nadie. Y eso que hemos reproducido con fidelidad el

tamaño de las dianas auténticas: 36,3 centímetros de diámetro. En fin, para el año que viene habrá que pensar en algo distinto. —Esto último lo dijo en un murmullo, más bien hablando para sus adentros—. Pero si lo necesitas —dijo como volviendo en sí—, podemos buscarte algo con algún proveedor, o incluso encargarte un diseño a tu gusto. Y no sólo se pueden hacer tarjetas, sino también cuadernos de autógrafos y pegatinas...

—No... no se moleste. Tampoco tengo a quién dárselo.

Ryoko se me acercó y dijo bajando la voz:

—Oye, tengo una idea. ¿Por qué no le escribes a ese chico que te gusta una tarjeta o una carta donde le digas «¡Gracias por tu esfuerzo!» o algo parecido? Y ya puesta, le añades algo que lo haga comprender tus sentimientos hacia él...

Debí de haberme puesto del color de una gamba porque el señor Takarada se me quedó mirando con expresión de sospecha, pero enseguida se recuperó.

—Si hay algo en lo que pueda ayudar —dijo por fin—, dímelo y me pongo manos a la obra.

Era una sensación vaga, pero no pude evitar algo en él, quizá su seriedad o su elegancia, me recordase a Takumi.

Cuando estábamos en el último trimestre del segundo curso, sucedió lo siguiente. Con la llegada del Año Nuevo, las temperaturas habían bajado tanto que, aunque entrenábamos bajo techo en el *dojo*, hacía un frío que helaba. Como resultado, muchos estábamos más agarrotados que de costumbre y los resultados no dejaban de empeorar.

Uno de aquellos días, cuando Takumi me pasó el cuaderno, descubrí que había escrito una serie de comentarios sobre mi técnica. El que más me afectó fue uno escrito en letras grandes con lapicero de punta de pincel que decía: «¡Le das muy poco tiempo a la posición de *ka!*! ¡Disparas sin concentrarte lo suficiente!»

Estaba leyendo preocupada en mi habitación aquella nota, cuando me llegó un mensaje al móvil. Para mi absoluta sorpresa, era Takumi.

«¿Has leído el cuaderno?»

Los mensajes de Takumi eran siempre muy breves. Por lo visto, no le gustaba teclear.

«Lo estoy leyendo ahora mismo», le contesté.

«¿Tienes un momento para hablar?»

«¿Así, de pronto?», pensé, pero la llamada ya estaba sonando en el móvil.

—Ho... hola. Sí, dime, ¿qué pasa?

¿Por qué no podría contestarle en un tono más simpático?

—Sí, bueno, perdona que te llame a estas horas. Es que he estado leyendo que ese vicio tuyo no es tan fácil de corregir y me he preocupado.

—Ah, vale. Ya me había dado cuenta. Ahora mismo me estaba planteando qué hacer para corregirlo.

—¿Y qué has pensado?

La verdad es que aún no había pensado nada. Como me quedé en silencio, insistió.

—¿Sigues ahí?

—¿Eh, sí, sí? Pues... no sé muy bien qué hacer, ¿tú qué crees?

—Pues verás, lo he estado pensando en el tren de vuelta y creo que lo mejor sería que volvieras al entrenamiento básico, tensando la cuerda del arco sin colocar la flecha.

«¿Cómo? ¿Que ha estado pensando todo el tiempo en mí?»

—¿Quieres decir... sin flecha... como si fuera una principiante...?

Eso significaba retroceder tres años.

—Sí, por eso es mejor que no lo practiques en el *dojo*, sino en casa; por ejemplo, antes de acostarte. Decides previamente el número de veces que lo vas a hacer y te pones a ello. Claro que para eso tendrás que ir y venir de casa todos los días con el arco, pero...

El arco tiene una altura de unos dos metros y veinte centímetros, así que subir o bajar del tren llevándolo encima es una operación muy peligrosa: hay que estar pendiente de no darle un golpe a alguien o ir molestando a los demás pasajeros, responsabilidad que corre a cargo del subcapitán cuando se va a un torneo.

—Practicar en casa sólo con el arco... Va a ser terrible ir y venir con el arco a diario, pero a lo mejor funciona.

Contestaba como si estuviera hablando de un tercero, con sequedad.

—Pues sí, puede que sea bastante engorroso, pero yo también lo haré y practicaremos a la vez, ¿te parece?

—¿Qué?!

No había podido evitar que mi voz sonara muy alterada.

—Es que me sabe muy mal que tengas que hacerlo sola. Además, yo también necesito mejorar. ¿Qué te parece si probamos un mes o así? Podríamos simular unos treinta disparos e ir practicando las

ocho posiciones una a una. Tú me avisas con un mensaje cuando estés lista.

—Bueno... si tú lo dices... podemos probar.

De esta manera comenzaron los entrenamientos especiales.

Yo le mandaba el escueto mensaje: «Lista», y él me contestaba: «Entendido.» Cada uno cogía su arco y practicaba en casa unos cuarenta minutos. «Ya he terminado», le comunicaba yo, y él me contestaba con un *sticker* que decía: «¡Buen trabajo!» Eran mensajes muy breves, pero a mí me llenaban de felicidad.

Por cierto, que para disparar un arco japonés se necesita contar con una altura de unos tres metros y medio. Por suerte para mí, el recibidor de mi casa, donde arrancaba la escalera hacia el segundo piso, cumplía esas condiciones, pero después me enteré de que en la casa de Takumi no existía ningún punto con la altura suficiente, así que al parecer practicaba en el jardín. Siendo de noche y en pleno invierno, sin duda debía de pasar mucho frío.

Así, cuando llegó el torneo de febrero, mi «vicio» se había corregido. Y cierta noche, cuando le envié a Takumi el acostumbrado mensaje de finalización de los ejercicios, además del *sticker* de «¡Buen trabajo!» de siempre, me escribió un mensaje que decía: «Creo que has conseguido corregirte, así que hoy terminamos nuestros ejercicios especiales» y, por último, otro *sticker* que decía: «¡Gran esfuerzo!»

Nuestros ejercicios terminaban de manera tan abrupta... Pensé que debería contestarle algo, pero en vez de eso me puse a revisar nuestra larga lista de mensajes, que se reducía siempre a las mismas fórmulas, y cuando me di cuenta la pantalla del móvil estaba mojada por las lágrimas.

A duras penas conseguí enviarle un *sticker* divertido que decía:
«*Thank youuu!*»

—Oye, ¿te encuentras bien?

La voz de Ryoko me hizo volver a la realidad y entonces me di cuenta de que otra vez estaba llorando. Llevaba todo el día así.

—Ryoko —dijo el señor Takarada—, hoy no hay nadie en la planta de arriba. ¿Por qué no subís las dos para que descanse un poco?

Ryoko contestó con un «vale» y dándome empujoncitos por la espalda me guió hasta llevarme a las escaleras y luego a la planta de arriba.

Había unos ventanales enormes, y los rayos de sol creaban un ambiente tranquilo y agradable. Al fondo a la derecha se veía un pequeño espacio elevado recubierto de esteras de *tatami*, mientras que el centro de la espaciosa sala estaba ocupado por una serie de mesas de trabajo colocadas de manera que formasen un rectángulo hueco. La pared del lado izquierdo estaba cubierta de suelo a techo por un gran armario estantería. De pronto, miré hacia el fondo y descubrí un escritorio de madera grande y antiguo. Ryoko debió de haberse dado cuenta de que lo estaba mirando, porque me comentó:

—Qué mueble tan fantástico, ¿no es cierto?

Nos acercamos y Ryoko echó hacia atrás la silla para que pudiera sentarme.

—Adelante —me dijo.

La silla parecía estar hecha de la misma madera que la mesa y tenía un cómodo asiento forrado de cuero. Fascinada, pasé las

manos por el tablero de madera. Se me ocurrió que, si me dejaba caer sobre ese escritorio y lloraba un buen rato quizá conseguiría sentirme mejor, pero no era cuestión de hacer algo así estando Ryoko delante.

—Perdona, Nanami, pero tengo que volver a la cafetería —dijo como si hubiese podido escuchar mis pensamientos—. Si no hay mucha clientela, regreso en un ratito, ¿te parece?

Dicho esto desapareció por las escaleras.

Saqué los cuadernos de *kyudo* de la mochila. Del primero al último, todos tenían en la portada una etiqueta color crema escrita con la preciosa letra de Takumi: *Cuaderno de prácticas del club de kyudo* seguido de su nombre y el mío. Alineé los cuadernos en orden y me di cuenta de que sus trazos eran idénticos al milímetro.

Por el canto superior, asomaban aquí y allá pequeños pósits marcando las páginas donde había algo importante, o aquellas a las que él consideraba que debía volver de tanto en tanto. Estaban llenos de anotaciones diminutas, incluida la fecha de la última ocasión que había revisado esa página. Me puse a hojear los cuadernos por enésima vez, y a observar las notas en distintos colores, con bolígrafo o lapicero con punta de pincel. Los contrastes eran marcados, pero todas sus anotaciones transmitían vívidamente los recuerdos de los entrenamientos. Sin duda, en su año como capitán, Takumi lo había dado todo por el *kyudo*, y esos diez cuadernos daban testimonio de ello.

Abrí el décimo buscando la última anotación de Takumi, el día en que decidimos dejar el club. La página terminaba con el siguiente texto:

Para la subcapitana Sawamura:

Muchas gracias por tu esfuerzo a lo largo de todo el año. Sé que te he pedido muchos imposibles y que te he causado muchos quebraderos de cabeza. Lo siento de veras, y te doy las gracias por todo.

Es una lástima que jamás hayamos conseguido quedar entre los tres primeros en los torneos, pero me siento orgulloso de que nadie se haya rendido y abandonado el equipo, pese a los muchos esfuerzos que les exigimos.

Eso también tengo que agradecértelo a ti. Si no hubieses sido mi subcapitana, estoy seguro de que muchos se habrían hartado de mí.

También me siento culpable porque quizá te habría resultado mucho más agradable no cargar con el puesto de subcapitana y tener más tiempo libre. Me siento culpable de que haya sido así. Disculpa que me haya obsesionado tanto y te haya quitado tanto tiempo con mis peticiones.

Como hay que preparar los exámenes de ingreso a la universidad, seguramente estaremos muy ocupados los dos, pero espero que disfrutes al máximo estas últimas semanas la vida de una estudiante de bachillerato.

Una vez más, gracias.

Takumi Morikawa, capitán

Ese «gracias» del final venía en unos caracteres grandes y enérgicos. Lo había leído y releído mil veces, y hasta había hecho que la tinta se corriera por las lágrimas, como volvía a suceder hoy. Ayer, cuando llegué al colegio, encontré el cuaderno en el cajetín de mis zapatos de la entrada. En realidad, ayer mismo debí haber escrito algo y devolvérselo a Takumi, pero no me sentí con ánimos para hacerlo. Al final, me llevé los otros nueve cuadernos que guardábamos en la estantería del *dojo* y me puse a releerlos, pero aun así no sabía qué era lo que podría escribir ahora. No, mentira. La cuestión no era qué escribir, eso daba igual. Lo que importaba era que si yo escribía una contestación, se acabaría este intercambio de cuadernos y eso era lo que no quería que sucediese. Pero me encontraba sin saber qué hacer al respecto. De pronto, volví la cara y descubrí que allí estaba el señor Takarada con una bandeja en las manos.

—He preparado té y pensé que quizá querrías un poco. Y también te he traído un dulce *daifuku*, por si te gustan.

Puso sobre la mesa el vaso alto de té y el platito con el dulce. Intenté levantarme de la silla, pero él me detuvo con un gesto de la mano y, mientras paseaba la vista por los cuadernos que tenía en la mesa, continuó hablando:

—Quizá digo una impertinencia, pero estos cuadernos Campus B5 transmiten la típica imagen que uno tiene de los estudiantes de bachillerato.

—¿Sí? ¿Los adultos no usan este tipo de cuadernos?

El señor Takarada ladeó la cabeza pensativo.

—Quizá solo para tomar notas; pero a la mayoría le basta con el móvil para tomar notas. Los que permanecen fieles a los cuadernos

suelen buscar unos de factura más especial. Nosotros incluso manufacturamos algunos hechos «a medida» del cliente, por decirlo así.

—Vaya, no tenía ni idea....

«Quizá regalarle un cuaderno especial a Takumi sería buena idea», pensé.

—Queda raro que lo diga yo, pero soy el primero en reconocer que los cuadernos Campus Kokuyo son de bastante buena calidad. No creo que haya nada mejor desde el punto de vista de la relación calidad-precio. Y puedo ver que has usado mucho los tuyos. ¡Siempre he pensado que, si pudieran hablar, los cuadernos agradecerían muchísimo a los dueños que los gastan de la primera a la última página!

La mirada del señor Takarada hacia los cuadernos revelaba calidez, simpatía. No cabía duda de que era un amante de los artículos de papelería.

—Son los cuadernos del equipo de *kyudo*, pero como perdimos en el torneo, el capitán y yo, que era la subcapitana, dejamos el club, así que los apuntes se han acabado también —expliqué.

El décimo cuaderno estaba abierto y podía leerse el «gracias» que había escrito Takumi. La mirada del señor Takarada se dirigió hacia allí.

—Bueno —me dijo—. Todo lo que tiene un principio tiene un final, y justamente porque los ciclos se acaban tenemos oportunidad de empezar otros nuevos. ¿Por qué no pruebas a ver las cosas de esta manera? De momento, tómate el té y el dulce. Vuelvo dentro de un rato.

Acto seguido, desapareció por las escaleras, tal como Ryoko lo había hecho momentos antes.

Los dos se habían marchado después de decir: «Regreso pronto» o «vuelvo dentro de un rato». Me reí al advertir el parecido. Cerré el décimo cuaderno y lo coloqué sobre los otros nueve. Después, tomé el vaso de cerámica y disfruté del exquisito sabor de aquel delicioso té verde. Junto al *daifuku* había una pequeña paleta negra, pero me pareció un engorro usarla, así que lo cogí con la mano y le di un buen mordisco. La cubierta de *mochi* de arroz era muy agradable de masticar y el relleno de pasta de judías *anko* tenía la dulzura perfecta.

Para lo mucho que había llorado hasta unos momentos antes, era sorprendente que me hubiese consolado tan rápido. Me asombré de mi propia volubilidad.

Cuando oí un ruido de pasos en las escaleras, me apresuré a limpiarme los labios con un pañuelo.

—Perdón —dijo el señor Takarada—, sólo he querido subir para traerte esto: es un regalo.

Era un cuaderno Campus nuevo, idéntico a los que usábamos Takumi y yo para el club de *kyudo*.

—¿Eh? Pero... —repuse yo.

—A lo mejor me equivoco, pero se me ha ocurrido que quizá te gustaría continuar en contacto con ese chico a través de los cuadernos.

—Pero...

Ni yo misma sabía cuál era ese «pero». El señor Takarada debió de notarlo porque hizo un gesto afirmativo con la cabeza y continuó:

—Como sólo he visto las portadas y la página que tenías abierta hace un momento y que decía «gracias», puede que me equivoque pero yo creo que ese Takumi... porque el capitán se llama Takumi, ¿verdad?... creo que es un chico de carácter recto que pone mucho empeño en todo lo que hace. Estoy seguro de que, mientras habéis sido capitán y subcapitana, él era quien te proponía una cosa tras otra, pero ahora que ya no tenéis esa relación quizá puedas ser tú la que haga las propuestas. —Puso frente a mí el cuaderno Campus que me había traído y añadió—: En el primer cajón a tu derecha tienes bolígrafos, rotuladores y lápices de colores. Los puedes usar con total libertad. Creo que, cuando se trata de transmitir nuestros sentimientos hay productos más adecuados, pero en tu situación lo mejor será un cuaderno Campus.

Me quedé mirando las tapas azules del cuaderno y, tras levantar la vista, le dije:

—Pero permítame que se lo pague. De otro modo, no significará lo mismo cuando se lo entregue a Takumi.

—Si insistes... —repuso el señor Takarada—, aunque lo más probable es que Ryoko piense que te he engatusado para comprarlo...

Me hizo gracia que de pronto su voz acusara debilidad.

—¡No hay problema! Yo se lo explicaré luego a Ryoko.

—Bien, entonces te cobraré cuando te vayas.

Hizo una reverencia y volvió a marcharse sigiloso por las escaleras.

En cuanto me quedé a solas, coloqué el cuaderno nuevo en la parte superior izquierda de la mesa y volví a acercar hacia mí el cuaderno número diez. Respiré hondo y releí la última página que

había escrito Takumi. Saqué la cajita de los bolígrafos de mi cartera y, tras escoger uno de los que estaba acostumbrada a usar, apoyé la punta en la página contigua y comencé a escribir mis impresiones sobre la gestión del equipo tal como me iban saliendo.

A excepción de los domingos, no hacíamos otra cosa que practicar en todos nuestros momentos libres, y todo ese tiempo lo había pasado con Takumi. Unas veces alegre, otras triste, otras sintiendo un gran resquemor... Con todas las cosas que habíamos vivido juntos, soy tan torpe que jamás le había mostrado mis verdaderos sentimientos.

Cuando me di cuenta, llevaba más de diez páginas escritas. Eché un vistazo por la ventana y vi que el sol estaba empezando a ponerse. Pronto se haría de noche. Respiré hondo de nuevo y escribí:

Para el capitán Takumi Morikawa:

Muchas gracias por tu esfuerzo a lo largo de todo el año. No obtuvimos los mejores resultados en las competiciones, pero creo que todos los miembros nos dábamos cuenta de cuánto trabajaba nuestro capitán para que el club mejorase.

Ya no podemos volver a aquellos tiempos, pero echo mucho de menos tensar el arco a diario junto a nuestro capitán.

En cuanto a los miembros más jóvenes del equipo, estoy segura de que muy pronto empezarán a comprobar que nuestro sistema era bueno.

*Por eso creo que puedes estar orgulloso de tu labor.
Sólo tú podrías haber sido nuestro capitán.
Irrefutablemente.*

*Espero que muy pronto encuentres otra cosa en la que
puedas mostrar tu compromiso y tu tesón.*

*Soy una persona muy callada y vergonzosa. Por eso me
sorprende a mí misma que durante tres años no haya
abandonado un equipo tan estricto como el de kyudo,
esforzándome hasta el punto de ejercer de subcapitana en
el último año. Todo te lo debo a ti.*

Muchísimas gracias,

Nanami Sawamura, subcapitana

Después de escribir hasta ahí de un tirón, saqué de mi mochila unos pósits amarillos y escribí: «¡Continúa en el siguiente cuaderno!» y lo pegué en el borde de debajo de la página.

Acto seguido, abrí el cuaderno Campus nuevo y escribí con toda sinceridad que, desde que lo había visto por primera vez, me había enamorado de él y que seguía estándolo.

Al escribirlo sentí que me llenaba de valor y añadí sin ninguna dificultad: «Me gustaría que en adelante fuéramos novios.» Sin duda el cuaderno Campus se ponía de mi parte para echar una mano. Después, continué:

*Si sientes lo mismo que yo, ponle título a este cuaderno y
devuélvemelo como hacías con los cuadernos de kyudo.*

Pero no me llames Sawamura ni subcapitana, sino Nanami; y no firmes como Morikawa, ni como capitán, sino como Takumi.

—¡Mil perdones! Ya sé que llego tardísimo —dijo Ryoko mientras subía las escaleras a toda prisa.

Cerré de golpe el cuaderno nuevo, le eché un vistazo al móvil y vi que pasaban de las seis.

—En fin, tu madre va camino de la cafetería. Quiere que cenemos todos juntos ahí.

—¿Has avisado a mi madre?! —pregunté alarmada.

—Sí... ¿he hecho mal? Es que ha sido culpa mía que te hayas tenido que quedar hasta tarde... Además, me hacía ilusión que tu madre se reencontrara con Ken después de tantos años.

—Tengo que contarte que...

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo con una gran sonrisa.

Detrás de ella, el señor Takarada asentía también sonriendo.

Los transeúntes que iban y venían por las calles de Ginza aquel día, inesperadamente fresco para la época del año, se movían con la prisa propia de quien tiene mucho que hacer. Mezclada entre ellos, Ryoko, con un termo y una cesta en las manos, caminaba a buen paso por debajo de las ramas de los sauces que se mecían y entró en la Papelería Shihodo. La seguían otras dos personas.

—¡Perdóóóón! ¡Otra vez llego tarde! —vociferó al cruzar el umbral.

—Mira —le respondió Ken Takarada con cara de fastidio—, no quiero pelearme, pero de la cafetería Hohozue hasta aquí no hay más que cinco minutos y siempre llegas tarde. ¿Lo estás haciendo a propósito, no?

—Perdónela, señor Takarada —intervino Nana-mi—, ha sido culpa nuestra.

—Ah, Nanami. Bienvenida. Ha pasado más o menos un mes, ¿verdad? Porque... —se interrumpió y puso cara de asombro.

—Bu... buenos días —tartamudeó un guapo joven vestido de uniforme y porte majestuoso mientras hacía una reverencia.

—Le presento a Takumi Morikawa —dijo Nanami sonrojándose ostentosamente.

—Ah... *Irasshaimase!* Bienvenido a la Papelería Shihodo. Me llamo Ken Takarada, y soy el dueño. Qué gusto que nos visite.

Ryoko se había puesto a servir el sándwich y el café.

—Listo —dijo—. Y perdón por la espera. Aunque deberías de estar agradecido, porque ahora te sabrá mejor.

—Señor Takarada —dijo Nanami—. Perdónenos a nosotros también y coma tranquilo. Si no le molesta, vamos a dar una vuelta por la papelería. —Cogió de la mano de Takumi y fue tirando de él mientras le decía—: Tienen un montón de clases de cuadernos Campus; mira, por aquí.

Ryoko y Ken Takarada los oyeron alejarse.

—Rumi y Nanami, madre e hija: dos generaciones que han dado mucho trabajo a Cupido... —murmuró él mientras masticaba.

—Pues sí...

—Pero ¿no crees que ya no estás en edad de dedicarte solo a ayudar a los demás? —añadió Ken.

—Supongo que no... —contestó Ryoko con un gran suspiro mientras negaba desalentada con la cabeza.

En la Papelería Shihodo, situada en un rincón del barrio de Ginza, un ambiente de placidez envolvía a las dos parejas mixtas que charlaban en su interior.

Las tarjetas postales

—¿Te encuentras bien, papá? —me preguntó mi hija mientras observaba mi rostro con preocupación.

Era comprensible. Acababa de mirarme en el espejo de los lavabos y estaba muy pálido.

—Sí, claro. No es nada.

Me puse en pie y dejé escapar un profundo suspiro.

—Perdona, pero, pensándolo bien, no voy a quedarme al velatorio esta noche. Necesito calmarme y pensar un poco.

Me acerqué al féretro donde yacía mi esposa y le dije:

—Bueno, me voy. Hasta mañana.

—Oye, ¿de verdad estás bien? No te fuerces. Nadie espera que las palabras de despedida de mañana sean algo especial. Si tú también terminas por enfermarte, me lo vas a hacer pasar todavía peor.

—Pues un funeral conjunto en vez de dos separados sería menos trabajo, ¿no?

Mi hija lanzó un bufido y negó levemente con la cabeza.

—Pregúntale a Ran y Jasmine qué piensan de esa gran idea. En fin, mejor no hagas tonterías, no vaya a ser que mañana no te puedas ni levantar de la cama. De todas formas, sólo he avisado a los familiares y los amigos más cercanos, así que será un funeral íntimo.

—¿Cómo? ¿No has avisado a los antiguos compañeros de trabajo de mamá?

—No. Ella misma me dijo que no hacía falta, que ya habían pasado más de diez años desde que lo dejó. Si avisáramos a toda

esa gente tendríamos que alquilar el salón más grande de la funeraria, o quizá hacerlo a medias con la empresa y saldría muy caro. Mamá fue muy clara: no quería molestar.

—Muy propio de ella...

Otra vez se me escapó un suspiro. Hasta el último momento, mi esposa no hizo sino preocuparse por los demás en lugar de hacer lo que de verdad quería.

—Además, si el funeral fuera de esa magnitud, quedaría un poco raro que tú hablaras en la ceremonia, por mucho que ésa fuera la voluntad de mamá. Al fin y al cabo, estabais divorciados, ¿no?

—A mí también me parece raro, pero ella lo pidió, ¿qué le vamos a hacer? Vosotras no tenéis objeción, ¿verdad? Porque...

—No, no, no. De todos modos, ya no es común que nadie hable formalmente en los funerales. Lo normal es que el maestro de ceremonias lea en voz alta algunos de los mensajes de condolencia y ya está. Hazlo tú y así cumplimos el deseo de mamá.

—Entiendo...

Por un momento había abrigado esperanzas de que mis hijas se opusieran, pero quedaba claro que lo mejor era resignarse.

Tras un ligero carraspeo, me encaminé hacia la puerta del edificio. Mi hija vino detrás de mí:

—Tienes que descansar todo lo que puedas hoy, así que hazme el favor de acostarte pronto. El funeral empieza a las diez de la mañana, pero deberías llegar hacia las nueve.

—Vale.

Subí al taxi que había pedido la funeraria y le indiqué al conductor que me llevara a la estación más cercana. Era bastante joven, así que por un momento me preocupó que condujera de forma alocada,

pero demostró ser bastante cuidadoso. Suspiré aliviado y me hundi en el asiento.

Miré el cielo a través de la ventanilla y vi que era de un azul límpido, sin una sola nube. «Un día triste como hoy, en que ha muerto mi mujer, y tenemos un cielo espléndido...», pensé. Tampoco es que tuviera que estar lloviendo a cántaros, pero habría sido más apropiado que al menos lloviznara; al fin y al cabo era otoño.

De pronto se me ocurrió algo y me dirigí al conductor:

—Disculpe, ¿podría mejor llevarme a Ginza?

—¿Eh? Claro que sí. Sólo déjeme que conecte el navegador.

Acto seguido, aparcó un momento y comenzó a manipular la pantalla. Por mi parte, saqué mi teléfono móvil y me dispuse a llamar a uno de los números que tenía guardados.

Debimos de tardar unos cuarenta minutos. A un conductor más avezado le habría tomado menos de treinta, pero dado mi estado de ánimo, mejor así... Aquel joven conducía tan bien que el trayecto me sirvió para relajarme.

—¿Cómo desea pagar?

Saqué de la cartera un billete de diez mil yenes y se lo entregué.

—Quédese con el cambio.

—Pero es demasiado... —dijo el joven con cara de sorpresa.

—No importa, quédese.

Dejando allí al atribulado taxista, me bajé en una calle flanqueada por sauces. El propietario de la Papelería Shihodo debía de haber estado mirando a través de las puertas de cristal, porque salió enseguida a la calle.

—Hola, Ken, perdona que te haya avisado tan de repente.

—Nada de eso, adelante.

Hacía cosa de un mes desde la última vez que nos vimos. Como cada año, había ido a la papelería a encargarme las tarjetas de felicitación de Año Nuevo, ya que siempre prefiero recibirlas en noviembre para tener tiempo de agregar algún breve mensaje a mano para cada persona, pero ahora tocaba pensar qué hacer, porque no acostumbramos a enviar felicitaciones cuando ha muerto un familiar. Ya habían pasado veinte años desde que me había divorciado; no obstante, no me parecía apropiado comportarme como si no hubiera ocurrido nada.

Ken mantuvo la puerta abierta mientras yo pasaba. Normalmente, mis visitas comenzaban curioseando por la tienda, pero aquel día no tenía ánimos.

Ken cerró, se volvió hacia mí e hizo una reverencia.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias; aunque, la verdad, no sé si toca darme el pésame.

—Uy, perdón —dijo Ken confuso mientras hacía una nueva reverencia.

—No, no tiene nada que ver contigo. Soy yo quien se siente confuso.

Caminé hacia el fondo de la tienda.

—¿Te importaría si subo un momento?

Como cliente asiduo que llevaba medio siglo comprando ahí, tenía el privilegio de ir a la planta de arriba sin pedir permiso, pero como había llegado de improviso, me pareció que lo correcto era avisarle.

—Por supuesto. Hoy no hay talleres, así que tienes la planta entera para ti.

—Fantástico. Aunque también es verdad que las profesoras de los talleres suelen ser bastante guapas. Tampoco hubiera estado mal ver alguna.

Había querido parecer despreocupado, pero mi tono de voz debió de traicionarme, porque Ken se quedó muy serio. Sacudí un par de veces la cabeza y empecé a subir los escalones.

Al llegar al rellano, contemplé la planta de abajo.

—Me alegra comprobar que este lugar es el mismo —murmuré.

—¿El mismo? —preguntó Ken.

—¿Eh? ¡Ah! Ha sonado raro, ¿verdad? ¡Por qué no iba a ser el mismo! Quería decir que resulta un alivio que aquí reine siempre esta atmósfera.

—¿Sí? —volvió a preguntar Ken sonriente.

—Déjalo —dije—, son cosas mías.

La verdad era que, tal como me sentía, cualquier cosa que siguiera como siempre suponía un alivio.

Me dejé caer en la silla, delante de la mesita para el café sobre la cual solía haber una flor solitaria en un esbelto florero de vidrio. Ese día era una rosa de un intenso carmesí. Ken debía de haberla puesto aquella misma mañana, porque se veía fresca y desprendía un olor delicioso e intenso.

Acaricié los pétalos con mucho cuidado y asentí.

—Ay, Ken. No sabes cuánto me gustaría quedarme un rato aquí, tomando un té y mirando sin ver. Pero hoy es imposible. Tengo ante mí el engorro de pensar lo que voy a decir en la ceremonia de mañana.

Ken asintió comprensivo.

Las persianas del segundo piso estaban abiertas, y el sol que se filtraba entre los edificios de alrededor entraba por las ventanas haciendo resplandecer la estancia. A la derecha había una especie de cuartito con el suelo un poco elevado por una tarima y cubierto de esteras de *tatami*; a la izquierda, un enorme armario estantería ocupaba toda la pared. Al fondo, había un inmenso ventanal y, a un lado, un escritorio antiguo e imponente que era como el rey de los muebles de la papelería.

Me fui derecho a aquel escritorio y me senté en la silla, que tenía el cojín forrado de piel. Delante de mí, sobre el escritorio, estaba la caja con material de escritura que Ken me hacía el favor de guardarme en la papelería.

—Justo después de hablar contigo por teléfono he subido a buscar la caja en el armario y he comprobado que la tinta está en buen estado. ¿Te vale el mismo papel de siempre?

—No importa. Al fin y al cabo, basta con que la persona que vaya a pasar a pincel lo que yo escriba pueda entenderlo, ¿no?

—Tienes razón. Aunque, la verdad, a estas alturas al copista debe de resultarle bastante raro recibir un mensaje escrito a mano. Si quieres, díctamelo y yo te lo paso a Word antes de enviárselo.

—Mejor, claro. De hecho, me harías un gran favor si me echaras una mano a la hora de escribirlo, porque no tengo nada claro lo que debería poner. Aunque, entonces, ¿quién se encargaría de la papelería?

—No hay problema. Ya he hablado con Ryoko. Tenía que venir a dejarme mi pedido y me ha dicho que puede quedarse un rato atendiendo a los clientes porque no hay mucha gente en la cafetería. No tardará en aparecer.

Apartó mi caja de materiales, acercó una de las mesas con ruedas que formaban un rectángulo en el centro de la sala y después colocó una silla de modo que, cuando él se sentara, la mesa quedara entre los dos. Finalmente, fue a abrir otro cajón del armario y volvió con un ordenador portátil, que encendió.

Yo también le di la vuelta a mi silla.

—Adelante, por favor —me dijo.

Acaricié un momento la superficie de la mesa y de pronto las palabras empezaron a brotar de mi boca como si tuvieran voluntad propia.

Conocí a mi futura esposa en Singapur. Yo tenía treinta años y, poco antes, con el dinero que tenía ahorrado y los contactos que había hecho, había fundado una pequeña compañía de comercio exterior.

Ella trabajaba en una de las tiendas del hotel donde me hospedaba. Hablaba bien inglés, malayo y chino mandarín, así que al principio imaginé que era singapurense. Tenía una carita redonda y una sonrisa jovial que la hacían encantadora.

Por aquel entonces, los viajes al extranjero no eran ni mucho menos tan comunes como ahora, así que, si uno enviaba una postal a los clientes desde donde fuera que estuviera, todo el mundo se alegraba. De todas formas, la frecuencia con la que iba a aquella tienda hacía que me vieran como a un bicho raro.

Un día, mi futura esposa no se aguantó más y me preguntó:

—Pero ¿a quién le envía usted tantas tarjetas?

Lo hizo en japonés y yo me llevé una gran sorpresa.

—¿Cómo? ¿Pero hablas japonés? —le pregunté sin responder a su pregunta.

Entonces, como si fuera una niña tras una travesura, contestó con un esfuerzo para aguantarse la risa.

—Pues claro —repuso—, si mi madre es japonesa.

—Vaya... —dije.

—Pero no me ha dicho a quién le envía tantas tarjetas. Viene casi cada día. Debe de tener unas cuantas enamoradas. ¡Qué peligro!

Lo dijo mirándome fijamente a los ojos, y recuerdo que en ese momento pensé: «Ah, ya no hay nada que hacer. Voy a terminar enamorado sin remedio de esta chica.»

—¡Pero ¿qué dices?! Para que lo sepas, se las envió a mis clientes japoneses. Así les hago ver que estoy trabajando por ellos en Singapur. No quiero que se inquieten pensando: «El director de la empresa lleva varios meses fuera de Japón, ¿será que va a cerrarla?»

Ella rió.

—Vaya, así que era eso... ¿Y ha dicho usted que es el director de una empresa?

La pregunta me pareció un poco impertinente, pero no me molestó. Al fin y al cabo yo no tenía más que treinta años, y no era muy previsible que a esa edad fuera el director de nada.

—Sí —repuse—. Aunque es una empresa tan pequeña que, incluso contándome a mí, a duras penas podríamos montar un equipo de béisbol.

Ella rió de nuevo y yo saqué una tarjeta de visita del bolsillo y se la entregué. La cara anterior estaba escrita en vertical y ponía:

OHASHI CORPORATION S. A. SHOTARO MINATOGAWA, DIRECTOR. En el reverso ponía lo mismo, aunque en inglés y, por tanto, en horizontal.

—Uy, qué tarjeta más impresionante. Yo pensaba que Japón seguía sufriendo la crisis de la posguerra, pero veo que las cosas han mejorado lo suficiente como para que un joven director de empresa pueda ir por ahí con una tarjeta tan estupenda como ésta.

—Sí, no está mal —convine. No salieron nada baratas, pero hice un esfuerzo y las encargué a una papelería de mucho renombre en Ginza, el barrio donde están las mejores tiendas de Tokio. Por mi juventud, me conviene tener una tarjeta que no sólo diga «presidente», sino que impresione un poco a quien la reciba.

—Oiga, y si usted se apellida Minatogawa, ¿por qué el nombre de la empresa es Ohashi?

—Pues porque Ohashi no sólo es un apellido, sino que quiere decir «gran puente», y eso es precisamente lo que quiero que mi empresa represente para mis clientes: un puente entre todos los países del mundo. Hay gente que, como tú, se fija en esos detalles, y a veces eso ayuda a que te recuerden, aunque te consideren un tipo extravagante. He preferido eso a que mi empresa lleve mi nombre.

—Vaya, veo que lo tiene todo pensado...

Tras decir aquello, mi futura esposa me devolvió la tarjeta.

—Guárdesela. Aunque sea una sola, es mejor que se la dé a un posible cliente. Ya no voy a olvidarme de que se llama usted Shotaro Minatogawa.

—Qué vergüenza —dije aceptándosela—. No cabe duda de que tengo que esforzarme para que no le dé reparo quedarse con una simple tarjeta.

Ella me escribió su nombre y su teléfono en una hojita.

—Puede llamarme Fujiko, todos los japoneses que conozco me llaman así.

—Fujiko, ¿eh? Pero entonces tú tienes que llamarme Sho. ¿Este número de teléfono es el de tu casa?

Mi futura mujer frunció un poco el entrecejo y negó con la cabeza.

—No, no, es el teléfono de la tienda. ¡Si un hombre me llamara a mi casa, mi padre me montaría un escándalo tremendo! Si quiere algo, use este número.

En ese momento llegó otro cliente, así que ella se volvió hacia él y empezó a hablar en inglés. Era un inglés perfecto, con acento del sur de Inglaterra; nada que ver con el mío, tosco y con acento norteamericano. Salí de la tienda y, antes de irme, me giré un segundo para mirarla; entonces, me guiñó un ojo. Fue como si me hubiese hipnotizado.

Los días siguientes volví con el pretexto de las postales. Sólo hablaba japonés conmigo y eso me hacía sentir especial.

Poco después me atreví a invitarla a cenar.

—Le agradezco mucho la invitación —me respondió—, pero tengo una hora límite para volver a casa, además de que acostumbramos a cenar todos juntos. Me da vergüenza confesarlo, pero nunca he cenado fuera con nadie. Lo más cerca que he estado de hacer algo parecido fue en el bachillerato, cuando fui a un café con un chico.

«Vaya familia tan estricta la de esta chica», pensé.

—¿Y si comemos juntos cualquier mediodía, en tu hora de descanso?

—Lo malo es que no es a una hora fija, pero si no le importa...

—¡Pues claro que no! Para eso soy mi propio jefe.

Sonó un poco presuntuoso, pero era verdad y podía cambiar las citas de negocios.

De esta manera comenzamos a almorzar juntos y a conocernos mejor, aunque su pausa para comer tan sólo duraba una hora. Así que, entre unas cosas y otras, el tiempo para hablar se reducía a unos treinta minutos y, cuando la conversación empezaba a animarse, ya teníamos que irnos. Resultaba frustrante, y la espera hasta el día siguiente se me hacía eterna.

Al mismo tiempo, a esas alturas mi viaje de negocios estaba llegando a su fin. El día antes de volver a Tokio, le dije:

—Tengo que volver a Japón. Saldré en el barco de mañana.

Ella sonrió de la forma más natural que pudo, pero en sus ojos sólo había tristeza.

—Cuando me dijiste que estarías un mes por aquí, me pareció mucho para un viaje de negocios, pero ahora que te vas es como si el tiempo hubiera volado. ¿Ha ido bien en el trabajo?

—Sí, gracias. He conseguido cerrar todos los acuerdos que tenía previstos. Cuando vuelva a Japón tengo que preparar los envíos de los productos pactados en los contratos. Además, como allí lo he dejado todo en manos de mi equipo, tengo que asegurarme de que no haya habido ningún problema. Aquí, he podido disfrutar de nuestros almuerzos tranquilos, pero seguro que a la vuelta sólo tendré tiempo para engullir un tazón de fideos de *soba* en cinco minutos.

—La verdad es que aquí tampoco tenías tiempo para almorzar, ¿no? Perdona que te haya hecho salirte de tu rutina. Pero ha sido muy agradable. ¡Muchas gracias!

La cogí de la mano.

—Pero ¿qué dices? Si era yo quien insistía en invitarte. Soy yo quien tiene que estar agradecido. Muchas gracias. ¿Quieres que te traiga alguna cosa de Japón? Tengo previsto volver dentro de unos tres meses. Te lo traeré entonces.

Yo tenía la mano sobre la mesa y mi futura esposa puso una de las suyas sobre la mía.

—No, nada. Me basta con que te cuides.

Parece una tontería, pero esa respuesta me descolocó. Me imaginaba que iba a pedirme algún artículo de maquillaje, un aparato electrónico o algo.

—¿De verdad?

—De verdad. Me basta con que vayas y regreses bien dentro de tres meses.

Acostumbrado a vivir en un mundo donde sólo importaba trabajar como un descosido para agrandar mi empresa, aquello me supuso una novedad. Quedé prendado de ella sin remedio.

Pero entonces me dio una palmadita en la mano.

—¡Ya está! —exclamó—. Se me ha ocurrido una idea. Sí quiero pedirte una cosa, ¿puedo?

—Sí, claro, pide lo que quieras.

—Me gustaría que me enviaras tarjetas postales. No tiene que ser todos los días, claro, pero ¿qué tal cada semana? Doce en total, en estos tres meses. ¿Te parecen demasiadas? Según me has dicho, tienes que viajar mucho por Japón: a Osaka, a Kioto, a Hokkaido o Kyushu. He oído los nombres de varios de esos lugares, pero ni siquiera me los imagino. Me haría ilusión que me mandaras imágenes... además de que sería una manera de tener noticias tuyas.

Arrancó una hoja de su agenda y me escribió su dirección.

—De acuerdo. Escogeré las postales más bonitas y te las enviaré sin falta.

Ésa fue la primera vez que la besé. A nuestro alrededor soplaba una brisa suave y agradable.

—Es una bonita historia, pero ¿no la estás adornando demasiado? —dijo Ken quitando las manos del teclado.

—Ni lo más mínimo. Si tuviera talento como guionista, habría fundado una productora de cine, en vez de una empresa de comercio exterior que me obliga a pasarme la vida de acá para allá. Intentaba atraer su atención como fuera.

—Vaya... pues sí que has cambiado.

—Lo que ocurre es que en aquella época era joven e ingenuo.

—Por cierto, esas tarjetas de visita de las que hablabas, ¿las habías hecho aquí?

—Sí, y sólo empecé a encargalas en otro sitio cuando la empresa creció hasta tal punto que tu abuelo, Kensui, me dijo que ya no daba abasto para hacer las tarjetas de todos los empleados. Y eso que entonces sólo éramos trescientos. Eran unas tarjetas magníficas que causaban admiración a todo el mundo. Me fueron de gran ayuda en su momento.

Ken asintió mientras se acariciaba el mentón.

—Hace mucho que no hacemos tarjetas de visita, pero en el sótano conservo los tipos, las cajas, las prensas y demás utensilios. Un día de éstos me gustaría volver a ponerlo todo en marcha e

imprimir aunque sea algunas, para clientes especiales, pero no sé si tendré tiempo.

—Pues yo sería el primero en encargártelas.

—Bueno, ya veremos. Pero no nos desviemos: al final, ¿le mandaste las tarjetas postales, tal como le habías prometido?

—Por supuesto.

Incluso en las escalas del viaje de regreso, como Ho Chi Minh, Macao y Hong Kong, me preocupé por encontrar alguna tarjeta bonita y enviársela, y después hice lo mismo en Yokohama. Hay un refrán que dice: «A los tres días, te cansas de ser monje», pero a la que escribí la cuarta, ya había cogido el hábito de comprar una postal en cualquier sitio que estuviera, escribir por la noche un resumen de lo que había hecho durante el día, como si fuera un diario, y enviarla por correo a la mañana siguiente.

Hasta antes de conocer a Fujiko solía tomar alguna copa de más casi todas las noches, pero la rutina de escribir me hizo beber cada vez menos. Si lo pienso, a lo mejor esas postales impidieron que me destrozara por completo el hígado de joven.

En aquel entonces, viajaba con frecuencia por trabajo a la región de Kansai, así que le envié a mi futura esposa varias postales de Osaka, Kioto y Nara, con imágenes del castillo de Osaka, el Pabellón Dorado o el Gran Buda del templo Todaiji. Eran fotos meramente turísticas, pero imaginaba que a Fujiko le harían ilusión. Por fortuna, todo indica que no merecí un castigo por haber escrito «te amo» o «desearía que estuvieras aquí» en el reverso de una imagen de Buda.

También le remití postales desde Hokkaido, Kyushu y Shikoku. Eso, claro, sin contar las de Tokio, que incluían casi todos los puntos turísticos famosos, como la puerta Kaminarimon de Asakusa o el puente Nijubashi del Palacio Imperial.

Así, entre unas cosas y otras, los tres meses se pasaron enseguida. Cuando faltaban sólo quince días, reservé el billete para Singapur y le envié a Fujiko una tarjeta postal avisándola del día de mi llegada.

Aun así, cuando la vi al otro lado de la oficina de Inmigración, esperándome, casi me da un síncope de la emoción. Dejé caer mi maleta repleta de muestras, contratos y otra serie de objetos importantes, corrí hacia ella y la abracé durante un buen rato. Uno de mis ayudantes, que me acompañaba, me estuvo luego haciendo chistecitos, diciendo que creía asistir al rodaje de una película.

Aquella noche cené por primera vez con mi futura esposa y permanecimos juntos hasta el amanecer.

—Pues no me extraña la reacción de tu ayudante. Realmente parece una escena de película.

—Mira, no sé... pero si me pones esa cara ya no te cuento nada más.

Ken sonrió y me pidió que continuara:

—Está bien... —me dijo—. Anda, cuéntame lo que pasó después.

Ese segundo viaje a Singapur resultó muy exitoso desde el punto de vista de los negocios, pero se pasó aún más rápido que el primero.

Un día antes de regresar a Japón, durante uno de nuestros habituales almuerzos, Fujiko me dijo:

—¿Te gustaría venir esta noche a cenar a mi casa? Mi padre me ha dicho que quiere conocerte.

Me apresuré a terminar un par de asuntos que tenía pendientes y, cuando empezaba a anochecer, me di una ducha, me puse mi mejor chaqueta y bajé a la recepción del hotel. Había pensado en llevar algún regalo, pero me dio miedo equivocarme. Resultó ser una decisión acertada. Fujiko y yo habíamos quedado en encontrarnos allí y, cuando llegó, estaba tan elegante que casi parecía otra persona. Me quedé embobado mirándola desde lejos hasta que se volvió y, cuando me vio, me saludó con la mano.

—Qué guapa estás esta noche. Casi me ha dado miedo acercarme —le dije.

—Anda ya... no seas exagerado —contestó riendo.

Se detuvo un momento en un local y compró una rosa roja que procedió a ponerme en un ojal de la chaqueta.

—¿Y esto?

—¿No lo habías visto nunca? Sabía que no traerías esmoquin, pero cualquier chaqueta queda más vistosa si se le pone una flor. Bueno, vamos.

Se cogió de mi brazo y salimos del hotel. En la puerta había aparcado un cochazo del que se bajó un chófer de uniforme, ya de cierta edad, que nos abrió la puerta.

—¿Y este coche?

—Es el de mi padre. Me lo ha prestado para venir a buscarte y luego devolverte al hotel.

Me hizo subir primero y, tras sentarse a mi lado, le dijo al chófer en inglés: «*Go ahead.*»

Avanzamos a velocidad moderada por la avenida paralela al mar.

—Como aún es pronto he pensado que podríamos dar una vuelta para ver juntos la puesta de sol.

El chófer hizo un comentario en malayo y se rió. Ella se puso roja y le contestó algo que tampoco entendí. Hablaban muy deprisa.

—Jimmy ha dicho que, como una excepción por este hermoso atardecer, hará la vista gorda si nos cogemos de la mano, ¿tú crees? —Rió—. Trabaja para mi padre desde antes de que yo naciera, y nunca ha tenido el menor accidente. Durante la guerra, incluso protegió a mi padre en una ocasión en que estuvo en peligro. En mi familia todos lo queremos mucho. Y al parecer te ha dado su aprobación.

Pese a lo distendido de la conversación, yo estaba cada vez más agarrotado por el nerviosismo. Al poco rato nos apartamos de la costa y enfilamos hacia las colinas. Por el camino, pasamos junto a un portal de piedra que parecía casi un monumento y, a partir de ese punto, dejamos de cruzarnos con otros vehículos.

—Qué camino más solitario —comenté un tanto temeroso por la oscuridad.

—Es que ya estamos en las tierras de mi familia. El portal que acabamos de pasar quedó medio derruido en un bombardeo y mi padre no ha querido reconstruirlo. Dice que le parece bien que la gente pueda ir y venir por aquí.

Me quedé boquiabierto. Un poco más adelante apareció ante nuestros ojos un edificio de estilo colonial. Las paredes eran de un blanco intenso y parecía flotar en el aire.

Tras aparcar, un mayordomo con chaqué y guantes blancos nos abrió la portezuela del coche y nos guió hacia la casa. Detrás de las altas puertas apareció una mansión tan fastuosa que parecía el plató de rodaje de alguna película.

Me avergüenza confesar que, hasta ese momento, ignoraba por completo que mi futura esposa era la hija del señor Chen, uno de los financieros más importantes de Singapur.

El señor Chen nos recibió vestido de esmoquin y, con un gesto, nos invitó a sentarnos a una mesa en la que habrían cabido veinte personas. La cena fue espléndida. La conversación discurrió en inglés y versó sobre teatro, música o pintura, temas en los que yo no era ningún experto, así que andaba un poco perdido.

Cuando terminamos de cenar, el señor Chen me invitó a pasar a su biblioteca. Me volví hacia Fujiko, que me guiñó un ojo, y me fui detrás de él.

Después de ofrecerme un puro, me sirvió un whisky con hielo. En cuanto nos sentamos, el señor Chen me preguntó sin rodeos:

—¿Cuánto hace que conoce a mi hija?

—La conocí hace unos cuatro meses. Yo tengo una pequeña empresa de comercio exterior en Tokio y vine aquí por negocios. De momento sólo hemos mantenido contacto por correspondencia y almorzado juntos de vez en cuando, por lo que nuestra relación no ha llegado al punto de que usted tenga que preocuparse.

Después de todo, no me había sentido con fuerzas para decirle la verdad. Saqué una tarjeta de visita y se la entregué.

—Ohashi Corporation... Mmm... no la conozco —comentó.

Tampoco era raro. Para aquella gran figura de los negocios, mi todavía joven empresa era insignificante. Después, le conté que

había perdido a mis padres en la guerra y que mis inicios en el mundo del comercio se habían desarrollado en el mercado negro, pero que había conseguido pagarme la universidad y, después de trabajar durante un tiempo para un gran consorcio, había reunido el dinero suficiente para fundar mi propia compañía. También le dije que era mi segunda vez en Singapur y que tenía previsto regresar al día siguiente.

El señor Chen me escuchó en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez y, cuando terminé de hablar, me miró a los ojos y me dijo:

—Creo que triunfarás en el mundo de los negocios. Es como un presentimiento, pero mi sexto sentido casi nunca se equivoca. Por otra parte, temo que te ciegue tu pasión por el trabajo. Además, quizá sea un prejuicio, pero también creo que haber perdido a tus padres siendo tan joven debe de haberte impedido, por fuerza, desarrollar un sentido de la importancia de la familia. La vida de Fujiko ha sido muy distinta, y lo que ambos esperáis del matrimonio y los hijos sin duda también lo será. Lo lamento pero sólo puedo aceptar que seáis amigos. —Pareció reflexionar un instante y después añadió—: De hecho, preferiría que no volvierais a veros.

Me quedé sin palabras. El señor Chen no se equivocaba en que, hasta antes de conocer a Fujiko, ni siquiera me había planteado la necesidad de formar una familia y siempre había priorizado el trabajo sobre cualquier relación. De todas formas, disimulando mi dolor, le repliqué:

—¿Y no le importan a usted los sentimientos de su hija?

Él negó con la cabeza.

—Hasta ahora he accedido siempre a todos sus deseos. No me opuse a que estudiara ni a que probara a trabajar en un ramo que

no tiene nada que ver con mis negocios, pero el matrimonio es algo muy distinto porque implica a toda nuestra familia en su conjunto. Fujiko tiene que escoger como esposo a alguien que sea apropiado para convertirse en uno más de los Chen. Si liquidaras tu empresa, te instalaras aquí y adoptarás mi apellido, la cuestión sería diferente. En ese caso, te acogeré de buen grado.

Dicho esto se puso en pie, como dando a entender que no había más que hablar. Puso un disco y el sonido de una sonata para piano inundó la biblioteca. Yo también me levanté y, tras hacerle una reverencia, salí al pasillo.

Mi futura esposa me estaba esperando allí. Para mi sorpresa, se había cambiado el vestido por una ropa mucho más informal, como si fuera a salir de viaje. Me cogió de la mano y me llevó fuera de la casa, donde nos encontramos a Jimmy, esta vez al volante de un coche mucho menos lujoso.

En cuanto subimos, ella se volvió hacia mí y me dijo:

—Me voy contigo a Japón. —Me tapó la boca con un beso y después continuó—: Jimmy ha accedido a llevarnos, pero dice que le da reparo utilizar el coche de papá para que huyamos y ha traído el suyo.

Avanzamos en medio de la oscuridad por aquella carretera privada hasta llegar a la línea de costa. La luna brillaba en lo alto. Jimmy se volvió un instante para mirarla y murmuró algo.

—Jimmy ha dicho que mi padre puede oponerse, pero que la luna nos da su bendición —tradujo Fujiko.

Para el viaje a Japón decidí que viajaríamos en primera clase. Tocaba echar la casa por la ventana.

Más adelante me enteré de que en el hogar de los Chen se había armado un auténtico revuelo al saberse que mi futura esposa había huido conmigo. Aunque, al parecer, el señor Chen mantuvo cierta calma y decía a los demás: «Dejémoslo estar.» Quizá pensaba que tarde o temprano ella regresaría.

El viaje fue realmente lujoso y agradable, en un ambiente donde se exigía ir de traje para cenar. De hecho, muchas veces he pensado que fue la vez en que mejor traté a mi mujer. En cuanto llegamos a Japón, no hice más que pedirle que me ayudara en el trabajo. Su sangre de familia de comerciantes, su conocimiento de idiomas y, en general, su educación resultaron de muchísima ayuda. Entonces, le pedí que se encargara de centralizar todo lo relativo a las ventas para Asia. Así, nuestro vínculo se iría convirtiendo poco a poco en una relación de un jefe con su subordinada, más que de marido y mujer.

A pesar de todo, como al fin y al cabo éramos jóvenes, al año siguiente nació nuestra primera hija, y el siguiente, la segunda. Pero el señor Chen tenía razón: yo no tenía ni idea de cómo ser ni un buen padre ni un buen esposo. Con Fujiko, sólo hablaba de negocios, y con mis hijas no sabía ni de qué hablar.

Pese a todo, Fujiko jamás se quejó, se encargó de las niñas prácticamente sola y siguió ayudándome en el negocio. Y lo cierto es que, en aquella época, ganamos muchísimo dinero. Incluso nos permitimos una niñera y una mujer que ayudaba en las tareas domésticas.

—Vaya —comentó Ken—. Es como una historia de éxito familiar en una época de rápido crecimiento económico combinada con un romance juvenil. Pero después de tantos esfuerzos, ¿por qué te separaste de tu mujer? ¡Si hasta os escapasteis juntos!

—Pues la verdad... lo he pensado mucho, y creo que se me hizo muy duro tener por esposa a una mujer tan extraordinaria siendo yo un tipo tan descuidado.

Lo cierto es que no me ocupaba en absoluto de mi familia y en la oficina pedía lo imposible. Al final, mi esposa descubrió que le estaba prestando más atención de lo debido a otra mujer, después de ocho años de casados. Pero no dijo nada. Seguía comportándose como siempre, sonriente, tanto en la oficina como en casa, y esa actitud me dolía.

Acabé por pedirle el divorcio cuando nuestra hija pequeña empezó la primaria. Al principio se resistió, pero en cuanto nos hicimos la foto de familia en la ceremonia de ingreso de la escuela, firmó los papeles.

Entonces, mi mujer dejó la empresa, lo que suponía un gran problema para mí, ya que ella ocupaba un cargo directivo como máximo responsable de todos los negocios con Asia, con unos cien empleados a su cargo.

El día de su dimisión me cayeron mil reproches por parte de directivos y empleados. Alguno incluso llegó a decirme que era yo quien tendría que haberse ido. Y no podía replicar, porque tenían razón.

En aquella época yo tenía treinta y ocho años y el divorcio me resultó muy doloroso, como es lógico. Me había prometido que no volvería a casarme, pero lo hice apenas dos años después con una mujer llamada Ran. Sí, dos nombres con *kanji* de flor: Fujiko, «glicinia» y Ran, «orquídea». Si la primera era tres años más joven que yo, con Ran la diferencia era aún mayor, de doce años.

Como había aprendido la lección con Fujiko, no permití que Ran tuviera nada que ver con la empresa, así que los empleados la llamaban simplemente «señora»: les costaba tratarla con la misma categoría que a Fujiko, aunque entiendo que estuvieran aún resentidos y quisieran demostrarlo.

Lo supe bastante después porque me lo contó Ran, pero, por lo visto, un poco antes de que nos casáramos, Fujiko se tomó la molestia de ir a verla.

—Sho es buena persona, pero quizá demasiado cariñoso con todos. Vaya, que se deja engatusar por las mujeres. Por supuesto es un empresario muy capacitado y sabe hacer dinero, pero como esposo y como padre es de lo peor. ¿Seguro que quieres casarte con alguien así?

Según Ran, Fujiko le soltó aquello en cuanto se conocieron. Y cuando comprobó que, a pesar de todo, Ran estaba firmemente decidida, le dijo:

—Perfecto, pues entonces enhorabuena.

Y al parecer, acto seguido depositó frente a ella un sobre de felicitación con dinero. Además, con una cantidad sorprendentemente alta. Por lo visto, después dijo también lo siguiente:

—Si alguna vez necesitas ayuda, cuenta conmigo. Quiero que nos llevemos bien. Carezco de familia en Japón, así que, por favor, ¿te importaría que te tratase como si fueses mi hermana pequeña?

Aquella historia me dejó muy impresionado. Sin duda, Fujiko era una persona mucho más íntegra que yo. No creo que haya mucha gente capaz de hacer algo así.

A todo esto, mi primera esposa invirtió el dinero que le correspondió cuando hicimos el reparto de capital del divorcio en la compra de una pequeña empresa de maquillajes. Su modelo de negocio —cosméticos a base de componentes naturales y sin aditivos, fabricados y vendidos por mujeres— fue todo un éxito, y creció hasta convertirse en una de las pocas marcas japonesas conocidas a nivel mundial. Así que ahora puedo decir que mi mujer no sólo me superaba como persona, sino también como empresaria.

Decidido a no repetir el mismo error de mi primer matrimonio bajé un poco el ritmo de trabajo para poder estar en casa el mayor tiempo posible. Quizá por eso tuve dos hijas con Ran, con un año de diferencia. Me parecía sorprendente que todos mis descendientes fueran niñas, aunque tengo un amigo que siempre dice que los hombres que hacen sufrir a las mujeres sólo tienen niñas. Desde luego, no sería yo la mejor persona para refutar esa teoría.

Los primeros cinco años las cosas fueron bien. Parecía haber aprendido de mis errores. Sin embargo, la empresa no dejaba de crecer, por lo que llegó un momento que estaba ocupadísimo. Cuando no invitaba yo a cenar a los clientes, me invitaban ellos, y a menudo pasábamos después por los clubs nocturnos. Y así, cuando quise darme cuenta, a los cuarenta y siete años llegó mi segundo divorcio. Entonces se metió entremedias Fujiko, lo que me puso las

cosas muy difíciles. Aunque durante nuestro divorcio había conseguido mantener la sangre fría y contener la ira, ahora, a saber por qué, estaba totalmente enfurecida.

Me pidió que nos encontráramos en la recepción de un hotel, cerca de su empresa, donde me esperaba vestida con un traje de Chanel. Estaba espectacular, pero era como si tras ella ardiese una impresionante llamarada, por lo que daba miedo acercarse. En alguna otra ocasión, si le había llegado algún rumor sobre mí o sobre mi empresa, ya me había pedido que nos reuniéramos para leerme la cartilla, pero esta vez era otro nivel, y a pesar de que en la recepción del hotel tenían el aire acondicionado al máximo, podía sentir el sudor resbalando por mi espalda.

Por cierto que, con este segundo divorcio, si bien mis empleados ya se limitaban a darme por imposible, mis dos hijas mayores pasaron a mirarme con inusitada frialdad. Soy hijo único y, como los hermanos de mi primera mujer no viven en Japón, mis hijas tampoco tienen primos. Quizá por eso las hijas que tuve con Fujiko al parecer se relacionaban con las que tuve con Ran como si fueran primas.

En mi condición de doble divorciado, pasé a vivir con la sensación de tener que ir siempre arrastrándome pidiendo perdón, lo cual me empujó a vivir todavía más absorto en el trabajo mientras intentaba disfrutar de mi «vida de soltero». Hasta entonces me había ido bien, y como además eran también los tiempos de la burbuja económica, el negocio iba creciendo a una velocidad escalofriante, así que gastaba alegremente el dinero de la empresa, pero, como dice el refrán: «Cuando el barco va bien, aumentan los escollos.» El estallido de la burbuja económica sacudió mi empresa hasta los

cimientos y, pese a que la salud era una de las pocas cosas de las que aún podía presumir, caí enfermo y acabé en el hospital. Pero quizá eso salvó el negocio.

Debido a mi enfermedad, tuve que restringir el tiempo que dedicaba al trabajo, y dejé caer varias posibilidades de nuevas inversiones: complejos turísticos, campos de golf y una compra de explotaciones mineras en el extranjero, pues requerían unas cantidades muy fuertes. En aquel entonces, los bancos prestaban capital con mucha facilidad, y era muy sencillo endeudarse por cantidades que superaban varias veces el volumen de los beneficios anuales. Si uno lo piensa en frío, se da cuenta de lo anormal que resultaba todo aquello, pero en aquella época no sólo no se percataba nadie, sino que nadie quería hacerlo.

Mientras estuve hospitalizado, la burbuja terminó por reventar, y entonces el país se precipitó en lo que se ha llamado «los veinte» o «los treinta años perdidos». Gracias a que mi empresa no tuvo que cargar con deudas inasumibles, pudo continuar su negocio centrándose en la compraventa de artículos tangibles, que era la actividad que venía realizando desde hacía muchos años, y no tuve que despedir a nadie. Es más, como hubo otras empresas del ramo que fueron a la quiebra, sus clientes pasaron a pedirnos la continuidad de aquellas transacciones, con lo que nosotros no parábamos de crecer. Desde luego, nunca se sabe lo que puede terminar convirtiéndose en una bendición.

La enfermera que me atendió en aquel trance pasó a ser mi tercera esposa. Yo tenía cincuenta años. Su nombre era Jasmine. Después de Fujiko y Ran, ahora Jasmine. De nuevo me casaba con una mujer con nombre de flor, «jasmín».

Jasmine era una joven que había emigrado desde Filipinas para estudiar enfermería. Me la asignaron como enfermera porque podía comunicarme bien en inglés y ella apenas sabía japonés. Si lo piensas, no dejaba de ser absurdo, porque era yo, un paciente ya entrado en años, el que tenía que hacer el esfuerzo de hablar en inglés para aquella joven enfermera. Esa pintoresca relación se prolongó cerca de medio año. Al principio se reducía a las agarrotadas conversaciones entre enfermera y paciente, pero poco a poco se convirtió en una especie de amistad entre personas de edades muy diferentes que desembocó en amor.

Ella tenía veinticinco años menos que yo, la misma edad que mi hija mayor. Pensé que ahora sí me había ganado las miradas frías de mis cuatro hijas pero, inesperadamente, me felicitaron. Creo que Fujiko y Ran tuvieron algo que ver con eso.

Para distinguirlas cuando hablaba de ellas ante terceros, a Jasmine la denominaba como *wife*. Me pareció que sería también más cómodo para ella, dado que había nacido en Filipinas.

Y así fue como contraje terceras nupcias, pero, como era de temer, la vida matrimonial seguía sin ser lo mío y a los sesenta años me divorcié otra vez. En la negociación de las condiciones del divorcio, Fujiko y Ran se pusieron de parte de Jasmine y la apoyaron en todo, así que desde un primer momento enarbolé la bandera blanca. Había perdido de tal manera las ganas de luchar, que hasta mi abogado me dijo hastiado: «Tampoco hay que ceder hasta ese punto en todas las peticiones de la contraparte...»

Aun en el caso de que tuviera que quedarme con las manos vacías, quería quitarme el problema de encima cuanto antes. Fue

entonces cuando tomé la firme decisión de no volver a casarme nunca más, pasara lo que pasase.

—Perdón por llegar tan tarde... —dijo una voz muy agradable. Se oían pasos en la escalera.

Ken y yo supimos enseguida de quién se trataba.

—Vaya, Ryoko. ¿Qué tal?

Por lo visto, había subido para traernos una taza de café.

—Ah, Ryoko, muchísimas gracias. ¿Puedes quedarte a hacer un descanso con nosotros? —dijo Ken.

—Claro. Hagamos una pausa.

Me levanté y me estiré. Después de dejar la cesta de mimbre y el termo sobre una mesa, Ryoko se acercó a mí con una reverencia:

—Sho, lamento mucho la pérdida que has sufrido. Mi más sentido pésame.

Me puse de pie y correspondí.

—Gracias, Ryoko.

Entonces, ella se dirigió a Ken.

—¿Dónde sirvo esto?

—Ah, gracias, gracias, ponlo aquí, por favor —repuso él dirigiéndose hacia el cuartito con el suelo cubierto de esteras de *tatami*.

—De acuerdo.

Ryoko dejó la cesta en la esquina de una de las esteras y sacó de la base de aquella tarima una mesita plegable y unos cojines.

—Te ayudo —dijo Ken cogiendo la mesita.

Después, abrió las patas de la mesita y la colocó sobre las esteras de *tatami*. Al ver lo bien que se complementaban, un sentimiento de paz inundó mi espíritu.

Ryoko dispuso los cojines y colocó un impoluto mantel blanco sobre la mesita. Uno tras otro iba colocando el platillo con su correspondiente taza, un plato mediano y al lado un tenedor, un frasco con azúcar y una jarra de leche, ambos diminutos y hasta un servilletero bien surtido. Luego, puso una toallita húmeda sobre un plato metálico a medida. Era como si estuviera reconstruyendo a domicilio la atmósfera de la cafetería Hohozue.

Cuando dispuso el termo y la cestita junto al cojín situado enfrente del que corresponde al cliente principal, Ryoko se bajó de la tarima.

—Como veréis —continuó Ryoko—, no sólo he traído café. —Se dirigió a mí—: Mi padre, que te conoce bien, ha pensado que seguro que no has comido nada y te has dedicado sólo a beber alcohol. Bueno, estaré abajo atendiendo la papelería. Por favor, Ken, échale una mano a Sho en todo lo que puedas.

—De acuerdo. Gracias —contestó el aludido.

Hice una nueva reverencia a Ryoko volviéndome a poner firme.

—Gracias. Lo degustaré como es debido. Dale saludos al jefe de mi parte.

—Ah, por cierto, pásate cuando puedas por la cafetería para ver a mi padre.

—Claro que sí, aunque al jefe ya lo veo en Yushima —contesté.

Hice un gesto imitando el golpe a una bola de billar. En Yushima hay un salón de billar que solemos frecuentar.

—Sí, eso parece. Cuando tenemos poca clientela, porque hace mal tiempo o por lo que sea, nos dice «Salgo un momento» y se pasa medio día fuera. Me imaginaba que se iba al billar, y ya veo que no me equivocaba, ¿eh? En fin... hasta luego.

Tras despedirse, Ryoko bajó la escalera.

En cuanto desapareció, me senté en el borde de la tarima, me quité los zapatos y me acomodé en uno de los cojines. Me sentía mucho más relajado que antes.

—Hoy vengo como cliente, así que perdonarás que ocupe el asiento principal —me excusé sentándome el primero en el cojín del fondo.

Una vez que Ken se sentó en el suyo, continué hablando.

—A todo esto, ¿hasta cuándo piensas seguir ignorando a Ryoko?

Llevaba tiempo dándole vueltas al asunto, y al parecer lo pillé con la guardia baja. Tardó unos segundos en contestar.

—¿Ignorar qué? Ryoko no es más que una amiga mía de la infancia.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, Ryoko es una chica muy atractiva con no pocos pretendientes, según me dice su padre. Ten cuidado, no vaya a ser que, cuando te des cuenta, te la hayan quitado delante de las narices.

No fui muy diplomático en aquel momento, pero me salió así.

—Ya...

Ken abrió la cajita que Ryoko había dejado encima de la mesa. Dentro había un bollo y un buñuelo, ambos rellenos de crema, y un par de flanes con caramelo.

—Uy, qué pinta tiene eso...

Me salió del alma. Era un gesto entrañable del dueño de la cafetería Hohozue.

—Sho, tú eres más de bollos, ¿verdad? ¿O prefieres el buñuelo, para variar?

—El buñuelo parece delicioso, pero repetiré con el bollo —dije.

Entonces me di cuenta de la habilidad con que Ken había cambiado de tema. Volví a la carga:

—Oye, volviendo a lo de antes, creo que si te decides por Ryoko me dejarías más tranquilo. Sería un apoyo para ti. Ya imagino que no te hace gracia que te dé la lata con ello, pero deberías pensarlo en serio.

Ken asintió y alargó hacia mí el plato con el bollo. Lo cogí, le di un mordisco, y después tomé un sorbo de café.

Durante un tiempo permanecimos ambos en silencio, bebiendo el café y comiendo los pasteles. Luego, reconfortado, retomé la palabra.

—Oye, Ken, ¿te parece que, si digo lo que suele decirse en los funerales, estaría muy mal?

Ken pareció sorprenderse y noté su mirada clavada en mí.

—Es que me he dado cuenta de que, si me pongo demasiado emotivo, no sólo me va a dar vergüenza, sino que puede que ofenda a mi segunda y a mi tercera esposas o a mis hijas, que estarán allí. Perdona que te haya hecho perder el tiempo de este modo, pero creo que bastará con unas cuantas frases hechas.

—No te preocupes por mi tiempo, pero ¿estás seguro de que prefieres un texto así?

—Sí —contesté de forma escueta.

Me sorprendió lo débil que sonaba mi propia voz.

Ken parecía confundido, pero un instante después se levantó y fue a por el portátil.

—A ver... normalmente se empieza con una frase como: «Tú, X, que has emprendido el último viaje dejándonos atrás...» Echemos un ojo en internet.

Acto seguido, me mostró varios ejemplos.

Estuvimos un rato leyendo algunos ejemplos y por fin escogimos dos que no eran ni demasiado adustos ni demasiado informales. Le pedí a Ken que redactase un texto que mezclase un poco ambos estilos.

—¿En serio quieres un texto así? —insistió él—. Puedo hacer algunos arreglos. Contar algo de cómo os conocisteis en Singapur, que es una historia muy romántica.

—Deja, deja... es que... no me siento capaz de leer nada parecido teniendo delante el rostro enmarcado en negro de Fujiko. Por favor, haz que me pongan signos fonéticos junto a cada ideograma y que el texto esté escrito en tamaño bien grande. No quiero tener que andar poniéndome y quitándome las gafas delante del micrófono.

Forcé una sonrisa. Sospecho que quizá distorsionó de un modo anormal mi expresión y la hizo todavía más tétrica.

—Entendido. Pues voy a hablar con la compañía de calígrafos con la que solemos trabajar, Cola de Caballo. Ya han realizado pedidos tuyos antes, así que podríamos conseguir que el mismo profesional de otras veces se ponga con esto ahora. Puedes estar tranquilo porque son muy cuidadosos.

—Sí, por favor, diles que no hagan demasiadas filigranas con los caracteres, que los escriban en estilo *kaisho* ordinario.

Me acordaba de una vez en que me designaron consejero jefe de un consorcio y el calígrafo escribió mi discurso de agradecimiento en una letra de un diseño tan bello y original que me costó muchísimo leerlo. No había ninguna marca de pronunciación en los ideogramas difíciles, y recuerdo que me pasé todo el rato titubeando y muerto de vergüenza.

—A la orden.

—Como no quiero que luego con el trajín se me olvide, te pago ahora mismo, por adelantado, ¿te parece?

Saqué el monedero del bolsillo interior de mi chaqueta.

Ken negó con la cabeza.

—No, no te preocupes. Será un texto corto, así que no costará casi nada. Ya me lo pagarás otro día que vengas.

—¿De veras?

—Por supuesto, no te preocupes. A ellos les pagaré antes, claro, puedes estar tranquilo. Imagino que eso es lo que más te preocupaba, pero la Papelería Shihodo se puede permitir adelantar esa pequeña cantidad.

—Así que te acuerdas, ¿eh?

Cuando mi empresa era pequeña, a menudo lo pasé mal por los retrasos en los pagos de los clientes, por lo que cuando me tocaba pagar a mí, me esforzaba por entregar la cantidad en efectivo y lo más rápido que fuera posible.

Mi confianza en Ken se reforzó todavía más al ver que recordaba esa clase de detalles.

—Muchas gracias, Ken. Entonces lo dejo en tus manos.

—Como yo también iré mañana al funeral, te entregaré el documento en mano. ¿Te bastará con que llegue una media hora

antes?

—Si va a ser tan breve como dices —respondí—, no hace falta que te molestes tanto. Con que llegues cinco o diez minutos antes será suficiente.

—Como tú digas.

Me bebí el café que quedaba y volví a ponerme los zapatos.

—No me digas que vas a irte de copas esta noche, ¿eh? —sonó la voz de Ken a mis espaldas.

—Pues... no estoy seguro, pero ahora que lo dices, creo que iré al Fumi a ver a esa chica, Yuri.

Apenas unas semanas antes, Ken me había llamado de repente preguntándome si tenía los datos de Mamá Fumi.

—Ah, sí, lo del otro día. Gracias a ti se solucionó aquel asunto...

—¿Lo ves? Que yo frecuente esos locales no ha resultado del todo inútil.

—Pues sí, aunque...

Ante su cara de preocupación no pude evitar estallar en una carcajada.

—No pasa nada, hombre. Tal como me encuentro hoy, me iré directo a casa. Haré tiempo dándome un baño o lo que sea y me acostaré pronto.

—Sí, mejor así. Y llévate el flan. Imagino que no tendrás nada más que alcohol y té en casa, ¿no?

—De acuerdo, gracias. Los flanes del Hohozue combinan muy bien con el coñac.

—Cierto, pero esta noche tienes prohibido beber demasiado. Ya sabes que mañana tienes una tarea muy importante que hacer.

Asentí dócilmente y emprendí el camino de regreso a casa.

Cuando terminé de bañarme, me comí el flan dando sorbitos a una copa de coñac y enseguida me fui a la cama pero, a pesar del cansancio, no conseguí quedarme dormido.

Ya cerca de las doce de la noche, me levanté y empecé a poner discos antiguos mientras miraba por la ventana. Mi apartamento está en un tercer piso, así que puedo ver muy bien a la gente que camina por la calle.

Una pareja de jóvenes pasó por ahí. Iban cogidos de las manos y riendo. Dejé escapar un suspiro, cerré las cortinas y regresé hacia el centro de la habitación.

La música de Bill Evans inundaba aquel cuarto desangelado y sin decoración alguna, ni siquiera un cuadro o una flor. Pero de pronto mis ojos tropezaron con una tarjeta postal que yo mismo había colocado en una estantería. Era de los tiempos en que Fujiko y yo acabábamos de casarnos, y nos la habían hecho por encargo en la ciudad de Kamakura, al sur de Tokio. La encontré por casualidad al mudarme a esa casa y me entró tanta nostalgia que la había puesto en aquella estantería.

—Mira, vamos a pedir que nos hagan una foto.

En aquella época, en la mayoría de los lugares turísticos había fotógrafos ambulantes que se ofrecían a hacerte fotos y a enviártelas por correo una vez reveladas.

—Una foto la puedo hacer yo mismo, mujer: nuestra cámara tiene disparador automático.

Pero Fujiko negó con la cabeza.

—No, no. Lee bien el cartel. ¿No ves que dice que pueden convertir la foto en tarjeta postal? Me vine a Japón huyendo y sin avisar a nadie, ni a mis amigas ni a la gente que me había ayudado en un momento u otro. Me gustaría al menos enviarles una postal para anunciarles nuestra boda.

Por eso encargamos aquella tarjeta postal.

En la imagen se veía a Fujiko con un vestido de lunares y a mí con un traje de lino de tres piezas y un sombrero canotier en la mano. A pesar de que era en blanco y negro, me acordaba de un modo muy vívido del deslumbrante azul de su vestido. Sin duda habíamos pedido muchas copias, pero sólo quedaba ésa. La cogí y me tumbé en la cama sosteniéndola contra el pecho.

—Perdón por la espera. ¿Estás listo?

Ken apareció en el tanatorio a las diez menos cinco. Sacó de un sobre las hojas con mi discurso y me las entregó.

—Lamento las molestias —le dije y, tras hacerle una reverencia, me guardé los papeles en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No hay de qué —respondió, y se fue a sentar en una de las filas traseras.

Me pareció un poco extraño que se retirara tan rápido, sin comentar nada.

Cuando el monje terminó su responso, llegó la hora de leer mi discurso. Me abroché la chaqueta y procuré enderezar la espalda para lucir lo más formal posible.

—A continuación —dijo el encargado de la funeraria—, y según los deseos de nuestra querida difunta, escuchemos las palabras del señor Shotaro Minatogawa, quien la conoció desde su juventud.

Me dirigí hacia el micrófono, que estaba sobre una base delante del altar. Por el camino, fui haciendo reverencias en dirección a mis hijas y a otros familiares y allegados. Mi hija me había dicho que sería un funeral íntimo, pero calculo que debía de haber más de doscientas personas. Fujiko llevaba diez años apartada del mundo de los negocios, pero estaba claro que sus colegas y clientes no la habían olvidado.

Desde detrás del micrófono podía ver una enorme foto de Fujiko, adornada con crespones negros. Desde luego, la había visto ya al entrar, pero tenerla delante me causó una gran tensión.

Saqué las hojas que tenía en el bolsillo y empecé a leer:

—«Palabras de despedida...»

Pero entonces me quedé de piedra.

Fuera de ese título, el papel estaba en blanco, y llevaba adherido un gran pósit escrito con la letra de Ken:

Sho:

Perdóname, pero he llegado a la conclusión de que unas cuantas frases hechas ni casan con tu carácter ni le gustarían a tu primera esposa. Por favor, despídete de ella con tus propias palabras.

Ken

—Me la ha jugado —murmuré.

Aquel murmullo fue lo único concreto que recuerdo de mi alocución. Pero sí que recuerdo que mientras hablaba empecé a llorar sin consuelo.

Cuando terminó de ofrendar incienso, Ken pasó a mi lado. Fue sólo un instante, apenas lo suficiente para susurrarme «perdóname» al oído. Yo habría querido soltarle algún comentario sarcástico, pero aún no había recuperado la voz después de tanto llorar.

Los empleados de la funeraria repartieron las flores e iniciaron los preparativos para la salida del féretro, cuyo interior se vio atestado de flores, dejando visible sólo el rostro de mi esposa. Entonces mi hija se me acercó.

—Oye, papá, ¿podemos hablar un momento? —me dijo tirándome de la manga. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y una lata de galletas o de dulces en las manos—. Lo que has dicho ha sido muy conmovedor —me aseguró—. Es la primera vez que te he oído expresar lo que sentías por ella. No sabía que hubierais huido juntos... Comprender que os casasteis muy enamorados y que nosotras nacimos gracias a ello me ha hecho llorar mucho.

—Entiendo, hija...

Me hubiera gustado decirle algo más, pero no se me ocurrió qué.

—¿Sabes? —continuó—. Siempre había pensado que tú querías más a Ran y a Jasmine que a mamá. Pero ahora sé que me equivocaba. Que la habías querido mucho. Ha sido una alegría.

—Ya...

—Mira. —Alzó a la altura de mis ojos la lata que tenía en las manos—. Mi madre me pidió en el hospital que la buscara y me dijo

que era el encargo más importante que me hacía. ¿Sabes qué es?

—Pues no... ¿qué?

—La tenía guardada en el fondo del armario de su habitación. Me costó mucho encontrarla, pero cuando se la llevé se puso feliz... Casi me molestó, porque le habíamos llenado la habitación de flores y ella se alegraba más por una lata vieja.

Miré la lata de hito en hito, pero no recordaba haberla visto antes.

—Le pregunté qué era y se sonrojó. Entonces me mostró lo que contenía y me dijo: «Es mi tesoro.»

Ladeé la cabeza confuso, sin la menor idea de lo que podría ser.

—Anda, ábrela —pidió mi hija poniéndome la lata en las manos.

Cuando la abrí, encontré las postales que le había enviado durante meses... Desde las primeras, que le envié desde Ho Chi Minh, Macao y Hong Kong hasta las del puente Nijubashi del Palacio Imperial, la estación central de Tokio y otras más, como las del Pabellón Dorado, el templo sintoísta de Yasaka y unas aprendices de geisha, sin olvidar las de Hokkaido, con la torre del reloj y la estatua del doctor Clark, así como una de Hakata, otra del remolino de Naruto, el barrio chino y la mansión Gruber de Nagasaki, el Gran Buda de Nara, el paisaje nocturno de Kobe...

—Me dijo que se las enviaste a Singapur antes de que os casarais y que las guardaba desde entonces. ¿Te acuerdas de cuántas fueron?

Negué con la cabeza en silencio.

—Pues al parecer, noventa y nueve. Y sumando la de la foto que os hicisteis en Kamakura y que usó para anunciar su boda, hacen justo cien. Por lo visto, en eso consistía su tesoro.

Me tomó de los hombros y, mirándome a los ojos, añadió:

—Anda, pónselas a mamá en el pecho. Estoy segura de que le gustaría llevárselas al otro mundo.

Me daba cuenta de que los asistentes que quedaban nos estaban mirando con simpatía. Asentí en silencio y me acerqué al féretro.

El rostro de mi mujer lucía una expresión de placidez y estaba tan hermosa como la primera vez que la había visto, en la floristería del hotel. Con manos temblorosas, puse las postales sobre su pecho. Se me caían encima gruesos goterones de lágrimas, pero, como escribí las tarjetas con rotulador de base de aceite para que no se borrara el texto en su largo recorrido a través de los mares, aquellas letras resistían impertérritas al nuevo embate.

Dejé la tarjeta con la foto de Kamakura para el final. Ésa la coloqué muy despacio, sosteniéndola con ambas manos. Quizá fuera porque tenía la vista borrosa de tanto llorar, pero me pareció que mi mujer sonreía.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte allí?

—Sí, vas a acabar cogiendo un resfriado.

Eran las voces de Ran y de Jasmine a mis espaldas. Abrí los ojos y vi que seguía de pie frente a la puerta del crematorio.

—No os preocupéis. Dejadme tranquilo —les contesté malhumorado.

—Pero ¿qué dices? Si ya has llorado por toda una vida. Tienes la garganta tan reseca que ni se entiende lo que dices —replicó Ran.

—Y yo tengo que hablar contigo. No quiero faltarle al respeto a Fujiko, ahora que ha muerto, pero me parece muy mal que a mí

nunca me hayas mandado una postal —dijo Jasmine bromeando para sacarme de mi ensimismamiento.

—Ahora que lo dices, a mí tampoco me envió ninguna —intervino Ran con una sonrisa—. Aunque pienso hacer que me pague ese desaire encargándose de hablar en mi funeral: es una gran cosa que tu ex marido llore a mares mientras habla sobre los tiempos en que estabais casados. No te perdonaré que te mueras antes.

Me dio un pellizco en la mejilla.

—Eh, ¿por qué me pellizcas? —me quejé.

—¡Cállate! Lo he hecho en nombre de Fujiko. Realmente eres tonto perdido.

—Bien dicho, Ran.

Me abrazaron cada una por un lado.

—¡Fujiko! Tendrías que estar aquí. Te echamos de menos —murmuró Ran.

Entonces, ambas se echaron a llorar y yo pasé un rato dándoles palmadas en la espalda y tratando de calmarlas.

—¿Os sentís mejor ya?

Ambas asintieron.

—Ya me he desahogado —dijo Ran.

Jasmine hizo un gesto afirmativo con la cabeza y, de pronto, se echó a reír.

—Ran, se te ha corrido todo el maquillaje —advirtió.

—¿Y tú me lo dices? ¡Pero si tu cara está hecha un poema!

Se señalaron el rostro mutuamente y estallaron en carcajadas. Arrastrado por ellas, me eché a reír yo también. Quizá Fujiko hacía lo mismo de camino hacia el paraíso.

—Bueno, volvamos con el resto de la gente. Como tengamos que guardar cama por haber estado mucho tiempo en un sitio tan frío, Fujiko se enfadará.

—Eso, eso. Venga.

Eché a andar hacia el salón flanqueado por Ran a un lado y Jasmine al otro, que tiraban de mí.

Pocos días antes de Navidad, una carta certificada llegó a la Papelería Shihodo.

—¡Feliz Navidad! —saludó sonriente el cartero tendiéndosela a Ken Takarada.

—Lo mismo digo. Veo que te ha tocado ayudar a Papá Noel este año —contestó él también sonriente.

—Claro, y en el Año Nuevo me tocará imitar la danza de los leones.

Ambos rieron y el cartero siguió su camino.

Cuando vio el nombre del remitente, Ken puso cara de extrañeza. Fue a por un abrecartas y abrió el sobre.

Dentro había otro sobre más pequeño con la palabra REGALO escrita en él, además de una carta manuscrita con una letra muy cuidada:

Estimado Ken:

Permíteme que vaya al grano: muchas gracias por lo que hiciste el otro día. Cuando desplegué la hoja con el discurso, lo primero que pensé fue «ya me la ha jugado», pero a la vista de los resultados sería un tonto si te hago reproches, en vez de darte las gracias.

La verdad, creo que fue un discurso espantoso, dado que tuve que improvisarlo de cabo a rabo, pero gracias a eso pude despedirme como es debido de mi mujer. Mucha gente, empezando por mis hijas, me dijo luego que los había conmovido.

Te adjunto un regalo, en parte como agradecimiento y en parte para devolverte la pelota. Acéptalo con una sonrisa y úsalo, por favor.

Como sabes, me casé en tres ocasiones y, aunque me divorcié otras tres, estoy convencido de que el matrimonio es una buena cosa. Creo que deberías probarlo, al menos una vez.

El divorcio, en cambio, no te lo recomiendo.

Imagino que en esta época, con tantas fiestas y regalos, estarás muy ocupado, pero en cuanto puedas hazme el favor de llevarte de viaje a Ryoko a algún lugar bonito. Si necesitas a alguien que se quede atendiendo la papelería, yo me ofrezco. Queda mal que lo diga, pero es un hecho que soy mucho mejor vendedor que tú.

No está bien que demos por sentado que la gente querida va a estar siempre cerca de nosotros, y sabes bien que hablo con conocimiento de causa. Si no abrazas con fuerza a la persona que quieres, termina por marcharse a alguna parte. Y, por encima de todo, no hay que huir como lo he hecho yo durante toda mi vida. Te lo dice alguien que ha cometido el mismo error tres veces. Es imposible que me equivoque.

Cuídate del frío. Nos vemos pronto.

Atentamente,

Sho

El sobre más pequeño contenía unos vales para alojamiento en hoteles por un total de cien mil yenes y un papel a modo de folleto, obviamente hecho a mano, donde ponía: «¡La selección de recomendaciones Sho! Los mejores lugares donde alojarse en la región de Kanto y alrededores.»

Ken meneó la cabeza esbozando una sonrisa.

—Este Sho es un metomentodo, pero hay que agradecerle la intención —susurró.

En ese momento entraba Ryoko.

—Oye, Ken, me acaba de llegar esto de Sho...

Traía en la mano un sobre muy parecido al de Ken.

—¿Y qué venía allí dentro?

—Unos vales de transporte por valor de cien mil yenes. Pone que pueden usarse para billetes de avión, barco, tren, autobús e incluso para taxis.

Ken ladeó la cabeza y se quedó pensativo unos segundos. Después, sonrió levemente.

—A mí me ha mandado esto: son vales para alojamiento por el mismo valor, cien mil yenes.

—Caramba —dijo Ryoko mientras observaba los vales—. ¿Crees que es correcto que los aceptemos?

—Pues... creo que ya que se ha tomado la molestia...

Al escuchar la respuesta de Ken, Ryoko sonrió de oreja a oreja y sacó su teléfono móvil.

—¿Dónde crees que podríamos ir? Bueno, antes de eso, ¿puedes cerrar la tienda?

En un rincón del barrio tokiota de Ginza se halla la Papelería Shihodo, donde unos viejos amigos se disponen a acortar poco a poco la distancia que los separa. La atmósfera del interior de la tienda parece estar saturada de la calidez de quienes miran con cariño cómo evoluciona la relación entre ambos.

Los blocs de notas

—Ya hemos fijado las instalaciones de la cocina. Con eso, hemos acabado. El equipo de limpieza vendrá por la tarde, echaremos un último vistazo para comprobar que todo esté en orden y el local estará listo mañana por la mañana, tal como habíamos quedado —dijo el jefe de obras.

—Perdone que le haya pedido tantos imposibles —me disculpé haciendo una reverencia.

—Bueno, no le voy a decir que ha sido fácil —repuso él riendo—, pero al mismo tiempo le agradezco que haya estado tan pendiente de nuestro trabajo. Ha sido laborioso pero agradable. Casi me da pena que hayamos terminado.

Era un local pequeño, sólo con una barra y ocho taburetes; sin embargo, era mi primer «castillo», así que había estado atento a los más mínimos detalles. Aun así, como no contaba con ningún patrocinador, mi capital era limitado y el jefe de obras había tenido que echar mano de ingenio para atender mis peticiones sin salirse del presupuesto. Me sabía mal haberle complicado las cosas de esa manera. Había procurado llevarles bollos y bebidas a los operarios cada vez que aparecía por ahí, pero eso por supuesto no bastaba. «Debería invitarlos algún día cuando haya abierto», pensé.

Sé muy bien que cada minuto que el cliente pasa en una obra es un incordio para los trabajadores, así que me despedí haciendo una reverencia y enfilé hacia la puerta. El encargado me correspondió agitando la mano.

Cuando salí a la calle, pasaban de las dos de la tarde, una hora en que incluso los establecimientos que servían comida habían cerrado para descansar un rato hasta que llegara el momento de volver a abrir para la cena, por lo que había poca gente por la calle. Saqué del bolsillo mi bloc de notas Rhodia y le eché una ojeada a mi lista de pendientes. Casi todos los trámites previos a la inauguración estaban resueltos. Los había ido tachando según se resolvían y sólo quedaba uno sin tachar.

Tras comprobarlo, cerré el bloc y me lo volví a guardar. Saqué el móvil y llamé a un número al que ya había telefoneado muchas veces en los últimos días. El timbre sonó apenas tres veces.

—Papelería Shihodo, dígame.

Era el propietario, Ken Takarada.

—Hola, soy Fuda. Les había encargado unos trabajos de impresión y rotulación a mano...

—Buenas tardes, señor Fuda —contestó el señor Takarada con cierta sorpresa en la voz.

—Disculpe que lo llame antes de lo convenido. ¿Cómo va lo mío? Sería fabuloso si pudiera pasarme dentro de un rato a revisarlo y recogerlo.

—Sí, por supuesto. Su pedido acaba de llegar, así que puede venir cuando quiera.

Sentí un gran alivio ante aquella respuesta. Me despedí, eché a andar camino de la papelería y poco después ya estaba bajo la hilera de sauces. Allí, delante de un buzón rojo y redondo, estaba la puerta.

—Y Tatsuo Wanno... Éste es el último nombre de la lista que nos dio —dijo Ken Takarada, que estaba sentado a mi derecha, y me pasó el único sobre que quedaba.

Comparé el nombre y la dirección con mi lista y todo estaba correcto.

—Sí, está correcto —repuse entregándole a mi vez el sobre a la mujer sentada a mi izquierda. Ella, con mano experta, lo cerró con pegamento y procedió a ponerle un sello con el ideograma alusivo a las felicitaciones.

Eran los anuncios de la apertura del local.

—Disculpe la molestia del trámite y gracias por confiar en nosotros —respondió el señor Takarada poniéndose de pie.

—No, no. Sé que ha sido una impertinencia haberles pedido que comprobáramos una vez más que todo estuviera correcto. Son unos auténticos profesionales. La letra es preciosa y no hay ni un solo error. Es maravilloso. Un trabajo admirable.

Lo que decía era la pura verdad. Hasta entonces, cuando me había encargado de las gestiones para anunciar la inauguración de otros restaurantes donde había trabajado, siempre me había encontrado errores. Entre cien sobres era normal encontrar uno o dos con alguna falta. Aunque pedía que pusieran especial cuidado, tenía que estar encima. Ahora que se trataba de mi propio local, un amigo guionista y programador de televisión, que era fan de mi cocina, se ofreció a apoyar el proyecto y me recomendó la Papelería Shihodo diciéndome que era un negocio de gran solera. Por lo visto, la papelería llevaba abierta desde 1834, una fecha bastante próxima a aquel año de 1824 en que Hanaya Yohei, considerado el padre del *nigiri sushi*, había abierto su primer negocio.

La primera vez que fui a la papelería estaba nervioso porque pensaba que al ser un negocio antiguo, me atendería un anciano; sin embargo, el propietario era más bien joven, como de unos treinta y cinco años. Me dijo que se llamaba Ken Takarada, y especificó que «Ken» se escribía con el ideograma para «moleta».

Al principio desconfié un poco, pero respondía con detalle a todas las cuestiones que le planteaba y cuando veía algo difícil me lo decía tal cual. El presupuesto era honesto y la fecha de entrega prevista también correspondía a lo que le pedía. Según me contó, el edificio actual había sido construido en 1932, y tenía una imprenta antigua en el sótano, pero cuando vio el anuncio que quería para la inauguración me confesó con total sinceridad que no podía hacerlo, y que le encargaría el trabajo de impresión a un tercero, lo mismo que el de rotular a mano los sobres.

La mujer que estaba sentada a mi izquierda también se puso en pie y me hizo una reverencia.

—Le agradezco mucho que se haya tomado la molestia de revisar —afirmó.

Era la señora Kikuko Shirakawa, representante de la asociación de calígrafos Cola de Caballo que se había encargado de mi pedido. Tenía el pelo corto y completamente cano, y llevaba una blusa negra sin cuello, unos pantalones anchos del mismo color y unos zapatos de tacón bajo, así que más que la directora de una asociación de calígrafos, parecía una diseñadora o dibujante. De hecho, era una gran artista de la caligrafía *shodo*, además de ser capaz de tallar ideogramas en madera o piedra.

—Disculpe que parezca desconfiado. La próxima vez que les haga un encargo omitiré la revisión —contesté poniéndome en pie y

devolviendo la reverencia.

—Nada de eso —protestó la señora Shirakawa con una sonrisa—. Creo que siempre hay que revisar los trabajos que entregamos. Hay que considerar que para el cliente se trata de un encargo que sólo se da en raras ocasiones a lo largo de la vida. Por supuesto que nosotros también revisamos varias veces la tarea antes de la entrega, pero aun así nunca hay absoluta seguridad, así que es muy de agradecer que usted también lo haga. En cualquier caso, muchas gracias por habernos encargado el trabajo. A mi vuelta a la asociación pienso decirles a todos los miembros que han participado en el proyecto que el señor Fuda ha elogiado mucho su labor. Estoy segura de que se llevarán una gran alegría.

El señor Takarada, que presenciaba en silencio nuestra conversación, asintió enérgicamente y aprovechó la pausa para intervenir:

—Los trabajos que hacen los miembros de la asociación son siempre perfectos. Yo mismo me he acostumbrado a que jamás cometa un error, pero es algo de mucho mérito. ¿Les parece bien si compartimos un té? —propuso.

Al parecer, el segundo piso de la papelería donde nos reuníamos lo alquilaban para impartir talleres de grabado o de manualidades con papel, pero ese día lo teníamos para nosotros. En realidad, era la jornada de descanso semanal de la tienda, pero me atendieron de manera extraordinaria para que pudiéramos revisar el trabajo más tranquilos, según dijo el señor Takarada.

El segundo piso tenía el suelo entarimado y el centro de la sala estaba ocupado por seis mesas con ruedas que formaban un rectángulo hueco. Habíamos estado trabajando en una de las

esquinas del rectángulo, pero él nos invitó con un gesto a pasar a una especie de cuartito con el suelo algo elevado por una tarima y cubierto con esteras de *tatami* donde estaban dispuestos una mesita de té y unos cojines para sentarse.

—¡Oh, pero si son *dorayaki* de la pastelería Usagido! —exclamó la señora Shirakawa.

Su voz había sonado una octava más alta. En el trabajo era de lo más seria, pero una vez «fuera de servicio» se volvía encantadora. «Ojalá yo consiga envejecer con esa gracia», pensé.

—Ha sido la suerte —nos explicó el señor Takarada mientras vertía el té que había preparado en la tetera que usaba para servir—. Al pasar por delante vi que había poca gente y por eso pude comprarlos.

Usagido es una antigua tienda de dulces al estilo japonés que hay en el barrio de Nihonbashi, famosa por escoger muy bien sus ingredientes y hacer la producción de modo artesanal. Prorroga la tradición de los auténticos dulces que se sirven en las veladas de té, pero también otros de consumo ordinario, como los *dorayaki* o los *daifuku*. Y todos gozan de una gran popularidad por su suave textura y no ser demasiado dulces. En particular los *dorayaki*, que en el centro del bizcocho tienen una caricatura de un conejo saltando, son tan populares que se agotan antes del mediodía. De hecho, yo sólo los he podido probar en contadas ocasiones.

—El dueño fue compañero mío en el colegio, pero como me da un poco de reparo aprovecharme de su amistad para pedirle que me guarde algunos, siendo como es un producto tan popular, yo también llevaba tiempo sin probarlos.

—Sí, ¿verdad? Los sábados y domingos hay gente haciendo cola a la puerta antes de que abran. Y en la sala que tienen en el segundo piso, nunca hay sitio si quieres tomar algo dentro. Ah, ahora la llaman «Café», ¿no?

El señor Takarada asintió en silencio mientras servía el té en los vasos de cerámica y los colocaba en la mesa junto con los *dorayaki*.

—El edificio original de la pastelería lo derribaron y el actual lo construyeron hace cinco años, justo cuando hicimos aquí la obra para reforzar el inmueble contra terremotos. Antiguamente sólo había tres mesas, pero ahora, en el segundo piso, se pueden sentar unas treinta personas, si no me equivoco. Hay que reconocer que como comerciante me ha derrotado por completo.

La señora Shirakawa juntó las manos y dijo en voz baja: «*Itadakimasu.*» Yo seguí su ejemplo.

Al quitar la tapa del vaso de cerámica, el inconfundible aroma del té verde inundó la estancia. Tomé un sorbito y murmuré sin siquiera darme cuenta:

—Buenísimo...

El señor Takarada se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Menos mal que le ha gustado —dijo—. Usted es un profesional de la cocina, así que estaba nervioso. De hecho, me estaba arrepintiendo de no haberles ofrecido café o té inglés, porque ahí es más fácil disimular los errores.

—Es verdad —intervino la señora Shirakawa sonriendo también—. Pero para unos *dorayaki* tan buenos como éstos, la elección natural es el té verde.

—Pues siento haberle hecho tomarse tantas molestias por mí porque la verdad es que no sé mucho de té —afirmé—. Como

profesional de gastronomía, algo sí sé, pero en los restaurantes de *sushi* suele usarse té en polvo, así que con verter agua caliente encima es suficiente. Lo cierto es que no utilizamos variedades de una calidad como la que nos acaba de servir.

—Me parece haber visto en televisión que eso es porque ese té en polvo, si se sirve bien caliente, sirve para desengrasar el pescado, ¿es cierto? —preguntó la señora Shirakawa.

—Pues es verdad —repuse—. El té en polvo preparado con un colador y agua bien caliente es muy bajo en teanina y...

—¿Teanina? —preguntaron los otros dos a un tiempo.

Nos miramos los tres. Acababa de conocer a la señora Shirakawa y al señor Takarada sólo lo había visto dos o tres veces para tratar cuestiones relativas a mi encargo, así que no lo conocía más que desde hacía un par de meses. Sin embargo, me sentía muy a gusto con ellos. Sin duda, el hecho de compartir el trabajo, aunque fuera por un tiempo breve, ayudaba a que nos entiéramos bien. Eso sin contar con que ambos eran unos profesionales en sus respectivos campos, papelería y caligrafía.

—Sí —repuse—, es un aminoácido que aporta a los téis un sabor muy intenso. Los téis de mejor calidad, como el *sencha* y el *gyokuro*, contienen mucha teanina, y por eso son tan particulares...

—¿Y por qué es un problema el sabor intenso? —interrumpió la señora Shirakawa, que se había terminado su *dorayaki*.

—Sé que va a sonar raro, pero es que ese sabor constituye una molestia. Lo que los cocineros de *sushi* pedimos del té es que elimine los sabores que quedan en la boca. Un té fuerte lo conseguiría, desde luego, pero a cambio de dejar en la boca un fuerte sabor... a té. ¡Y eso es un problema! —concluí riendo.

—Qué curioso... —comentó el señor Takarada.

Era obvio que ambos eran muy buenos escuchando. Mientras me llevaba a la boca lo que quedaba del *dorayaki*, pensé que tenía que mejorar mis dotes de oyente para cuando me hablasen los clientes. Desde luego, aquel *dorayaki* mantenía un equilibrio nada fácil entre el bizcocho de fuera y la pasta de judías que lo envolvía. Permitía disfrutar de un sabor firme pero a la vez refrescante; era ligero, pero te dejaba satisfecho.

—El té también está bueno, pero es que el *dorayaki* es maravilloso. Se entiende que la pastelería donde lo venden esté siempre tan concurrida. Tengo la impresión de que combina lo mejor de la tradición japonesa y la occidental.

El señor Takarada asintió mientras le daba un sorbito a su té.

—Como le he dicho antes, el dueño fue mi compañero de escuela, y un día anunció que renunciaba a ir a la universidad para dedicarse de lleno a aprender idiomas y viajar por Europa. Digamos que hizo un largo viaje de estudios culinario, y le salió bien. Antiguamente, Usagido era una pastelería de estilo japonés corriente, pero ahora incluso tiene sucursales en París, Londres y Nueva York.

—Pues vaya un chaval. No es habitual tomar una decisión así siendo tan joven —dijo la señora Shirakawa con admiración.

Yo estaba de acuerdo. A los veinte años, vivía al día.

—Pues leí en una revista que usted también pasó una buena temporada en el extranjero, señor Fuda... —comentó el señor Takarada.

—¡Yo también lo leí! —dijo la señora Shirakawa—. Se llamaba algo así como «Un atípico cocinero de *sushi*», ¿no es cierto? Pero no ponía nada de dónde se formó...

Estuve a punto de escupir el té. Se trataba de unos artículos que habían aparecido en revistas gracias a mi amigo de la televisión, que se movió para promocionarme.

—Qué vergüenza —respondí—. La verdad es que lo mío no fue en realidad un viaje de estudios con una visión de futuro como la del dueño del Usagido. Fue más bien un vagabundeo y por eso no hay mayores detalles.

La señora Shirakawa echó un vistazo a su reloj y se levantó.

—¡Oh, qué tarde es! Voy a parecer uno de esos que intentan irse sin pagar, pero si no me voy ya...

Aparté el cojín y le hice una reverencia arrodillado sobre las esteras de *tatami*.

—De nuevo muchas gracias —le dije.

—No sea tan formal, por favor. Ha sido un verdadero placer trabajar para usted. Ah, Ken, los sobres me los llevo yo.

El señor Takarada salió del cuartito tras ella, metió en una bolsa de papel los sobres que todavía quedaban en la mesa de trabajo y se la entregó. Como eran muchos, el señor Takarada me había recomendado que, en vez de intentar echarlos en un buzón, los llevase a la ventanilla de una oficina de correos, y la señora Shirakawa se había ofrecido a hacerlo.

—Disculpe la molestia y el descaro de aceptar su oferta —le dijo Takarada con una nueva reverencia.

—¡Pero ¿qué dice?! Tengo que pasar por delante de la oficina de correos en el camino de vuelta, así que no me cuesta nada en absoluto. Bueno, hasta otra —se despidió, y un instante después bajó con garbo por las escaleras.

Saqué del bolsillo el bloc Rhodia, le eché un vistazo a mi lista de pendientes y taché el último: «Anuncio de inauguración», aunque dejé intacto el paréntesis de la línea de abajo.

—Es un bloc Rhodia número 12, ¿verdad?

Supongo que era lógico que identificara enseguida la marca de mi bloc. Al fin y al cabo era el dueño de una papelería, pero me sorprendió que acertara incluso en el número de modelo.

—Exacto. Tiene un tamaño perfecto para tomar notas incluso estando de pie, las cubiertas son impermeables y las hojas pueden arrancarse limpiamente. No he encontrado uno mejor.

—Nosotros lo vendemos, y puedo decirle que quienes más lo compran son los chefs y sumilleres de los restaurantes de comida occidental.

—Tiene lógica. Al fin y al cabo es de una marca francesa.

Miré mi bloc y se me escapó un suspiro. En el paréntesis que no había tachado ponía: «Enviar anuncio también al general.»

—¿Sucedde algo?

Takarada debió de notar cierta inquietud en mi mirada.

—No, nada —le respondí—. Una vez enviados los anuncios de apertura de mi local sólo me queda un tema pendiente, pero no sé cómo resolverlo.

El señor Takarada asintió en silencio, aguardando a que continuase.

—Hay una persona a la que no sé si debería invitar o no —le dije mientras rodeaba aquel paréntesis con un círculo—. Como puede ver, he tardado lo mío en abrir mi primer restaurante. Digamos que he tardado mucho en florecer.

Takarada negó con la cabeza.

—Señor Fuda, creo que, en esta vida, nunca es tarde para aprender y mejorar. Por favor, no diga eso de «que he tardado mucho en florecer».

Sus amables palabras me conmovieron.

—De acuerdo, no lo diré. Pero yo también quiero pedirle un favor.

—¿Sí? ¿De qué se trata? —preguntó Takarada con voz de sorpresa y envarándose.

—Pues que no me llame por el apellido. Mi nombre es Gin, y así me llama todo el mundo. No estoy acostumbrado a tanta formalidad.

—Pensaba que se trataba de algo más complicado —repuso sonriendo—. Aunque debo confesar que hasta ahora sólo trataba de tú a uno de mis clientes, un hombre llamado Sho, pero es que ya le llamaba así incluso antes de empezar a ir a la escuela. Pero estoy de acuerdo si usted me llama Ken.

—De acuerdo, Ken.

Nos miramos un instante en silencio y nos echamos a reír.

—Y entonces, ¿a qué se deben todas esas dudas de antes?

Cerré mi bloc Rhodia y acaricié sus cubiertas color naranja. Parece una tontería, pero el hecho de que hubiésemos acordado hablarnos de tú me permitió ser más abierto.

—La verdad es que hay una persona cuyo nombre no incluí en la lista de los sobres para rotular, a pesar de que es alguien a quien le debo mucho.

—Mmm... la verdad es que te conozco poco, pero no me ha dado la impresión de que seas alguien que no sepa agradecer los favores. ¿Quién es ese gran ausente de la lista y a qué se debe?

Le contesté con el nombre de un antiguo y famoso restaurante del barrio de Asakusa, un local de estilo occidental adaptado a los

gustos japoneses.

—Ah, claro, es ese restaurante famoso por su plato de arroz Hayashi, con salsa de tomate y ternera, su *pork sauté* y sus langostinos empanados. ¡He comido ahí varias veces!

—Cierto, esos platos los prepara muy bien, pero también las hamburguesas, los espaguetis a la napolitana o el cerdo empanado. Ah, y sin olvidar las croquetas de cangrejo o las albóndigas empanadas, que son una auténtica delicia.

Ken Takarada no podía disimular que se le estaba haciendo la boca agua. Hasta entonces lo había tomado por un hombre muy formal, al que no le gustaban las conversaciones informales.

—Sólo con pensar en esos platos entra hambre, ¿verdad? —continuó—. Ah, ¡unos langostinos empanados con salsa Worcestershire y un vasito de cerveza fría! Y después de la cerveza, sake, nada de vino, que es cosa de gente que se da aires. Sake a temperatura ambiente con unas croquetas de carne picada, mojadas en *karashi*, nuestra mostaza picante. Ah, qué delicia...

Nueva sorpresa. Como antes habíamos tomado té con los *dorayaki*, me había imaginado que no bebía alcohol, pero me había equivocado también. En mi descargo, debo decir que no conozco a mucha gente a la que le gusten el alcohol y los dulces, pero Ken era uno de ellos.

—Pero ése es un restaurante de platos occidentales, ¿no? ¡Y tú te dedicas al *sushi*! ¿Qué relación tienes con él?

—Bueno, es una historia larga, pero, si estoy en el mundo de la cocina es gracias al general, el patrón de aquel establecimiento al que apodábamos así.

—Vaya... así que empezó con la comida occidental. No recuerdo que en el artículo de la revista hubiera la menor mención a eso.

—Es lógico, porque no lo mencioné —declaré sonriendo con amargura y se me ocurrió que, si le contaba la historia a Ken, quizá me sentiría aliviado. De manera que, sin dejar de toquetear mi bloc Rhodia, me lancé a contársela.

Creo que a estas alturas puedo decir que soy un profesional del *sushi*, pero hace treinta años era lo que se suele denominar «un joven descarriado». Últimamente es común encontrar a gente que diga, con toda tranquilidad, que de joven era «un poco gamberro», pero a mí me da vergüenza.

Al terminar la escuela secundaria, ingresé en el bachillerato del vecindario, pero abandoné los estudios sin esperar a las vacaciones de verano. Gracias a un conocido pude trasladarme a Tokio, pero una vez aquí descubrí que casi nadie estaba dispuesto a darle trabajo a un joven problemático y sin experiencia, y cuando conseguía algún empleo no duraba mucho, así que volvía a mi vida errante.

Apenas recuerdo gran cosa de aquellos días. Durante el primer año, más o menos, me alojaba en casas de amigos, de antiguos compañeros mayores que yo o de gente que había conocido por ahí, viviendo a salto de mata. Mis pertenencias cabían en una mochila e iba siempre con la misma ropa.

Y fue precisamente el general quien me sacó de aquella situación. Por entonces yo tenía diecisiete años y él rondaba los cuarenta. ¡Me cuesta creer que hoy soy mayor de lo que era él en aquel entonces!

Lo conocí en el barrio de Ueno. No tenía dónde dormir y me refugiaba en el parque. Era pleno verano y hacía un sol tremendo, así que iba moviéndome de un banco a otro siguiendo la sombra de los árboles. Entonces, por pura casualidad, encontré en el suelo una entrada para el Museo Nacional de Tokio. Tal vez se le había caído a algún guía de un grupo de turistas y el viento la había arrastrado hasta donde estaba yo.

La cogí y pensé: «Vaya, ya podía haber sido un billete de mil yenes, o al menos una entrada para el cine.» Pero a medida que ascendía el sol y el calor se hacía cada vez más fuerte, se me ocurrió que dentro podía haber aire acondicionado. Nunca había sentido interés en entrar, y ni siquiera imaginaba qué podría encontrarme en el interior de aquel impresionante edificio.

Una vez dentro, reinaba allí una atmósfera tal que, además de imponer respeto, te hacía sentir que sabías más que antes y te infundía la equivocada idea de ser una persona de categoría. Todavía hoy sigo yendo al museo varias veces al año, y cada vez que entro me emociona el recuerdo de cómo era yo antes de conocer al general.

Recuerdo que aquella primera vez se hallaba absorto en la contemplación de una réplica a gran escala de una página del *Lanting Xu* (*Poemario del Pabellón de las Orquídeas*) chino. Iba muy elegante, con un traje a cuadros, camisa blanca y corbata negra.

No hace falta decir que entonces yo no conocía el *Lanting Xu* ni el nombre de su autor, Wang Xizhi, ni la técnica de reproducción. Lo único que pasaba por mi cabeza en aquellos momentos era algo así como: «Qué curioso que ese tipo se detenga durante tanto rato a observar esos ideogramas blancos sobre un fondo negro.» Fui a ver

otras salas, pero, al volver, el general seguía allí, en el mismo sitio. Entonces pensé que aquello debía de tener un enorme interés. Me puse a su lado y, con gran esfuerzo, conseguí leer el texto, aunque sin entender nada del significado. En aquel instante, el general se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Te gusta?

Era consciente de que tenía que contestarle, pero no sabía qué comentar, así que le respondí lo primero que me pasó por la cabeza:

—Pues sí, me parecen unos ideogramas muy bonitos.

—Cierto. Me gustaría poder escribir algún día con tan buena letra...

Tras decir esas palabras, el general volvió a enfrascarse en la contemplación de la obra y yo hice lo mismo. De ese modo, estuvimos frente al *Lanting Xu* unos cinco minutos en silencio. De pronto me dijo:

—Allí hay otra obra muy interesante.

Y, sin esperar respuesta, echó a andar en dirección a ella. Me fui detrás de él y nos detuvimos frente a una vitrina baja y alargada.

—Éste es el *Tekagami*, «el espejo de la mano».

—¿«El espejo de la mano»?

—En este caso, «mano» se refiere a la particular caligrafía de cada persona, mientras que «espejo» quiere decir «ejemplo» o también «modelo». En suma, se trata de un muestrario de ideogramas para practicar caligrafía.

—Un muestrario de caligrafías... —repetí.

—El *Lanting Xu*, que es aquel texto en blanco sobre negro que hemos visto antes, es una reproducción de un texto tallado en piedra que se atribuye al escritor y calígrafo chino Wang Xizhi. En

cierto modo, puede decirse que es la fuente de la que bebe el *Tekagami*. Eso demuestra que la gente de la antigüedad, al igual que nosotros hacemos ahora, reunía textos antiguos para estudiar y practicar la caligrafía.

—Ya...

Por mucho que el general hablara de «nosotros», lo cierto era que, para mí, todo aquello era una absoluta novedad. Al cabo de largos minutos de silencio y contemplación, sacó del bolsillo un pequeño bloc con cubiertas color naranja y un bolígrafo y anotó alguna cosa.

—¿Qué escribe? —le pregunté.

—¿Eh? Ah, esto... estaba copiando un dato de la cartela. Ya sabes, para buscarlo otro día con calma en la biblioteca.

—Ah, ya...

Jamás había visto a un adulto tomar notas en un bloc, de modo que estaba sorprendido.

—Es que soy un poco tonto y, si no apunto las cosas, se me olvidan enseguida —dijo sonriendo. Lo curioso es que si las apunto, no se me olvidan, ¿por qué será?

De nuevo me quedé sin respuesta: si él no lo sabía, mucho menos yo.

Llegado a ese punto tampoco iba a irme sin más, así que me quedé a su lado. Al cabo de un rato, me dijo:

—Anda, si pasa del mediodía. ¿Nos vamos a comer?

—Por mí no se preocupe —contesté de un modo reflejo.

Creo que en ese momento no llevaba encima ni cien yenes.

—No te dé reparo. Vente conmigo.

Y dicho esto, echó a andar, por lo que no tuve más opción que irme tras él.

Fuimos a un restaurante a unos diez minutos a pie. Al parecer, el general iba allí a menudo, porque el empleado lo condujo a la mesa con aire de familiaridad. Yo fui detrás de él, aunque me sentía cohibido.

El suelo era de madera y encima de las mesas, cubiertas con manteles blancos, había unos platos ornamentales sobre los cuales reposaban servilletas elegantemente dobladas. Ante aquel lugar tan pulcro y bien iluminado, me alegré una y mil veces de haberme bañado y haber lavado mi ropa en el último lugar donde me habían permitido dormir.

—¿Te gustaría comer algo en particular? —me preguntó el general mientras miraba la carta.

A mí también me habían entregado una carta, pero sólo con ver los precios ya asustaba.

—No... nada en especial.

—Bueno, entonces pediré yo por ambos.

Llamó al camarero y pidió ensalada, fritura mixta, langostinos gratinados y un par de hamburguesas.

Por último, añadió:

—Una ración grande de arroz para el chico... ¡ah!, ¡y una cerveza fría para mí!

Todo lo que nos sirvieron estaba delicioso y bien presentado. Entre bocado y bocado, el general murmuraba comentarios del tipo: «¡Qué bien combina esto!» o «Claro, muy buena idea». De tanto en tanto, sacaba el bloc y apuntaba algo.

—Perdone, pero... ¿qué ha querido decir con eso de «Claro, muy buena idea»?

Ahora, jamás tendría el desparpajo de preguntarle algo así a un desconocido, pero acababa de comer hasta llenarme por primera vez en muchos días y me había relajado.

—¿Qué? Ah, eso... Verás, es que soy cocinero y tengo un restaurante de comida occidental en el barrio de Asakusa, así que, siempre que como fuera, aprovecho para fijarme bien y aprender algo nuevo. Cuando dije «Claro, muy buena idea», me refería a la pasta parecida a unos lacitos que nos pusieron antes, y que se llama *farfalle*. La que nos trajeron, aderezada con vinagre balsámico y pimienta, como acompañamiento de la fritura mixta. En los sitios corrientes de comida occidental, las frituras se acompañan de repollo, tomate y hasta de una rodaja de limón para darles color, pero nada más, mientras que aquí al repollo picado le añaden pepino para que haya dos tonos de verde, en lugar de tomate usan rabanito rojo y finalmente, en lugar de los típicos espaguetis con ketchup, una salsa que lo estropea todo, han tenido la idea de usar los *farfalle*. La verdad es que me ha sorprendido y por eso se me ha escapado aquel comentario.

—Entiendo...

El general había puesto todo su empeño en contestarme con todo detalle una pregunta que yo consideraba intrascendente.

—Esa clase de cosas —continuó— demuestran que la persona encargada de esta cocina es un profesional que se fija en los detalles. Por eso ha puesto interés en que, además del elemento principal del plato, que es la fritura mixta, el elemento de contraste también tenga interés, en vez de ser una mera decoración

desechable. Hizo algo parecido con la hamburguesa, cuya guarnición de patatas fritas, zanahoria glaseada y maíz con mantequilla demostraba el esmero puesto en cada elemento.

Recuerdo que me dio vergüenza pensar que mi experiencia con aquellos platos se había reducido a sentir que «estaban muy ricos».

—Comer aquí es un aliciente para venir al museo.

—Pero si usted ya tiene un restaurante de este estilo, ¿por qué le gusta venir a otro que ofrece platos similares?

—Mira, coma donde coma, si es bueno, siempre aprendo algo, tanto si es comida japonesa, como china u occidental. A veces también pido comida rápida o compro almuerzos para llevar en las cadenas comerciales, y a menudo descubro que en ellos se han aplicado muchas ideas para que resulten sabrosos y hasta nutritivos, pese a sus limitaciones.

Según descubrí más tarde, el general nunca criticaba los platos preparados por otros cocineros. Si no le gustaban, se lo guardaba para sí. Como mucho, decía: «Tenemos que ir con cuidado para no hacer lo mismo en nuestro restaurante.»

Cuando terminamos de comer, pidió cafés, pero no se encendió un cigarrillo, como era habitual entonces y hacían algunos a nuestro alrededor.

—Usted no fuma, ¿verdad? —le pregunté.

Frunció el ceño e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. El trabajo de cocineros es muy pesado y por eso muchos lo hacen, pero a mí el olor del tabaco me parece demasiado fuerte y, aunque me lave bien, los dedos, las ropas o el pelo conservan el olor, lo cual puede echar a perder una buena comida. ¿Tú fumas?

—Sólo cuando alguien me regala un cigarrillo —respondí.

—Pues estás a tiempo de dejarlo. Se sabe que es malo para la salud y además supone un gasto importante. Si tu cuerpo no se ha acostumbrado a él y puedes aguantarte porque no tienes dinero, entonces mejor dejarlo.

—Supongo que sí...

Al contrario de lo que me sucedía con muchos adultos, no sentía que el general me estuviese soltando un sermón. Pese a que, por edad, habría podido ser mi padre, a mí me recordaba más bien a un hermano mayor que le estuviera revelando al pequeño lo que le había enseñado la experiencia. Por eso seguí escuchándolo con atención.

—Y a todo esto, ¿cómo te llamas? Imagino que no trabajas en una oficina, de otro modo no habrías estado en un día como hoy y a esa hora en el museo. ¿Sigues estudiando?

Suena raro, pero aquel hombre había invitado a un jovenzuelo a comer sin siquiera preguntarle su nombre y se había puesto a contarle cosas con toda naturalidad. Así era el general. Le conté que me llamaba Gin, que era de provincias, que no tenía trabajo fijo y que vivía al día. Hasta entonces, a cualquiera que me lo preguntase le contestaba con una historia diferente, pero al general le conté la verdad. No sé por qué, simplemente me pareció que a él no podía mentirle.

—Ya veo... —murmuró.

Cruzó los brazos y se quedó un rato en silencio con la vista clavada en la taza de café. No recuerdo cuánto tiempo pasó así. Imagino que unos segundos; sin duda menos de un minuto, pero a mí se me hizo muy largo.

—Pues entonces ven a trabajar a mi restaurante. Hace unos días se fue uno de mis ayudantes.

—¿Cómo?

Aquella oferta tan inesperada me dejó atónito. Pensaba que, como mucho, me presentaría a alguien que me diera trabajo a tiempo parcial.

—Pe... pero es que... no he cocinado nunca. Ni siquiera he tenido un cuchillo de cocina en las manos. Creo que no sería más que un estorbo.

El general esbozó una sonrisa.

—Si consigues estorbar, ya será algo. Bueno, imagino que los primeros días no podrás más que mirar, pero es normal. Todos mis ayudantes han empezado de cero, lo mismo que yo. Alguno estudió en una escuela de cocina, pero ni esos sabían hacer nada al principio. No te preocupes por la falta de experiencia.

—¿De verdad?

Pidió la cuenta con una seña y siguió hablando:

—Sobre las cuestiones técnicas, yo mismo puedo enseñarte lo que haga falta. El resto depende de la disposición de cada cual. Por mucha habilidad que tenga alguien, si su espíritu está podrido, nunca podrá preparar una buena comida. Por el contrario, quien está bien dispuesto y tiene ganas de aprender no dará problemas.

El general echó un vistazo a la cuenta, sacó de la cartera un billete nuevo de diez mil yenes y lo puso en la bandejita metálica que le había traído el camarero.

—No es mucho, pero quédese la vuelta.

Después se puso en pie y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Anda, vamos. El restaurante está cerrado hoy, así que no habrá nadie, pero te llevaré al apartamento donde duermen los empleados.

—Qué actitud tan masculina la de ese «general»... —interrumpió Ken, que llevaba un buen rato escuchando en silencio.

—Sí, era de un valor y una entereza arrebatadora. Quizá fuera un elevado sentido estético, o una actitud pulida con los años, pero, en cualquier caso, era un hombre que hiciera lo que hiciese, siempre causaba buena impresión. Además, sus movimientos tenían también estilo. En su restaurante, la cocina y el espacio destinado a las mesas guardaban una separación estricta, por lo que los clientes no podían ver el trabajo de los cocineros, pero aun así él siempre mantenía la espalda recta y cuando tenía en sus manos las cacerolas o las sartenes parecía que estaba ejecutando pasos de danza.

—Por lo que me dices, supongo que eso pasó hace mucho tiempo. Me ha llamado la atención lo de la propina. Hasta donde sé, hace treinta años no era nada común que las dejaran así como así.

Aunque en Japón hay gente que deja propinas, tal como decía Ken, son muy pocos. Claro que hay muchos establecimientos donde, bajo el concepto de «servicio», te cobran una cantidad de manera obligatoria, por lo que desde el punto de vista del cliente es lógico que la mayoría no quiera desembolsar una cantidad extra.

—Cierto —repuse—. Y lo de los billetes nuevos decía que era porque se sentía mejor pagando con billetes limpios. Por cierto que tú haces lo mismo y siempre das el cambio con billetes y monedas relucientes. Seguro que guardáis muchos puntos en común.

—En mi caso lo hago sólo porque me gusta ver las caras de sorpresa o de alegría de los clientes al recibirlos. Pero, cuéntame, ¿qué pasó después?

El lugar al que me llevó el general era un pequeño edificio de apartamentos cercano a su restaurante. El apartamento más al fondo de la planta baja era el suyo, y los otros cinco los ocupaban los empleados. El caso es que, según me explicó el general, el dueño del edificio era un cliente habitual del restaurante y «le cobraba poco», así que él pagaba los alquileres y dejaba que los empleados de su restaurante vivieran allí gratuitamente.

Los tres cuartos de arriba los ocupaban los más veteranos y a mí me asignó el de abajo, que quedaba más cerca de la entrada. Como no tenía más que la ropa que llevaba puesta y dos o tres cosas que cabían en la mochila, no se puede calificar ni de mudanza.

—Mañana te compraremos un futón. Esta noche, por lo pronto, puedes usar esto —dijo entregándome un saco de dormir que había en el armario empotrado.

—Con esto tengo más que suficiente, no hace falta que gaste dinero en comprar un futón.

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Te da reparo? ¿O es que piensas irte pronto? —preguntó el general sonriendo con picardía.

—No, tampoco es eso pero...

—En fin, cuando llegue el invierno creo que tendrás frío con eso. Pero de momento supongo que valdrá.

Aquella noche, cuando volvieron mis tres futuros compañeros, el general me los presentó y nos invitó a todos a una «fiesta de

bienvenida» en su apartamento, donde improvisó un *sukiyaki* con carne y verduras en una salsa de soja, azúcar y vino de arroz dulce.

—Este chico se llama Gin —les dijo—. Llegó a la ciudad no hace mucho, así que os pido que le echéis una mano entre todos.

Los tres eran también de provincias y el mayor sólo tenía tres años más que yo. Los otros dos no llevaban más de un año trabajando en el restaurante, pero todos se portaron bien conmigo. Imagino que el general ponía mucho cuidado en evitar los malos tratos.

Cuando terminamos de cenar, nos fuimos los cinco a los baños públicos del vecindario. Hoy en día, incluso los apartamentos más pequeños cuentan al menos con una ducha, pero en aquella época era raro que los hubiera en los pequeños apartamentos de madera como el nuestro.

—Éste es Gin y va a trabajar en el restaurante, así que lo verás a menudo —le dijo el general a la encargada de la entrada, que nos dejó pasar sin más.

Después me enteré de que el general recibía la factura a fin de mes, igual que la de la verdulería, la carnicería, la pescadería o la tienda de los condimentos, lo cual puede parecer lógico, pero también la de la peluquería e incluso la farmacia. En todos esos negocios bastaba con decir «Póngalo en la cuenta del general, por favor», para que te sirvieran lo que pedías. Lo cual era muy de agradecer para alguien como yo, que no tenía un céntimo. Eso sí, cuando fui a la peluquería procedieron a cortarme el pelo casi al cero sin darme tiempo de objetar. La política del general podía resumirse en la frase: «Ya te pondrás guapo cuando aprendas el oficio como es debido», así que durante el tiempo que estuve viviendo en aquel

apartamento anduve con el aspecto de un monje o algo parecido, lo que, bien visto, me frenaba de salir por ahí de noche a gastar el dinero. Al fin y al cabo, no era plan ir a una discoteca o a un club luciendo la cabeza rapada.

En la cocina del restaurante, aparte de mis tres compañeros de apartamento, había dos cocineros contratados, de manera que la comida en sí la preparaban entre ellos dos y el general. Mi compañero más veterano, que era aprendiz de cocinero, intentaba que le dejaran cocinar algo y los dos más jóvenes se dedicaban a la preparación previa de los alimentos. Huelga decir que yo me encargaba de fregar las ollas y los cacharros.

Pese a ello, desde el principio me entregaron un traje blanco de cocinero, con gorro y delantal incluidos. Y vestido así me enfrentaba al duro trabajo de dejar los utensilios limpios. Para mi sorpresa, el trabajo, además de ser bastante duro, me resultó también entretenido y me dediqué a probar esto y aquello para mejorar mi técnica y entregar buenos resultados en el menor tiempo posible.

En el caso utensilios como las tarteras y las sartenes, lo más importante era eliminar los restos de aceite mientras todavía estaban calientes. Sin embargo, para los platos, primero quitaba los restos de comida o de salsa con una paleta de goma y después los metía en agua templada con un jabón neutro; luego bastaba con pasarles un poco la esponja para que quedaran limpios. Si los platos se frotan demasiado fuerte, terminan perdiendo el esmalte, se decoloran o aparecen rasguños, por lo que es muy importante eliminar primero la mayor parte de la suciedad.

Luego descubrí que dependiendo del modo de frotarlos al secarlos, el resultado podía llegar a ser muy diferente. En el

restaurante había que secar una enorme cantidad de platos y el tiempo que puedes dedicarle a cada uno es muy limitado. Sin embargo, si los secas de cualquier manera, aunque los platos o los vasos estén limpios, no relucen. Fui experimentando diversas formas de sostener el paño o de alterar el orden en que los secaba hasta desarrollar una fórmula para secarlos bien y lo más rápido posible.

Mis esfuerzos dieron su fruto y cada vez invertía menos tiempo en el proceso completo de lavado. Con los pequeños trucos que iba desarrollando, llegué a acortar hasta en treinta minutos el tiempo destinado a lavar la parte correspondiente a la hora del almuerzo o en quince minutos la duración necesaria desde que cerrábamos por la noche hasta que terminábamos de recoger.

Me sentía muy orgulloso de mis resultados, y el general también supo apreciarlos. Sus elogios («Vaya, veo que ahora quedan más limpios» o «La organización del trabajo de lavado y clasificación ha mejorado») indicaban que era una persona que sabía reconocer mi trabajo y aquello supuso una gran alegría.

Cierto día me dijo:

—Oye, Gin, si tienes un momento, échame una mano.

Y desde entonces, aunque por poco tiempo, de vez en cuando me apartaba del fregadero para ayudar en la cocina.

Por supuesto, al principio eran tareas como lavar el barro de las verduras compradas directamente a los campesinos o cortar con las manos las hojas de las que iban a usarse en las ensaladas, pero sólo con pensar que unos productos que yo había lavado se servirían en el menú ya me sentía emocionado. Mirando atrás me doy cuenta de que tenía un carácter sencillo. Me alegraba cualquier cosa que me dejaran hacer por primera vez.

En invierno, cuando el agua estaba más fría, me permitían usar agua caliente para fregar, pero las verduras había que lavarlas con agua fría y eso resultaba duro, aunque no podías dejar de hacerlo. Si no las lavaba con la diligencia de costumbre, afectaba a toda la cocina. Fue algo que no tardé en comprender.

Por supuesto que me dejaban utilizar guantes de goma, pero así pierdes las sensaciones táctiles. Hay pequeños detalles que escapan a la vista, pero que percibes enseguida por el tacto. Hoy me basta con poner algunos alimentos en la palma de la mano para darme cuenta de que no sirven. Por eso, por muy fría que esté el agua, hay que lavar las verduras con las manos desnudas.

Cuando llevaba un poco más de un año trabajando para él, un día antes del descanso semanal, el general me llamó a un aparte y me dijo:

—Gin, mañana vente conmigo.

Y a la mañana siguiente me fui con él a la zona de Kappabashi a la tienda de cuchillos de cocina donde solía comprar él.

—Prueba a coger algunos, a ver qué te parecen —me dijo mientras comenzaba a pasarme uno tras otro.

—Éste me parece el mejor, siento como si se me pegara a la mano —le dije finalmente.

El general asintió con firmeza, se volvió hacia el vendedor y le dijo:

—Me llevo éste, y póngame también una piedra de afilar, por favor.

Intenté cogerle la bolsa con el cuchillo y la piedra, pero no me lo permitió.

—No, la llevo yo. Vamos a tomarnos un café antes de volver.

Después de sentarnos y pedir, me preguntó:

—Oye, ¿tienes una moneda de cinco yenes?

Debí de poner cara de sorpresa, porque añadió:

—No pongas esa cara de bobo. Cinco yenes sí tendrás, ¿no?

—Pues sí —contesté sacando una moneda de cinco.

—Muy bien, vendido por cinco yenes —anunció entregándome la bolsa con las compras.

—¿Cómo?

—Venga, dame los cinco yenes de una vez. Acabas de comprarme un cuchillo de cocinero y una piedra de afilar.

Me quedé en silencio sin entender nada.

—¡Vendido!

—Muchas gracias.

—Nada de eso, tienes que decir «¡Comprado!».

—Comprado...

—Bueno, ahora que estas cosas son tuyas debes cuidarlas bien. En mi experiencia, si uno trata con cariño sus utensilios, éstos saben corresponderle.

—Muchísimas gracias, general, pero...

Acto seguido, sacó del bolsillo un bloc con cubiertas de color naranja, y un bolígrafo.

—Y ahora que me acuerdo, también había pensado en darte esto. Mi consejo es que, en adelante, lleves ese bloc y ese bolígrafo siempre contigo, no sólo en el trabajo, sino también en tus días libres. Te servirá para ir anotando todo lo que te parezca interesante y te llame la atención. Ya sé que para tomar notas vale cualquier cosa, pero a mí me gusta usar este bloc Rhodia número 12. Tiene justo el tamaño de la palma de la mano, por lo que es perfecto para

apuntar algo deprisa, y como sus cubiertas son a prueba de agua, no pasa nada si lo tocas con las manos mojadas.

Cogí el bloc y el bolígrafo que me tendía.

—Aprender es lo más importante en la vida y no sólo lo que enseñan en el colegio. Si uno no sabe cómo funcionan las cosas, se convierte en un perdedor que deja pasar las oportunidades y cae en peligrosas trampas. Pero tiene que salir de uno mismo, así que no voy a insistir. Mi consejo es que apuntes todo lo que te resulte nuevo y de interés.

—Entendido...

—Y bueno, volviendo a lo de antes, ¿sabes que la gente dice que jamás debe regalarse un cuchillo porque «corta» la relación, ni unas tijeras, ni un peine, porque la palabra *kushi* («peine») se compone de *ku* («sufrimiento») y *shi* («muerte»), por lo que es de mal agüero? —me preguntó con una sonrisa socarrona.

—Pues... es la primera vez que lo oigo.

Él rió, pero yo estrené mi bloc Rhodia apuntando: «Se dice que no hay que regalar a nadie un objeto cortante ni un peine.»

Entretanto, el general siguió hablando con expresión satisfecha:

—Por eso he preferido venderte el cuchillo; aunque, en realidad, es tu recompensa por haber trabajado tan duro durante todo un año. En adelante, si quieres comprar cuchillos, te recomiendo que lo hagas precisamente en esa tienda, que es la mejor que conozco. El dueño recuerda las caras de los clientes, lo cual es de agradecer, y se interesa en buscar lo que uno necesita.

En el camino de vuelta fue diciéndome, cuando pasábamos por delante de las tiendas, cosas como «Aquí venden las mejores ollas»

o «ésas son las mejores sartenes». En apenas un día, llené diez páginas de notas.

—Por cierto —me advirtió cuando volvimos al restaurante—, puedes pedir esos blocs en la Papelería Tamatamaya.

Ésa era la papelería donde podíamos comprar a cuenta.

Desde el día siguiente, me dejó ayudar en la preparación de los ingredientes, y a diario los pelaba o troceaba, sobre todo las verduras. Por cierto, que en el restaurante del «general», las tarteras, las tablas de cocina o las espumaderas eran las del local, pero los cuchillos y las sartenes se los traía cada cocinero según su gusto particular. Así que el general y los otros dos cocineros de apoyo traían algunos de sus cuchillos dentro de unas cajas que se cerraban con llave. Al terminar el trabajo, todos limpiaban sus cuchillos con esmero, los afilaban y los guardaban.

Siguiendo su ejemplo, los aprendices también nos acostumbramos a tratar con la misma delicadeza nuestros cuchillos. Ayudaba también que fuera soltero y que todos viviéramos en el mismo edificio, pero el caso es que, al terminar el trabajo, a menudo el general nos reunía para darnos una charla sobre cómo cuidar bien los utensilios de cocina. Por supuesto, yo apuntaba en mi bloc Rhodia hasta la última palabra de lo que nos enseñaba. Aún hoy son cosas que me ayudan en mi vida de cocinero.

En un año agoté las páginas de treinta blocs Rhodia.

—Es una historia muy interesante —opinó Ken—. Una vez oí por la televisión a un famoso cocinero que decía: «Cuando eres el chef y a la vez el propietario del negocio, tienes que ser un buen cocinero y

un buen gestor. La gestión incluye saber sacar lo mejor de las personas a tu cargo, lo que, en definitiva, consiste en educarlas para que desarrollen sus capacidades. El futuro de tu negocio depende del éxito de tu gestión.»

Mientras hablaba, Ken no dejaba de asentir.

—Ahora que voy a tener mi propio restaurante, había pensado en contratar un ayudante, pero he decidido que de momento no. Creo que es mejor no servir almuerzos para poder centrarme en los clientes de la noche y poder hacerlo todo yo. Por eso he querido empezar con un establecimiento pequeño, con sólo ocho asientos para atender sólo a ocho clientes al día. Cuando lo comparo con el restaurante del general, donde éramos diez trabajadores, seis sólo para la cocina y cuatro camareros, me doy cuenta de su gran capacidad para el negocio. Ahora que, por pequeño que sea, voy a tener mi propio restaurante, siento en mis propias carnes la grandeza de ese hombre.

—Me lo imagino... Yo también llevo solo esta papelería haciendo las cosas a mi manera y consigo arreglármelas, aunque no estoy muy seguro de si podría gestionar bien el negocio teniendo a alguien a mi cargo.

Me limité a asentir y proseguí mi historia.

Transcurrieron tres años de trabajo rutinario en el restaurante del general, pero al llegar el cuarto las cosas empezaron a cambiar. Dos de los compañeros dejaron el trabajo y el otro se casó, por lo que se marchó del apartamento. Llegaron tres sustitutos, pero no

necesitaban alojamiento, así que en el edificio sólo vivíamos el general y yo.

Disfrutaba mucho con mi trabajo y aprendía a buen ritmo. Los blocs Rhodia me fueron muy útiles. En aquellos años, adquirí la costumbre de transcribir cada noche antes de dormir lo más esencial de las notas que tomaba por el día en las libretas a un cuaderno donde quedaban mejor ordenadas. Apenas hacía unos años vivía al día y ahora, gracias al general, todo había cambiado por completo.

Con la satisfacción del trabajo bien hecho, comencé a aprender cómo preparar el caldo de las sopas o cómo condimentar las verduras, tareas que pasaron a quedar a mi cargo. Pensaba que seguiría aprendiendo y avanzando hasta que algún día pudiera estar de pie al lado del general meneando una sartén.

Pero eso nunca sucedió.

En los días en que acababa de llegar a Tokio, durante un tiempo me ayudó un hombre que conocí en Shinjuku. Entonces no me di cuenta, pero era un canalla de poca monta que, de tanto en tanto, ganaba un buen dinero con actividades que rozaban lo delictivo, cuando no entraban de lleno en ello. Nunca lo ayudé directamente, pero solía quedarme «de guardia» en su «oficina», en el barrio de Shinjuku, a cambio de lo que yo entendía, o quería entender, como una propina, pero que era, más bien, una cantidad que bastaba y sobraba para que mantuviera la boca cerrada.

No obstante, poco tiempo después la policía detuvo a aquel tipo y tuve que irme del barrio. Entonces sentí que mi situación empeoraba, pero quizá me salvó de convertirme en un criminal.

El caso es que aquel tipo cumplió su condena y salió de prisión. Y un día, por pura casualidad, vio una foto mía en un artículo sobre el

restaurante del general.

Una vez que yo sacaba la basura por la puerta de servicio me estaba aguardando.

—Vaya, cuánto tiempo... Has progresado, ¿eh? Eso que llevas es un traje de cocinero, ¿no? Te sienta muy bien.

Su sonrisa a la luz de las farolas tenía un aspecto siniestro. Me insistió en que nos encontráramos cuando saliera de trabajar y no supe negarme.

Al terminar mi jornada, recogí las cosas apresuradamente y me fui enseguida al bar donde me había citado. Era un tugurio que ni pintado, y no había ningún otro cliente salvo nosotros.

—¿Estás a gusto en ese trabajo? —me preguntó.

Me limité a asentir en silencio.

—Estoy pensando en volver a trabajar en mis cosas. ¿Qué? ¿Te animas a ayudarme otra vez?

Me aseguró que sólo tenía que sentarme en su oficina y contestar el teléfono, y me ofreció una cantidad que triplicaba lo que ganaba por entonces en el restaurante. Quizá si hubiera sido el mismo que antes, le hubiera dicho que sí enseguida, pero le dije que estaba contento con mi trabajo actual y rechacé su oferta. Hice ademán de levantarme, pero el hombre me cogió de un hombro.

—Eh, espera un poco —dijo clavándome la mirada—. Cuando la policía me detuvo, no les dije nada de ti, y de poco te hubiera valido decirles que sólo cuidabas la oficina; tú también habrías acabado preso, pero no lo hice porque creía que éramos colegas.

—Eso son cosas tuyas. Yo me quedaba en aquella oficina, pero nunca colaboré en tus negocios.

—Pero cobrabas un salario, ¿no?

—¡Pero si tú mismo me decías que era «una propina para mis gastos»!

En vez de contestar, el tipo encendió un cigarrillo y dio unas caladas.

—¿Sabes? En la cárcel, el tabaco está tan prohibido como el alcohol. Por supuesto, de tanto en tanto conseguía fumar a escondidas, pero nunca con la tranquilidad con que puedo hacerlo ahora. No sabe igual. Tú has dejado de fumar, ¿verdad?

—Sí —respondí—, porque siendo cocinero no es más que un estorbo.

El hombre, con expresión de fastidio, aplastó el cigarrillo en el cenicero. Luego se acabó de un trago su whisky y me dijo:

—Muy bien. No pienso insistir más, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que me devuelvas lo que te pagué. En aquel momento las cosas me iban bien y recuerdo que más de una vez te pagué dos o tres fajos. Calculando por lo bajo, creo que menos de tres millones no serán, ¿no te parece?

En las timbas de apuestas ilegales, la palabra «fajo» se refiere a un fajo de diez billetes de diez mil yenes. Ciertamente, el mínimo de aquellas propinas que me dio eran cien mil yenes, y en una ocasión llegó hasta los quinientos mil.

—No tengo tanto dinero —respondí.

El hombre negó con la cabeza.

—Ahora tienes un sueldo como es debido, ¿no? No pretendo que me lo pagues todo de una vez. De momento, suelta un millón, para los otros dos me conformo con cinco pagos mensuales de quinientos mil yenes.

—Pero eso no serían tres millones, sino tres y medio...

El hombre meneó la cabeza mientras sonreía como si todo aquello le divirtiera muchísimo.

—Anda, veo que también has aprendido a calcular de cabeza. Cuando deambulabas por mi oficina ni siquiera conseguías recordar correctamente un número de teléfono...

Me levanté sin decir nada y me espetó:

—Mañana te espero aquí con un millón de yenes. Acuérdate de que sé dónde trabajas y dónde vives. Si pretendes ignorarme, puedes recibir una visita desagradable en el restaurante.

Entonces, sacó un tarjetero del bolsillo de su chaqueta y me alargó una tarjeta:

—Yo también he dejado de ser un don nadie. He conocido a un hombre al que podría llamar «padrino».

En la tarjeta de visita había impreso un blasón cuyo significado conoce cualquiera. Hoy en día, sólo con sacar una tarjeta así le aplicarían a uno la Ley contra el Crimen Organizado y acabaría detenido, pero eran tiempos más laxos.

No recuerdo ni cómo regresé a casa tras aquel encuentro, pero sí que, al llegar al edificio, me topé con el general, que volvía de darse un baño.

—Hey, ¿dónde has estado? Si no te das prisa, van a cerrarte los baños.

Cuando miré el alegre rostro del general a la luz de la luna, pensé: «No puedo meter en problemas a este hombre.»

Ken debía de haber estado conteniendo la respiración, porque de pronto dejó escapar un enorme suspiro.

—Qué giro tan brusco ha dado la historia —comentó.

—Puede ser. En resumen, esa misma noche empaqueté un mínimo de ropa, el dinero en efectivo que tenía, la libreta del banco y el cuchillo que me había comprado el general, junto con los blocs de notas Rhodia, y me marché de Tokio a la región de Kansai. Tan sólo me entretuve en arrancar una hoja y dejar en el buzón del general un mensaje que decía: «Perdón por la premura, pero dejo el trabajo.»

—Un desenlace brusco e inesperado... —comentó Ken con un deje de tristeza.

—Así es. Fue como si viniesen a cobrarme una factura que nunca estuvo muy clara. Estaba recién llegado a Tokio y aunque sabía que era un dinero turbio, lo aceptaba y me lo gastaba en tonterías. Sabía que había sido un estúpido, pero ya no tenía remedio.

—¿Y por qué no se lo contaste al general? Podría haberte acompañado a denunciar a aquel tipo. Calculo que cuando te relacionaste con él todavía eras menor de edad. Además, era una exigencia injustificada y desorbitada. Quizá la policía te habría ayudado.

—Tienes toda la razón, pero en aquella época yo era un ignorante. Me obsesioné con la idea de no meter en aprietos al general. No había estudiado, no sabía cómo funcionaba el mundo... Me eché a temblar en cuanto me amenazaron y hui. Hasta ese punto me ha faltado carácter desde siempre.

Ken negó enérgicamente con la cabeza.

—Estoy seguro de que no es así, si no, no estarías donde estás hoy.

—Pues... no lo sé. Ojalá sea así... El caso es que, cuando llegué a Kansai encontré trabajo más o menos rápido. Con una parte de mis ahorros alquilé un sitio donde vivir y el resto del dinero lo envié por giro postal a aquel hombre. Por supuesto que no llegaba ni de lejos al millón de yenes, pero sí era todo lo que podía pagar de momento. En adelante, cada vez que cobraba el sueldo, volvía a enviarle la mayor parte. Con eso, en cosa de año y medio conseguí enviarle la cantidad que me había exigido.

—Impresionante. ¿Y aquel tipo y sus amigos no te persiguieron hasta Kansai?

Hice un leve movimiento afirmativo con el mentón. Para ser sinceros, me preocupaba que en cualquier instante pudiera aparecer, pero nunca sucedió. Supongo que como yo le enviaba el dinero, no veía la necesidad de venir a amenazarme.

—Me pregunto qué habrá sido de él... —murmuró Ken.

—Murió en un enfrentamiento con una banda rival casi al mismo tiempo que terminé de devolverle la deuda. Lo recuerdo como si fuera hoy. Yo en un restaurante chino comiendo arroz tres delicias y *gyozas* cuando, por pura coincidencia, lo vi en las noticias de la tele.

—Vaya, qué sorpresa... Está feo decirlo, pero ya podía haberse muerto un poco antes, ¿no?

—Nada de eso. Me alegro de que viviera hasta que terminase de pagarle. Quería dejar cerrado aquel asunto cuanto antes. No sabría explicarlo, pero cuando oí la noticia fue como si me desinflase. Por eso me entraron ganas de salir de Japón...

Ken dio una palmada como si por fin comprendiera.

—Y por eso te marchaste a eso que llamabas tu viaje de vagabundeo, ¿no?

—Bueno, sí, más o menos.

Hacía un momento que el rostro de Ken se había iluminado, pero de repente volvió a ensombrecerse.

—Pues, si esos son los antecedentes, creo que tendrías que mandarle al general el anuncio de la apertura de tu local.

—Quizá, estoy dudando...

Mientras ponía la tetera y los vasos en la bandeja, Ken añadió:

—Mira, te ruego que lo hagas. Yo pongo el papel y el sobre, espérame aquí.

Ante la firme actitud de Ken, comencé a arrepentirme y pensé: «Ay, me he dejado llevar por el impulso y le he contado demasiado.»

Ken, sin esperar mi respuesta, tomó la bandeja y bajó por las escaleras.

Miré por la ventana y vi unos cirrocúmulos en formaciones paralelas. Por la ventana entraba ese airecillo tan agradable del otoño, fresco y con cierta humedad.

—Perdón por la espera —sonó la voz entrecortada de Ken.

Debía de haber subido las escaleras a buen paso.

Me tendió lo que traía en la mano.

—Creo que este papel y este sobre serán los adecuados. Son de buen gusto y van bien para cualquier propósito. Y para escribir, esto. He escogido uno de trazos suaves. Como todo ha sido cosa mía, no hace falta que me pagues nada. Por favor, utiliza esto para escribir al general una explicación de los antecedentes y darle a conocer de

paso la apertura del negocio. Ah, y basta con que metas el sobre del anuncio y el de la carta en uno más grande, echándolo al buzón de una sola vez. Por eso no te preocupes, lo prepararé todo.

Ken había recuperado su tono de profesional del ramo.

—Gracias, pero... ¡es que nunca antes he escrito una carta!

Me salió una voz tan débil y tan impropia de mí que me avergoncé.

—Vamos, date prisa —dijo Ken entregándome el material de escritura.

Luego me hizo ponerme los zapatos y me condujo hacia el gran escritorio junto al ventanal.

—Me voy abajo para que escribas tranquilo. Luego te traigo una taza de té.

Una vez a solas, me encontré indefenso ante un papel blanquísimo. Sólo se me ocurrió que debía comenzar con algunas frases formales de saludo, pero al final decidí escribir un escueto:

Estimado general, me dirijo a usted después de un largo periodo de silencio...

Luego, le pedí sinceras disculpas por haberme marchado sin decirle apenas nada y le expliqué que el motivo habían sido las amenazas de un yakuza al que había conocido al poco de llegar a Tokio. También le escribí que estaba muy arrepentido de no haber acudido a él en aquel momento. Le conté que, en Kansai, había

trabajado en cafeterías o en restaurantes de pasta *udon*, de manera que conseguí devolver toda la deuda.

A continuación, le conté que, una vez cancelada la deuda, fue como si perdiera las energías para trabajar y, sin ningún objetivo fijo, viajé a Europa. Trabajaba y ahorraba para ir de un país a otro. Allí donde iba me empleaba en bares o restaurantes, al principio de lavaplatos y luego como pinche de cocina. Gracias a todo lo que había aprendido en el restaurante del general, pude demostrar mi experiencia y me trataron bien. Como recorrí varios países, aprendí los fundamentos de la cocina francesa, italiana o alemana. Durante ese tiempo gasté cerca de cien blocs Rhodia número 12, que más tarde reorganicé en diez cuadernos.

Acto seguido le contaba que había viajado también a Estados Unidos, y allí, en la sección de productos japoneses de un supermercado, había conocido por casualidad al dueño de un restaurante, que me dijo: «Tú que eres japonés, sabrás cocinar estas cosas, ¿no?», y me reclutó casi a la fuerza. En su restaurante preparé todo tipo de platos, desde *sushi* y *tempura* hasta *sukiyaki*, pero sentía un gran complejo, porque nunca había estudiado los fundamentos de la cocina japonesa, así que me entraron ganas de aprender desde cero y regresé a Japón.

Y por último, le decía que desde que había dejado su restaurante hasta mi regreso a Japón habían pasado nada menos que diez años. Y que aquí aprendí a preparar *sushi* desde cero en varios establecimientos y ahora por fin había conseguido tener mi propio restaurante.

Y también que, durante todo ese tiempo, los blocs de notas Rhodia siguieron siendo un artículo inseparable, que ya ocupaban

diez cajas...

Un recuerdo me llevaba a otro, y al final ya dudaba sobre qué podría escribir, así que cada vez me costaba más. Pensándolo bien, si he conseguido ganarme la vida como cocinero ha sido porque el general me invitó a irme con él y por todo lo que me enseñó: el trabajo en la cocina, la afición a tomar notas, el gusto por el estudio y la manera de comportarme como una persona decente. Desde que me fui de su restaurante, si me aceptaron de buen grado en Kansai, en Europa, en Estados Unidos, y en el restaurante de *sushi* al que fui a llamar a mi regreso a Japón, fue, sin duda alguna, porque el general me había inculcado los principios básicos con que debe actuar una persona:

«El cuchillo, la tabla de cocina o las tarteras son instrumentos de trabajo. Trátales con el mismo cuidado que si fueran tus brazos o tus manos; de otro modo, no trabajarán como quieres.»

«Quien no tiene respeto por los ingredientes nunca llegará a mejorar como cocinero. Las verduras, lo mismo que la ternera, el cerdo o el pescado, tenían vida. Se la hemos quitado por nuestro propio interés, por eso no podemos desperdiciarlas, sino que más bien debemos comérmolas con un sentimiento de gratitud. Además, los agricultores, ganaderos y pescadores, que son los que proporcionan esos productos, pasan muchas penalidades. Si de verdad les estamos agradecidos, no podemos tratar de cualquier modo lo que nos ofrecen.»

«Vete a la peluquería una vez cada tres semanas como mínimo. Si te haces rapar casi al cero, aunque pidas que también te afeiten la cara, no te tomará ni treinta minutos. Y no dejes de bañarte ni aunque te sientas un poco resfriado. Por lo general, si uno enferma

es la prueba de que no ha puesto suficiente empeño en cuidarse. Córtate las uñas una vez cada tres días. Y cuando te laves la cara por la mañana, comprueba en el espejo que no asomen pelos de tu nariz. La condición mínima indispensable de un cocinero es la pulcritud. Abróchate bien los botones de la chaqueta y enderézate el gorro. No vayas por ahí con el traje manchado. Lávalo y pláncalo bien porque, aunque no lo creas, hay gente que suele fijarse en esos detalles.»

«Estas cuatro expresiones, pronúncialas siempre de manera que se oigan claramente: “Buenos días”, “Buenas tardes”, “Muchas gracias” y “Lo siento mucho”. Si no llegan a oídos de quien tienen que llegar, es como si no las hubieras dicho.»

«Invierte la mitad de tu salario en ti mismo. ¿Sabes lo que quiero decir con eso de “invertir”? Primero, hay que ir reuniendo buenos utensilios. Si son artículos buenos, cuidándolos bien te durarán toda la vida. Después, hay que ir a restaurantes de primera calidad y comer allí como cliente. Te servirá para aprender lo que debe ser un buen local y tomar buenas ideas de otros sitios.»

«Ve a los museos, al cine o al teatro y lee libros. En otras palabras, adquiere la costumbre de educarte a ti mismo del modo que creas que mejor se ajusta a tu carácter. Los tipos que dicen “es que no lo entiendo” o “es que me aburro” es sólo porque no han probado a poner el suficiente interés.»

«Si vas muchas veces a un museo a ver pintura, acabarás educando tu vista, y una vez que sepas cómo mirar, brotará en ti naturalmente el interés tanto por el cuadro como por el pintor. Empiezas a averiguar y descubres un montón de cosas que no sabías. En particular, cuando se trata de cuadros occidentales, hay

muchos que se basan en hechos históricos o en mitología griega, y también en la doctrina cristiana, por lo que dependiendo de si sabes o no algo de ello, aunque sea poco, hay una gran diferencia en su disfrute.»

«En pocas palabras, se trata de adquirir un sentido estético. La cocina es un arte completo, por lo que si no entran en juego los cinco sentidos, no se puede cocinar un buen plato.»

«Al final, la verdadera cuestión es si uno tiene o no la voluntad de mejorar siempre. Y es muy fácil distinguir a quien la tiene de quien no; basta, por ejemplo, con observar si toma notas.»

Todas aquellas frases constituyeron un gran aprendizaje para mí. Cuando me quise dar cuenta, ya había escrito diez hojas.

Después de meter en el sobre la carta y el anuncio de la apertura, Ken cogió una pequeña balanza de un estante y lo pesó.

—Pasa un poco de cien gramos.

Escogió unos sellos de correos con diseños para felicitaciones que extrajo de un álbum y los pegó con cuidado en el sobre.

—Listo. Ahora basta con que eches el sobre al buzón que está enfrente de la papelería.

Me puse en pie y le hice una reverencia.

—Muchas gracias por tu ayuda, de verdad.

Ken hizo un gesto con la mano restándole importancia al asunto.

—No, por favor. Más bien me he metido donde no me llamaban. Te pido disculpas por haber sido tan impertinente. —Y me hizo una reverencia.

Ahora me tocaba a mí azorarme.

Eché el sobre al buzón rojo bajo la atenta mirada de Ken, que había salido a despedirme. Entonces, me volví hacia él y le dije:

—Me pregunto si habré hecho bien...

—Claro que sí —me contestó.

Saqué mi bloc Rhodia del bolsillo y taché el último pendiente: enviarle el anuncio al general.

Un día del siempre ajetreado mes de diciembre, Ken Takarada, propietario de la Papelería Shihodo, estaba barriendo la calle a las puertas del local. Ya había entregado todos los trabajos encargados por empresas y entidades en general, de modo que tenía un poco más de tiempo libre.

Justo en ese momento, llegó Gin Fuda, cocinero de *sushi*.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa.

—¿Qué hay? —contestó Gin y le tendió una bolsa de papel.

—Quería que probases una de mis especialidades, así que te he traído un *chirashi-zushi*.

El restaurante de Gin era un local de lujo donde sólo servían lo que el chef decidiese ese día. Como mínimo, costaba treinta mil yenes por persona.

—¿De verdad? ¿Para mí?

—Por supuesto. Quería traerte una muestra de mi agradecimiento.

—¿Ajá?

Gin se rascó la cabeza como avergonzado y añadió:

—Ayer, el general vino a mi restaurante...

—¿De verdad?!

—Pues sí. Y llegó muy temprano... a posta.

—¿Y? —preguntó Ken con cierta precaución.

Gin se rió como si quisiera tranquilizarlo.

—Pues... más o menos. Verás, suelo abrir a las seis, pero alrededor de las cinco noté que alguien iba y venía detrás de la puerta cerrada. Como no me parecía normal, salí a ver y me topé con el general. Tenía ya el pelo completamente cano. Lo saludé con una reverencia y la única frase que se me ocurrió: «General, ¡cuánto tiempo sin verlo!» Él se disculpó por haber llegado tan temprano sin reserva y me preguntó si podía atenderlo. Yo ya lo tenía listo casi todo, y como todavía había tiempo hasta que llegaran los clientes, lo dejé pasar sin dudarlo.

Pese a que sólo tenía que escuchar, Ken estaba tan tenso que tragó saliva.

—Y... ¿y entonces?

—Se sentó en el taburete más cercano a la puerta y me pidió un menú de *sushi* y un té. Suelo poner alguna verdura como aperitivo, o un poco de *sashimi*, por eso me sentía intranquilo pensando que a lo mejor el general no iba a valorar positivamente mi trabajo sólo con el *sushi*. Pero decidí tener confianza y tirar para adelante.

—Y... ¿cu... cuál fue la reacción del general?

—Pues verás: le pusiera lo que le pusiese, no decía nada; se limitaba a comerse una pieza tras otra. Apenas parecía que estuviese vivo salvo porque, de vez en cuando, asentía o murmuraba: «Claro, buena idea», y anotaba algo en su bloc. Por supuesto, desde donde yo estaba no alcanzaba a ver lo que estaba anotando. Estaba en ascuas.

—Me está dando miedo escuchar el resto —dijo Ken meneando la cabeza.

—En mi restaurante, yo mismo extendiendo con un pincel la salsa de soja sola o mezclada con sake dulce hervido sobre la loncha de pescado, o a veces con un poco de sal o unas gotas de lima para que el cliente sólo tenga que llevárselo a la boca, pero el general se comía las piezas enseguida. Yo le ponía una pieza delante diciendo, por ejemplo, «éste es *sushi* de pescado rojo» o «aquí vienen los oricios», y él la cogía al momento y se la metía en la boca. La masticaba despacio hasta tragársela, daba un sorbito de té para quitarse el sabor y se me quedaba mirando como si dijera: «Ya está, dame la próxima.» Si te contara que iba «a toda pastilla» me quedaría cortísimo.

—¿Y entonces?

—Terminó con unos rollitos envueltos en alga *nori*. En total, se había comido once piezas de *sushi* y los mentados rollitos, entre sorbo y sorbo de té, pero no había tardado ni media hora. Lo curioso es que, a mí, se me había hecho larguísimo. Le serví un último vaso de té, tomó apenas un sorbo y se levantó. Luego, mientras colocaba con cuidado el taburete en su lugar, me miró a los ojos y me dijo: «He aprendido mucho hoy.» Quería haberle dicho algo, pero sólo acerté a contestarle: «Muchas gracias.»

—Menos mal... —murmuró Ken casi de modo inconsciente.

—Entonces, ¿sabes qué? Se sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre de felicitación, lo dejó sobre el mostrador y me dijo: «Es poco, pero acéptalo, por favor. Has trabajado mucho.» Y acto seguido se marchó sin decir nada más. —Gin se enderezó y me hizo una nueva reverencia—. Y ese reencuentro te lo debo todo a ti, Ken. Muchas gracias, de verdad.

—No tienes por qué dármelas. Pero me alegro mucho de haber sido de alguna utilidad.

—Por cierto que... me disculparás que abuse de tu amabilidad, pero ¿podrías dejarme escribir otra vez en el escritorio de la planta de arriba? Es que he pensado enviarle al general una carta de agradecimiento por haber ido al restaurante. Y también necesitaré que me ayudes a elegir el sobre y el papel más adecuados.

—Claro, con mucho gusto.

Ken abrió una de las puertas de cristal de la Papelería e invitó a Gin a pasar.

Sin duda en aquel rincón de Ginza la papelería Shihodo seguirá recibiendo la visita de clientes fascinados por su dueño, Ken Takarada.

Un tributo exquisito al arte de la caligrafía y el poder de la correspondencia. Cinco historias alrededor de una encantadora papelería en Tokio



Escondida entre las calles de Ginza, uno de los barrios más exquisitos de Tokio, se alza una papelería de tres plantas que data de principios del siglo XIX. «Shihodo» rezan las letras doradas de su puerta de cristal. A pesar de la antigua imprenta en el sótano, quienes ponen un pie en la tienda no son recibidos por telarañas y polvo, sino por un suave aroma y una atmósfera colorida que los envuelve en la calma. La familia Takarada ha regentado la tienda durante generaciones, abasteciéndose de un amplio surtido de utensilios: papel de arroz con flores prensadas, sobres decorados

con pan de oro, estampillas ilustradas a mano o plumas. Ken Takarada, su actual propietario, ofrece calidez, afabilidad y una acogedora sala para que sus peculiares clientes puedan plasmar de puño y letra sus más profundas emociones.

Cinco historias conmovedoras emergen en este santuario de la escritura: desde la carta de agradecimiento de un joven empleado a su abuela el día que cobra su primer sueldo, hasta la invitación a un nuevo bar de sushi de alta gama de un antiguo vagabundo a la persona que le regaló su primer cuchillo. Al atender con esmero los deseos de sus visitantes, Ken desentraña sin querer sus atribulados corazones y nos hace pensar en la importancia de escoger con cariño plumas, papeles y tintas que nos acompañan en el ritual de la correspondencia.

Kenji Ueda (Tokio, 1969), escritor japonés, ha sido reconocido en su país por su habilidad para combinar la fantasía con el encanto de la vida cotidiana. Debutó en la literatura en 2021 con *Teppan*, una obra que se presentó al primer Premio de Ficción Deliciosa de Japón y fue recibida con grandes elogios. De *Los secretos de la Papelería Shihodo*, en curso de traducción en toda Europa, se han vendido más de ochenta mil ejemplares hasta la fecha.



Título original: 銀座「四宝堂」文房具店

Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Kenji Ueda

All rights reserved

Edición original japonesa publicada por Shogakukan (Japón, 2022)

© 2025, Kenji Ueda Edición española acordada con Shogakukan a través de Emily Books Agency, Ltd. y Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2025, Daniel Aguilar Gutiérrez, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Joanna Rosado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10340-03-9

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: SalamandraEd

X: @SalamandraEd

Instagram: @SalamandraEd

YouTube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

TikTok: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Los secretos de la papelería Shihodo

La pluma estilográfica

El planificador

Los cuadernos del club deportivo

Las tarjetas postales

Los blocs de notas

Sobre este libro

Sobre Kenji Ueda

Créditos